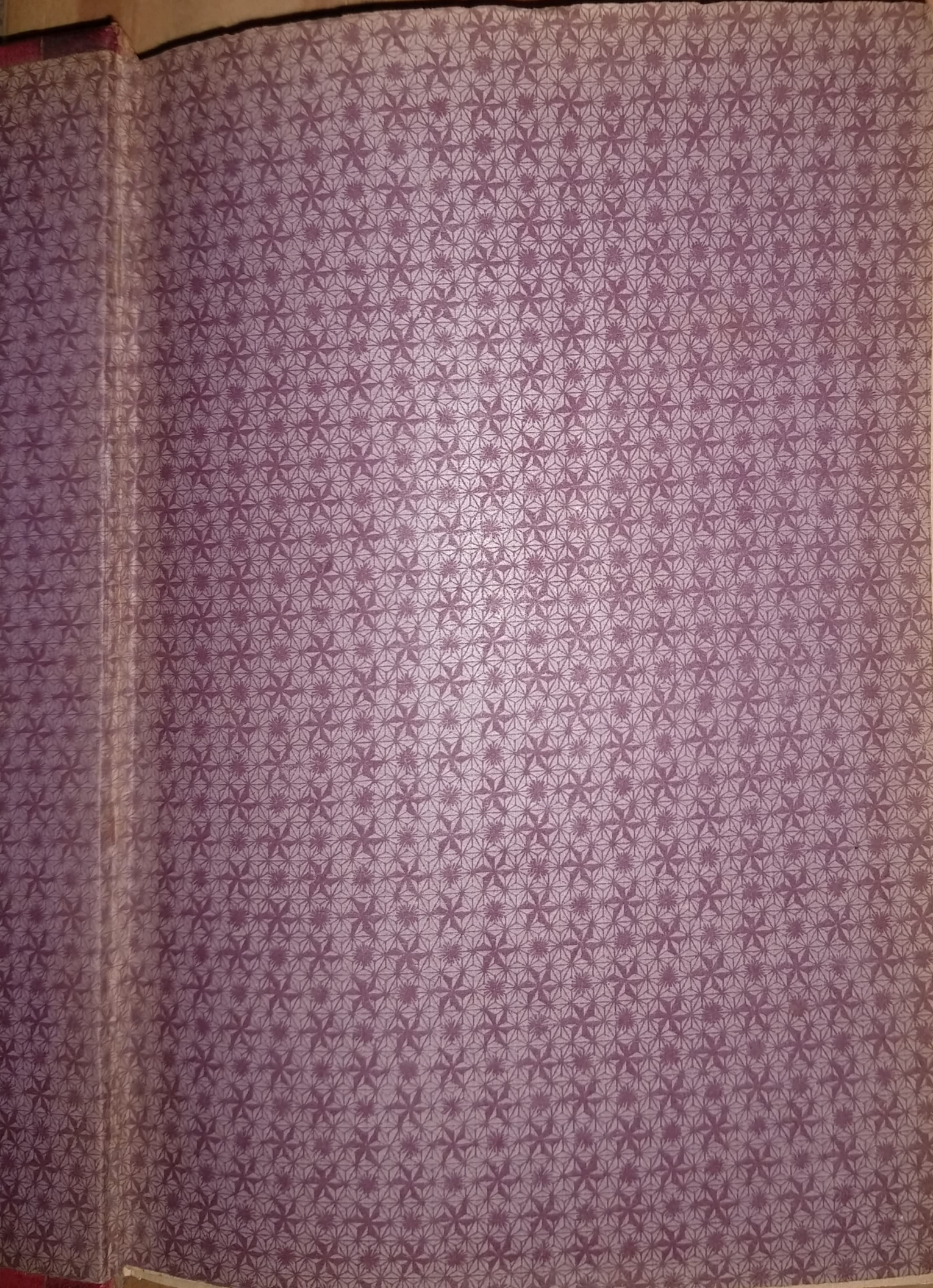
GUERRA RUSO-JAPONESA

DEL YALÚ Á MUKDEN



DEL YALÚ Á MUKDEN

Almirante japonés

General en jefe de los ejércitos japoneses

LA GUERRA
RUSO-JAPONESA

DEL YALÚ Á MUKDEN

POR

AUGUSTO RIERA

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166.

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070.

1905

Esta obra es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

PRÓLOGO

La guerra ruso-japonesa, además de las consecuencias que saltan á la vista si el Japón queda vencedor, tiene importancia grandísima por otro concepto.

No se trata, por ahora cuando menos, del peligro amarillo, que sólo ha adivinado un Emperador que es más entremetido que genial. Se trata, sí, del despertar vigoroso de un pueblo de raza amarilla que la raza blanca creía débil y poco apto para asimilarse la civilización occidental y que, por lo contrario, ha patentizado que sabe progresar y progresa mucho más aprisa y bien que las naciones europeas y americanas. En treinta y seis años ha realizado una transformación profunda en su modo de ser. Ha variado de costumbres y de traje; ha cambiado por completo de legislación; ha reorganizado su ejército, que antes se reclutaba entre los samu-

rais y que ahora está compuesto de hombres de todas las clases sociales; ha creado una industria floreciente que compite con las europeas; comprado y construído una marina poderosa; armádose hasta los dientes, porque comprende que la fuerza bruta es condición esencial de vida en la sociedad moderna; ha obrado verdaderos milagros con una rapidez y una seguridad que asombran.

Los europeos y americanos, que adolecen del común defecto de todos los hombres en punto á no fijarse más que en aquellos acontecimientos que la prensa pone de manifiesto, no habían seguido con atención el trabajo incesante, activísimo que en el Japón se cumplía, y al advertir la potente vitalidad de ese pueblo de raza amarilla, creen que ha surgido como por ensalmo. La derrota de las escuadras y los ejércitos rusos ha sido una revelación. Hasta la lentitud con que ha procedido el ejército del mariscal Oyama en la campaña de Manchuria, empieza á parecer admirable á los mismos que hace seis meses se burlaban de ella. Oyama ha sabido herir en el momento oportuno. Ha avanzado con prudencia, pero sin experimentar el más leve revés. Y con su táctica atrevida y su estrategia prudente ha desmoralizado de tal modo al ejército enemigo que, en estos momentos, generales y soldados rusos viven temiendo de continuo los movimientos envolventes de su formidable adversario

Las continuas derrotas de los rusos, además de revelar la ineptitud probada y reconocida de cuantos han mandado en jefe y la corrupción administrativa, que ha sido la causa de no pocas catástrofes, patentiza que los japoneses poseen un ejército que puede luchar con el mejor del mundo. Tiene oficiales admirables por su instrucción y dotes de mando, y soldados que desprecian la muerte sin vacilación, lo cual les presta un empuje irresistible y les permite cumplir el milagro de dar cargas á la bayoneta, cargas frontales contra soldados que empuñan y disparan fusiles de repetición. Pacientes, sufridos, lentos en preparar el ataque, á fin de que resulte eficaz, no hay soldados que carguen con tanto ímpetu como los japoneses cuando llega el momento decisivo.

A semejanza de su ejército es el pueblo japonés. Meditan los estadistas con toda madurez un plan político: rehacen una y otra vez sus detalles; consultan amigos y enemigos antes de adoptarlo; pero apenas adoptado lo realizan sin vacilaciones, sin variar el detalle más mínimo, con una rapidez maravillosa.

Tal es la nación que la guerra actual ha hecho entrar de un modo definitivo en el concierto de las grandes potencias. No se necesita gran perspicacia para decir que, aliada desde hace tiempo á la Inglaterra, ha de influir de un modo poderoso en todos los problemas de política internacional.

Los mismos ingleses, que conocían bastante bien á los japoneses, ya que de lo contrario no se aliaran con ellos, han quedado sorprendidos de la potencia militar de sus amigos. Esperaban, sin duda, que la flota de Togo derrotaría á la rusa; pero no podían imaginar que su ejército alcanzara tan larga serie de victorias sobre el ruso. Ese envío de quinientos mil soldados á las montañas y llanos de Manchuria, la capacidad de los jefes, la disciplina y valor de los soldados, la matemática previsión de los servicios auxiliares, el armamento casi perfecto de esa gran hueste, les ha asombrado, y quizá les ha hecho reflexionar. Y sus políticos deben reconocer que Inglaterra, á pesar de sus inmensos recursos, no puede realizar un esfuerzo parecido. La guerra del Transvaal es demasiado reciente para equivocarse.

Por regla general, cuando una nación sostiene una guerra, se paralizan las transacciones comerciales, se resienten todas las industrias, hay una baja notable en la recaudación de los impuestos normales. Nada de esto ha ocurrido en el Japón. Durante el año pasado aumentó en vez de disminuir la cifra de las exportaciones, todas las fábricas y talleres produjeron sin interrupción, no hubo baja en la recaudación de las contribuciones, y la navegación de cabotaje y de altura continuaron como en plena paz. No ha habido en el interior del

Japón, á pesar de los enormes sacrificios que en hombres y dinero ha impuesto el gobierno al pueblo, el menor motín, la más leve asonada; ni una protesta. Mientras quinientos mil hermanos luchaban en tierra extraña en beneficio de la patria, los demás japoneses han vivido su existencia normal, pidiendo al trabajo el pan de cada día, seguros de que su gobierno cuidaría de sus hijos, de sus hermanos, de sus esposos que peleaban contra los rusos, cuyo orgullo desmedido—harto castigado ya —había herido el amor propio nacional.

Una potencia que en tan breve espacio de tiempo—1868-1904—realiza un progreso tan grande y ve aumentar su población de 34 á 51 millones de habitantes, bien merece ser estudiada y más aun, respetada.

Contra lo que han dicho periódicos y revistas desde que los japoneses alcanzaron sus primeras victorias, todo induce á creer que el Japón, vencedor, no significa un riesgo para la raza blanca. En cambio, si una coalición de potencias trataba esta vez de revisar el tratado de paz que firme con Rusia, como sucedió en 1895 con el tratado de Simonoseki, es probable que los japoneses, despechados y furiosos, aun á riesgo de pagar ellos mismos las consecuencias de su acción, dedicaran toda su

actividad y su energía á procurar que China se armara y arremetiera contra todos los blancos que han sentado el pie en su territorio con el solo derecho de la fuerza. Y la obra de los diplomáticos japoneses no sería muy ardua. China, después de ver asolada Manchuria y violada la neutralidad de Mongolia, debe estar ya convencida de que, para conservar su independencia, no le queda más remedio que crear un ejército y una marina capaces de hacer respetar los derechos de la nación.

Entonces es cuando surgiría el peligro amarillo, cuando Asia despertaría de su milenario letargo. Y Europa debería prepararse á sostener el choque más formidable que ha amenazado nunca á la humanidad.

De otro modo no hay por qué alarmarse de las victorias del Japón. Una vez hecha la paz quedará durante algún tiempo quebrantado por el esfuerzo cumplido y empleará todo su empuje en desarrollar sus industrias y su comercio, para competir con las demás naciones europeas y americanas. Y dentro de pocos años Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos, tendrán que sostener contra el Japón una guerra comercial tan formidable como la que ahora ha sostenido Rusia á cañonazos.

Otra de las consecuencias de la guerra actual, sea cual fuere su resultado definitivo, será la transfor-

mación de la sociedad rusa. Vencido ó vencedor, Nicolás II se verá obligado á dar las libertades que se le exige.

La jornada del 22 de enero dará más ó menos tarde sus frutos. Sin la guerra no hubiese habido quizá tal jornada; pero realizada la matanza, cumplido el crimen, ni el pueblo puede olvidarlo ni perdonarlo, ni el czar y su gobierno tienen otro medio de borrar la sangrienta mancha que cambiando de un modo radical de procedimientos.

Las huelgas, los motines, los atentados contra las autoridades rusas, patentizan que el régimen del terror es impotente contra un pueblo que está harto de padecer hambre y castigos inmerecidos.

La guerra que ensangrienta el territorio chino ha revelado al mundo la existencia de un gran pueblo, y habrá sido el instrumento más eficaz de la liberación de otro.

CAPITULO PRIMERO

Ambiciones encontradas. — Antecedentes del conflicto.— Preparativos de ambas potencias.—Fuerzas de mar y tierra de Rusia y Japón.—Corea y Manchuria.—Cambio de Notas.—Alianzas.—Ruptura de relaciones.

Rusia tiene escasez de costas; al Japón le falta espacio para su población, que es muy densa. China y Corea poseen abundancia de litoral y de territorio. Y como estas dos naciones carecen de marina y ejército para defenderse, pensaron á un tiempo Rusia y Japón remediarse á costa de ellas. De ahí el origen de su rivalidad y de la guerra.

De ser menos descontentadizos y orgullosos ambos adversarios, no hubiera sido preciso llegar á una ruptura, pues bastaban y sobraban las costas y comarcas de Corea y China para el objeto deseado por japoneses y rusos. Pero éstos, fiados en la enormidad de sus fuerzas, quisieron la parte del león, y aquéllos, que desde la revisión del tratado

de Simonoseki se preparaban para la lucha y tenían una marina de primer orden y un ejército admirable por el valor y la disciplina de sus soldados y por la instrucción y capacidad de sus oficiales y jefes, no quisieron ceder; no se contentaron con lo que Rusia les ofrecía.

En la guerra sostenida en 1894-95 entre China y el Japón, éste, vencedor, había conseguido la cesión de Port-Arthur, la independencia absoluta de Corea y grandes ventajas comerciales, además de la posesión de las islas Formosa y de Pescadores y del pago de 200 millones de taels (unos 800 millones de pesetas oro). Se firmó el tratado en Simonoseki el 17 de abril de 1895; se ratificó en Chefú el 8 de mayo. El Japón había conseguido cuanto deseaba.

Pero Rusia, apoyada por Alemania y Francia, intervenía á su vez, temiendo las empresas comerciales del Japón, y obligaba á éste á revisar el tratado de Simonoseki. No podían los japoneses luchar contra las tres grandes potencias y se sometieron á la ley de la fuerza. El 8 de noviembre del mismo año se firmaba el Tratado definitivo y el Japón debía abandonar Port-Arthur y renunciar á las ventajas comerciales que había recabado de China.

Dos años después, en diciembre de 1897, la escuadra rusa del Pacífico fondeaba en Port-Arthur y pedía permiso para invernar allí. Al cabo de poco

tiempo, la diplomacia rusa terminaba lo empezado por los acorazados de su patria y obtenía, mediante una corta suma, el arrendamiento, por 100 años, del Kuan-Tung, que comprende los tres puertos de Ta-lien-uan, Port-Arthur y Dalny. El año anterior consiguiera la construcción del Transmanchuriano, que, atravesando la Manchuria, enlazaba Irkustk con Vladivostok, con facultad de construir un ramal que llegase hasta el ferrocarril de Pekín. A consecuencia de la sublevación de los boxers, Rusia obtuvo permiso para establecer (diciembre de 1900) un residente general en Mukden con plenos poderes de intervención, y para ocupar Niuchang, Inkeu y otras ciudades de Manchuria hasta que el país estuviese pacificado por completo. Rusia se había quedado, de hecho, con toda la Manchuria, adquiría influencia preponderante en China, y el Japón podía despedirse para siempre de sus ambiciones continentales.

Para colmo de desdichas, Rusia ambicionaba también ejercer influencia decisiva en Corea, á pesar de lo estipulado en un pacto convenido con el Japón en 1896, modificado en 1898. Bessobrazoff obtuvo del emperador de Corea una concesión forestal, y en 1902 una comisión rusa, acompañada de un destacamento de cosacos, desembarcó á orillas del Yalú y se instaló en Yongampo. Claro es que sólo iba á estudiar las condiciones y ventajas de la

concesión; pero entre tanto construyó una línea telegráfica y empezó los estudios de un ferrocarril que, por los valles del Yalú y del Tumen, debía llegar á Vladivostok.

El Japón no había formulado ninguna protesta. Sus estadistas, á fuer de avisados, sabían por experiencia que el mejor derecho se desconoce si no lo apoya la fuerza. A fin de que no les faltara ésta en el momento oportuno, se trabajaba de día y de noche en los arsenales; Oyama, Yamagata, Nodzu aumentaban los efectivos del ejército, lo instruían de un modo admirable, preparaban las reservas, hacían construir fusiles de nuevo modelo, de mayor alcance que los rusos; Arsala inventaba unos cañones de gran potencia; Chitose descubría una pólvora más destructora que la melinita y la lidita; Inglaterra entregaba 4 acorazados de 15.200 toneladas; los almacenes militares estaban atestados de uniformes y correajes; en los arsenales no cabían las municiones; los periódicos habían preparado á las masas y se deseaba la guerra contra Rusia. Poco tiempo antes de romperse las hostilidades, el Japón compró á un arsenal italiano dos cruceros acorazados de gran marcha y de 9.400 toneladas, que se bautizó con los nombres de *Nisshin* y *Kassuga*. También se había comprado ocho mil caballos en Australia. El Japón estaba, pues, preparado para la guerra cuando se decidió á emprenderla.

Rusia había nombrado á mediados de julio un gobernador general de toda la región del Amur y Manchuria. Se le dió el título de virrey y se le confirió facultades extraordinarias para hacer y deshacer á su antojo. En caso de guerra debía ejercer el mando supremo de las fuerzas de mar y tierra de Rusia. Alexeieff es evidente que fué nombrado porque se presentía la guerra. Le eligieron los grandes duques y Bessobrazoff, que continuaba teniendo gran influencia en el ánimo del Czar. Al propio tiempo y sin hacerlo de un modo muy ostensible, se enviaba tropas á Manchuria; acudían uno á uno nuevos buques á las aguas del mar Amarillo; se activaba la construcción de los fuertes de Port-Arthur y Vladivostok. Pero todos estos preparativos se realizaban con gran calma, como si se tratase tan sólo de evitar un riesgo muy remoto. Los rusos no creyeron jamás, hasta que tronó el cañón en Port-Arthur y Chemulpo, que los japoneses se decidieran á atacarles. Desconocían por completo los progresos y preparativos del Japón, y les parecía ridículo admitir que un pueblo de una «raza inferior»—así le calificaban—quisiese oponerse á la voluntad del Czar, ó de sus consejeros.

Pocos días antes de estallar la guerra un periódico ruso, *Novoié Vremia*, partidario de la lucha, patriotero hasta lo indecible, decía textualmente:

«Mueven á risa las afirmaciones de los ingleses.

Japón no puede entablar una guerra con Rusia á menos de que estén dementes sus ministros. Tiene el Japón 6 acorazados; Rusia 23 y 3 en construcción. En cuanto al ejército, Rusia puede poner en la Manchuria 700.000 hombres de todas armas en menos de cuatro meses; todo el ejército del Japón, inclusa la guardia imperial, se reduce á 252.000 soldados. Y Rusia tiene reservas casi inagotables de hombres. Perdido su primer ejército puede enviar otro. ¿Cómo podrían los japoneses realizar tamaño esfuerzo?»

Creyeron y repitieron estas palabras la mayoría de los periódicos de Europa, leyólas el público y quedó prejuzgada la solución de la guerra que aun no se había declarado: Japón sería vencido.

En realidad las cosas aparecían de un modo muy diferente y la situación de ambos adversarios era bien distinta.

Por lo que hace á las fuerzas navales, el Japón tenía seis acorazados de combate, cuatro de 15.200 toneladas, y dos de 12.400; seis cruceros blindados de 9.200 toneladas y de rápida marcha; 12 cruceros protegidos de 6, 4, 3 y 2.500 toneladas; 15 destructores y 76 torpederos, además de 2 buques portaminas y de un acorazado de antiguo modelo, de 11.300 toneladas, conquistado á China en 1894-95. A estos buques hay que añadir los dos cruceros acorazados que á última hora adquirió el gobierno de Tokío en un arsenal italiano.

Rusia no tenía, en realidad, más que siete acorazados, ocho cruceros protegidos, dos buques portaminas, ocho destructores y veintinueve torpederos.

Los demás acorazados de que hablaba *Novoié Vremia*, ó no estaban terminados ó no podían salir del mar Negro, según los términos del Tratado de Berlin. De modo que en las fuerzas navales, si alguna ventaja había era en favor de los japoneses.

Respecto á los dos ejércitos no cabía duda que el ruso era mucho más numeroso, ya que en tiempo de paz cuenta 943.000 hombres, 120.000 caballos y 4.512 cañones.

Los japoneses tenían, al comenzar la campaña, 13 divisiones de infantería con un efectivo de 252.000 hombres, 14.000 caballos y 585 cañones de campaña. Pero en Rusia se ignoraba, lo mismo que en el resto de Europa, que los japoneses poseían enormes reservas de soldados bien instruídos, más de 700 cañones de repuesto y magníficos parques de sitio.

Llevaban los japoneses una ventaja inmensa á los rusos. Su marina contaba con 4 magníficos arsenales para reparar averías; los rusos no tenían más que uno, el de Vladivostok, cerrado por los hielos en invierno, ya que en Port-Arthur no hay dique para los acorazados. Lo propio sucedía con su ejército. Tanto si desembarcaba en Corea como en Manchuria, tenía muy cerca sus bases de aprovisionamiento. Los rusos, para enviar refuerzos y

municiones de boca y guerra á Manchuria era menester que salvasen una distancia de 10.421 kilómetros, que es la longitud del Transiberiano hasta Mukden. Y todos estos refuerzos tenían que transportarse por un ferrocarril de una sola vía, con solos 87 desvíos y el paso del lago Baikal en buque ó por sobre el hielo, según las estaciones. El material móvil de dicha vía era anticuado y malo y las locomotoras no permitían transportar más allá de mil hombres por día, como lo han probado los hechos.

En tales condiciones parecían los dos adversarios estar en igualdad de fuerzas. Si estallaba la lucha, dependería su éxito de la capacidad de los jefes y de la calidad de las armas.

Otra cosa era conveniente tener en cuenta desde el comienzo de las hostilidades: que la guerra era popular en el Japón, impopular en Rusia. En ésta la situación interna era pésima. El pueblo aborrecía la autocracia y la burocracia. Los polacos, finlandeses y caucasianos no podían ser buenos soldados, pues todos ellos aborrecen á los rusos. En el Japón no existen odios de raza.

Los japoneses veían que su influencia en Corea disminuía y que Manchuria se iba convirtiendo en una provincia rusa.

El 6 de agosto de 1903 envió el gobierno de Tokío la primera Nota de protesta á Rusia, recordando al gabinete del Neva la obligación en que estaba de evacuar Mukden el 8 de octubre.

Rusia contestó el 3 de octubre diciendo que no quería tratar de la integridad territorial de China; que el Japón debía declarar que Manchuria y sus costas no entraban en la esfera de acción de influencia japonesa; que Rusia pedía ciertas restricciones acerca de la libertad de acción del Japón en Corea; y que Rusia proponía crear en Corea una zona neutral que podría establecerse en el 39° de latitud norte.

El Japón contestó el mismo día diciendo que no podía acceder á lo que se le pedía referente á Manchuria, y que tampoco le convenía la delimitación proyectada en Corea, indicando, en cambio, que podía establecerse una zona neutral, ancha de cincuenta kilómetros, á lo largo de la actual frontera entre Corea y Manchuria.

Rusia contestó al Japón el 15 de diciembre, sin mencionar siquiera nada referente á Manchuria. Decía la nota rusa que el tratado debía referirse únicamente á Corea. Rusia insistía en que el Japón no pudiese utilizar ningún punto de la Corea como posición estratégica.

El Japón volvió á hablar de la Manchuria y de la zona neutral.

La última contestación de Rusia llegó á Tokío el 6 de enero de 1904. Rusia reclamaba al Japón una declaración explícita acerca de Manchuria y de sus costas.

El Japón contestó el 13 de enero de 1904 renovando sus proposiciones y rogando que Rusia las examinara.

No recibieron respuesta los japoneses, ni siquiera promesa de fijar una fecha determinada para la respuesta que deseaba.

Era evidente que Rusia deseaba ganar tiempo; quería que en caso de romperse las hostilidades, no fuese en invierno, á fin de que la escuadra de Vladivostok pudiese salir libremente del puerto, y las tropas pudieran marchar con facilidad de norte á sur.

Toda la prensa europea seguía con atención ese cambio de Notas, cuando el día 7 de febrero, con fecha del 6, el *Mensajero del Gobierno* de San Petersburgo, publicaba el siguiente documento:

«Por orden recibida de su Gobierno, el ministro del Japón en esta Corte imperial, ha informado al Gobierno imperial de la decisión tomada por el Japón de no entrar en más negociaciones y de ordenar la marcha de su ministro y de todo el personal de su Legación.

»Sabiendo esto, plugo á S. M. el Emperador ordenar que el ministro ruso en Tokío, con todo el personal de la Legación, abandone inmediatamente la capital de aquel Imperio.

»El proceder del Gobierno de Tokío, que no ha aguardado siquiera la llegada de la respuesta del

Gobierno imperial enviada estos días, hace recaer sobre el Japón toda la responsabilidad de los acontecimientos que pueda acarrear la ruptura de relaciones diplomáticas entre los dos Imperios.»

En el *Diario Oficial* de Tokío apareció este otro documento, que completaba el copiado:

«La última Nota del Japón contestando á la Nota rusa del 6 de enero, se entregó al ministro de Rusia en Tokío, barón Rosen, el 13 de enero.

»El Gobierno japonés insistía en que se le enviase una pronta respuesta, dada la gravedad de la situación. No llegando esta respuesta, el ministro del Japón en San Petersburgo, señor Kurino, ha visto repetidas veces al ministro del Exterior, conde de Lamsdorff, rogándole que Rusia contestase. No habiendo podido obtener esto, el señor Kurino pidió varias veces que se le indicase por lo menos la fecha precisa de la respuesta.

»El ministro del Exterior, conde de Lamsdorff, aun cuando prometió entregar pronto dicha contestación, no precisó la fecha de su entrega.

»El Gobierno japonés, habiendo esperado más de tres semanas la contestación de Rusia, y enterado por otra parte de los preparativos de guerra que hacía activamente Rusia, se ha visto en la necesidad de romper toda negociación con Rusia y de recobrar su libertad de acción.»

Breves y concisas eran las palabras; rápidas y violentas fueron las obras.

Desde años atrás, Rusia estaba aliada con la República francesa, á causa del odio común que sentían una y otra contra Alemania; Francia por la desmembración de su territorio en 1870; Rusia por la revisión del tratado de San Stéfano, exigida por el príncipe de Bismarck, omnipotente entonces en Europa.

El Japón, por su parte, y en previsión sin duda de la guerra que quería emprender, había contraído en 1902 un tratado de alianza defensiva con Inglaterra, escarmentada de lo que le ocurrió en 1895 cuando Francia, Alemania y Rusia mancomunadas, exigieron de ella la revisión del tratado de Simonoseki.

Llegado el momento decisivo, examinó la prensa europea las probabilidades de victoria que tenía en su favor cada uno de los contendientes, y para ello hicieron un recuento de fuerzas.

A primera vista parecía que el Japón se hubiese empeñado en una empresa irrealizable. Sin acudir á sus reservas, sin necesidad de movilización ninguna, Rusia contaba con un millón ochenta mil soldados. Doscientos treinta mil de ellos eran de caballería, y la artillería contaba, en el papel cuan-

Desde años atrás, Rusia estaba aliada con la República francesa, á causa del odio común que sentían una y otra contra Alemania; Francia por la desmembración de su territorio en 1870; Rusia por la revisión del tratado de San Stéfano, exigida por el príncipe de Bismarck, omnipotente entonces en Europa.

El Japón, por su parte, y en previsión sin duda de la guerra que quería emprender, había contraído en 1902 un tratado de alianza defensiva con Inglaterra, escarmentada de lo que le ocurrió en 1895 cuando Francia, Alemania y Rusia mancomunadas, exigieron de ella la revisión del tratado de Simonoseki.

Llegado el momento decisivo, examinó la prensa europea las probabilidades de victoria que tenía en su favor cada uno de los contendientes, y para ello hicieron un recuento de fuerzas.

A primera vista parecía que el Japón se hubiese empeñado en una empresa irrealizable. Sin acudir á sus reservas, sin necesidad de movilización ninguna, Rusia contaba con un millón ochenta mil soldados. Doscientos treinta mil de ellos eran de caballería, y la artillería contaba, en el papel cuan-

do menos, con cinco mil setecientos ochenta y cuatro cañones.

El Japón tenía por su parte doce divisiones de veinte mil hombres cada una, y una división de la guardia imperial, compuesta de dieciséis mil soldados. Setecientos ochenta cañones y once mil caballos completaban el ejército, que al decir de los rusos y franceses, podía poner el imperio del Sol Levante en el campo de batalla.

Las fuerzas navales que debían chocar en los primeros momentos, y prescindiendo de la escuadra que en el Báltico tenía Rusia, se componían de los siguientes buques:

Rusia: 7 acorazados de combate de los cuales cuatro desplazaban 12.000 toneladas, y tres de 13.200; 2 cruceros acorazados, 8 cruceros protegidos, 7 destructores y 32 torpederos. Además poseía 3 viejos cañoneros y 2 buques portaminas.

El Japón oponía á estos buques 6 novísimos acorazados de combate, cuatro de ellos de 15.200 toneladas, dos de 12.800; 8 cruceros acorazados de gran marcha y potente armamento, seis de ellos de 9.800 toneladas, y dos de 7.500 que, adquiridos en Italia en vísperas de la guerra, estaban en camino al romperse las relaciones diplomáticas. Tenía además 3 buques guardacostas, armado cada uno con un cañón de 320 milímetros, 12 cruceros protegidos muy rápidos y nuevos, de 5, 4, 3 y 2.500 toneladas, 20 destructores y 70 torpederos de alta mar.

Los rusos tenían la desventaja de no poseer más que un buen arsenal, Vladivostok, muy alejado del teatro de las primeras operaciones. Los japoneses contaban con 4 de primer orden y 2 regulares, á pocas horas del litoral de Corea. Los rusos tenían que enviar su ejército á una distancia de 10.000 kilómetros para hacer la guerra, empleando para el viaje de 28 á 30 días cada expedición. Estas expediciones sólo podían ser de 800 á 900 soldados cada una. Los japoneses, en cambio, podían transportar por medio de sus buques 20 ó 30.000 hombres de una vez, en 48 horas, desde los puertos de embarque al litoral de Corea ó Manchuria.

Comprendió el gobierno de Tokío que la partida no podía aplazarse; siendo inevitable la guerra, era preciso herir con rapidez y decisión. No era posible ya cruzar nuevas Notas; había llegado la hora de que hablasen los cañones y los fusiles.

CAPITULO II

Desembarcos en Corea.—Sorpresa de Port-Arthur.—Combate de Chemulpo.—Los japoneses en Seul.—Corea dominada.—Avance de los japoneses.—A orillas del Yalú.—Muerte de Makharoff.—Batalla del Yalú: derrota de los rusos: impresión que produce en Europa.

Al romperse las hostilidades, tenía el mando de las fuerzas rusas el almirante Alexeieff; mandaba la escuadra de Port-Arthur el almirante Stark; la división de los cuatro cruceros de Vladivostok—*Gromoboi*, *Rossia*, *Rurik* y *Bogatyr*—estaba á las órdenes del almirante Jessen; en Chemulpo había un crucero protegido, el *Variag*, y un cañonero viejo, el *Korietz*. Las divisiones siberianas que había en Manchuria las mandaba el general Linievitch. Zassulitch era el jefe de las tropas rusas que estaban en el norte de Corea y en la región del Yalú.

Por parte de los japoneses el almirante Togo, que ya mandaba buque en 1894-95 cuando la guerra de

China, tenía el mando de la flota. Kamimura y Uriu tenían á sus órdenes dos escuadras de cruceros. El primer ejército japonés tenía por jefe al general Kuroki y se componía de unos 75.000 hombres, 3.000 caballos y 287 cañones de campaña y montaña.

El día 7 de febrero por la mañana, mientras el grueso de la escuadra japonesa estaba á la altura de las islas Elliott, tres brigadas japonesas desembarcaron en Fusán, Mashampo y Chemulpo. Los japoneses habían cortado el telégrafo á fin de que la escuadra de Port-Arthur no supiera los desembarcos. En Fusán y Mashampo tomaron tierra los japoneses sin la menor oposición; en Chemulpo disparó el comandante del *Korietz* los primeros cañonazos de esta guerra contra la brigada de la guardia imperial que desembarcaba; pero no pudo impedir la invasión. Los comandantes de los buques franceses, italianos, norteamericanos é ingleses que había en el puerto, comprendieron que la guerra había comenzado.

A las once y media de la noche del 8 al 9 de febrero, dos divisiones de torpederos de la flota japonesa, se dirigieron á Port-Arthur con encargo de atacar á los acorazados rusos. Estos, por un descuido inconcebible, no tenían buques menores de centinela y estaban anclados en la rada exterior. Tampoco funcionaban sus proyectores eléctricos. Los torpederos japoneses se acercaron, pues, á la

distancia conveniente y dispararon sus torpedos. El sobresalto de los rusos fué inmenso; el desorden muy grande. Dispararon los buques y los fuertes contra las escuadrillas; pero los proyectores funcionaron mal y en menos de treinta minutos quedaban averiados los acorazados rusos *Czarevitch*, *Retvisan* y *Poltava* y el crucero *Pallada*. Y en tanto que la escuadra sorprendida se refugiaba en el puerto, los torpederos, menos uno que se fué á pique por el choque de una granada rusa de 15 centímetros, escapaban á través de las tinieblas hacia las islas Elliott á dar cuenta á Togo del buen éxito de su empresa. Esta dejaba en un estado de evidente inferioridad á la escuadra rusa.

Unas horas después el almirante Uriu, mandando dos cruceros acorazados y dos protegidos, se presentaba ante el puerto de Chemulpo é intimaba la rendición á los comandantes del *Variag* y del *Korietz*; de lo contrario les invitaba á salir del puerto á combatir. Los dos buques salieron del puerto saludados por las tripulaciones de los buques de guerra de Europa y América; trabóse el combate y media hora después volvían vencidos y perseguidos por los japoneses. El *Korietz* se hundió y al *Variag* lo hizo saltar su comandante para que no cayese en manos del enemigo. Los tripulantes rusos que escaparon con vida del desigual combate, fueron salvados por las tripulaciones europeas.

Los japoneses habían empezado la guerra por medio de una doble sorpresa afortunada. Alexeieff tuvo la culpa de ambos desastres por un descuido inconcebible en Port-Arthur y por haber dejado aquellos dos buques en Chemulpo cuando se veía que las hostilidades iban á romperse de un día á otro.

Cruzando la escuadra del almirante Togo cerca de Port-Arthur, que fué bombardeado por vez primera el día 9 á las 2 de la tarde, y teniendo que reparar los acorazados rusos las averías causadas por los torpederos, no era de temer una salida de la escuadra rusa. Aprovecharon los japoneses el tiempo. Desembarcaron más tropas en Chemulpo, en Fusán, en Mashampo é invadieron Corea por tres puntos á la vez, sin hallar resistencia ninguna. Los coreanos, acostumbrados de muy antiguo á ser dominados por chinos y japoneses, no se batían. Tres fuertes columnas japonesas, de unos 12.000 hombres cada una, se dirigieron desde el Sur y desde el Oeste hacia la capital del reino, Seul. Entraron en la ciudad sin resistencia y salió de ella Pauloff, el ministro plenipotenciario de Rusia en Corea.

La invasión de la península coreana fué completa á los quince días de haber desembarcado los primeros soldados japoneses. Dos brigadas tomaron tierra en Gensán, puerto del Noroeste, para evitar sin duda que los rusos, bajando por el valle del Tumen, se apoderaran de aquella parte de Corea.

Pocos días después, el gobierno de Tokio enviaba un delegado imperial á Seul y el emperador de Corea, de buena ó mala gana, tenía que firmar un pacto que le relegaba á la categoría de rey tributario. Al propio tiempo el Japón enviaba una Nota á las potencias dándoles cuenta de ese acuerdo internacional y avisando que, en lo sucesivo, todos los asuntos exteriores de Corea serían tratados por los diplomáticos del imperio del Sol Levante. Los rusos protestaron, y declararon que puesto que el Japón no había respetado la neutralidad de Corea, ellos la invadirían á su vez cuando y por donde les pareciese oportuno.

El ministro de Estado de la Unión, Mr. Hay, hizo circular una Nota entre las potencias, rogándolas que se adhirieran á ella, en que sentaba el principio de que ambos beligerantes debían comprometerse á respetar la neutralidad de China. Tanto las potencias neutrales como Rusia y Japón suscribieron la Nota, y así quedó salvaguardada la integridad de China, exceptuando, por supuesto, la Manchuria, donde era de prever que lucharían ambos ejércitos; uno por conservarla, otro para arrojar al ejército enemigo.

Arreglados estos preliminares, tomadas tales precauciones, todos los países civilizados se prepararon á presenciar el horrendo espectáculo de dos pueblos que, enloquecidos por un furor irra-

cional, se aperciben á luchar, movidos de una ambición desapoderada, en un territorio que no pertenece á ninguno de los dos, y que, sin embargo, está condenado á padecer todas las calamidades de la guerra.

El 22 de febrero el ejército japonés, después de dejar una guarnición poco numerosa en Seul, emprendió el avance hacia el Norte. Como las carreteras de Corea son pocas y malas, sin exceptuar la mandarina, y como el ejército japonés llevaba gran impedimenta, fué preciso que los ingenieros militares arreglaran los caminos; así es que el avance hasta Ping-Yang fué muy lento.

Los rusos habían salvado ya la frontera coreana, y unos tres mil hombres, al mando del general Mitchenko, ocupaban la orilla izquierda del Yalú. Decía la prensa rusa que se libraría una batalla en los llanos de Ping-Yang; creyóse así en Europa, puesto que los moscovitas afirmaban tener cien mil hombres en la línea del Yalú. Pero el general Kuroki avanzó sin encontrar más resistencia que la de algunas avanzadas de caballería, que se retiraron después de breves escaramuzas. Sólo faltaba tomar á los rusos las plazas de Wijú y Antung para que la ocupación de Corea fuera completa.

Continuaron avanzando las columnas japonesas, y los rusos se retiraron de Wijú después de incendiarlo. Esto ocurría el 15 de abril. Diez días más tarde los japoneses llegaban á la orilla del Yalú. Los rusos les aguardaban, fuertemente atrincherados en la otra. La batalla no podía diferirse, á menos de que los moscovitas, abandonando sus posiciones, se retiraran hacia Feng-Huan-Cheng, dejando así abiertas las puertas de Manchuria. Según se ha sabido después, los rusos ocupaban en el Yalú posiciones muy medianas, y carecían de artillería de gran alcance. En lugar de los cien mil hombres de que se hablaba, sólo tenía el general Zassulitch á sus órdenes 22,000 infantes y tres mil caballos y 56 cañones. El 24 de abril penetró una escuadrilla de lanchas cañoneras en el estuario del Yalú, y remontó la corriente para apoyar la acción del ejército. Todo estaba pronto para la batalla. La espectación era grande en el mundo entero, porque los rusos habían prometido desquitarse por tierra de las derrotas que había padecido su marina. Veamos lo que á ésta le había ocurrido desde primeros de febrero á últimos de abril, mientras el ejército japonés avanzaba hacia el Norte en demanda de la hueste enemiga.

Relevado el almirante Stark por inepto, fué nombrado para substituirle el almirante Makharoff, hombre enérgico, decidido, acostumbrado á nave-

gar, conocedor de los parajes donde debía batirse; marino en quien tenían gran confianza todos los rusos por sus conocimientos, por su valor, del que dió magníficas pruebas en la guerra contra Turquía; hombre, en fin, de gran valía, digno de medirse con su atrevido adversario. El 9 de marzo llegó á Port-Arthur.

Antes de su llegada, los marinos japoneses habían intentado «embotellar» la escuadra rusa, echando á pique cuatro grandes viejos vapores, cargados de piedras y cemento, á la entrada del puerto. Habían atacado una vez la plaza, el 25 de febrero, bombardeando los fuertes y la ciudad durante cuatro horas. En otra ocasión, dos contratorpederos, aprovechando una fuerte tempestad de nieve, depositaron más de 100 torpedos flotantes junto al puerto y dentro de él. A consecuencia de ello habían volado el *Jenissei* y el *Boyarín*, pereciendo 283 hombres en los naufragios.

Al día siguiente de llegar el almirante Makharoff, la escuadra de Togo bombardeó nuevamente la plaza con los cañones de grueso calibre; hubo un combate de destructores y torpederos, y uno de los rusos se fué á pique.

El almirante Makharoff inspeccionó todos los buques de su mando, hizo activar las reparaciones de los acorazados y del *Pallada* y á bordo del *Novik* unas veces, del *Bayán* y del *Askold* otras, hizo

diferentes salidas. El 23 de marzo salió con los cuatro acorazados *Pobieda*, *Sebastopol*, *Petropavlovsk* y *Peresviet* y todos los cruceros y destructores hasta quince millas de Port-Arthur. Al ver que se acercaba la escuadra japonesa, se retiró lentamente, haciendo fuego y poniéndose al amparo de las baterías de la defensa fija. Los japoneses, á quienes no agradaba ni tranquilizaba la audacia de Makharoff, intentaron de nuevo obstruír la entrada del puerto. El fuego certero del *Retvisan* y de los fuertes impidió que se realizara la empresa. Un torpedero japonés fué echado á pique y murieron quince hombres y un oficial que iban en los *marus* y 21 quedaron prisioneros.

Entre tanto la escuadra de Vladivostok había salido al mar y en un breve crucero echó á pique dos vapores japoneses y capturó otro. El almirante Kamimura, que no pudo alcanzar á los cruceros rusos, se presentó ante Vladivostok y bombardeó la ciudad, fuera del alcance de los cañones de los fuertes.

El 2 y el 6 de abril, el almirante Makharoff hizo nuevas salidas. Los grandes acorazados japoneses se retiraban siempre, como queriendo atraerle á alta mar; pero el jefe ruso no cayó en la celada que se le tendía. Siete días después salía toda la escuadra rusa del puerto, mandada por el almirante Makharoff, que enarbolaba la insignia almirante en el *Pe-*

tropavlovsk. Los cruceros japoneses rompieron el fuego contra ella; contestaron los rusos con energía y sin variar de rumbo; pero aparecieron en el horizonte los seis grandes acorazados del almirante Togo, que rompieron el fuego á ocho millas de distancia y la escuadra rusa se retiró lentamente hacia el puerto. Cuando el *Petropavlovsk* estaba cerca de la entrada, sonó una detonación sorda, se elevó una inmensa columna de agua junto á la popa del acorazado, que hundió su proa en el mar, y tres ó cuatro segundos después un estruendo horrible anunció que una catástrofe horrorosa había ocurrido. La nave almirante se había hundido en el mar. Seiscientos noventa y un hombres, entre los cuales estaban el almirante Makharoff, su jefe de E. M. vice-almirante Molass, el famoso pintor Verestchagin y muchos jefes y oficiales perecieron en el siniestro. Sólo se salvaron doce tripulantes, un oficial y el gran duque Cirilo, que quedó herido. Se produjo una gran confusión, y un destructor japonés, lanzado á toda máquina, disparó un torpedo contra el *Pobieda*, que resultó con graves averías á proa. La catástrofe del *Petropavlovsk* la produjo un torpedo flotante. La escuadra de Port-Arthur quedaba nuevamente sin jefe, pues el almirante Alexeieff no parecía dispuesto á tomar su mando, que se confió al almirante Witheft, en tanto que llegaba el almirante Skrydloff, hombre que no resultó á la altura de la reputación obtenida.

Los repetidos fracasos de la marina rusa daban á los japoneses el *power sea*, el dominio del mar, que tan necesario les era para la campaña terrestre.

Se esperaba, pues, con ansiedad en Europa una batalla por tierra. Se dió el 28, 29 y 30 de Abril y el 1.° de Mayo.

Durante el día y la noche del 27 había reinado gran actividad en el campo de los japoneses. Se hacía los últimos preparativos para el combate. Dos baterías de quince cañones cada una enfilaban el punto por donde tenía que echarse el primer puente sobre el Yalú. Otras dos de ocho cañones amenazaban las isletas donde quedaban aún muchos rusos, y veinte kilómetros más allá, río arriba, estaban preparadas cuatro baterías de montaña de gran alcance y tiro rápido. Los cañones eran de invención japonesa, del coronel Arsala y los nippones contaban maravillas de su eficacia.

Los rusos ocupaban una línea de 17 kilómetros de extensión, que seguía el curso del río, cortada al Este por un macizo de montañas, que el E. M. ruso había dicho ser infranqueable. El ala derecha la tenían apoyada en Antung, el centro en una colina llamada de Kalientsé por un pueblo de igual nom-

bre; la izquierda en unos bosques que subían por la ladera de los abruptos montes. Detrás de las divisiones moscovitas estaba la carretera mandarina que conduce á Feng-huan-cheng y á Liao-Yang.

El día 28, al amanecer, rompieron el fuego todas las baterías japonesas, menos las de montaña, que estaban ocultas río arriba. Contestaron los cañones rusos; pero al cabo de una hora de fuego se advirtió que mientras los japoneses causaban gran daño á sus enemigos, la mitad de los tiros de los rusos quedaban cortos. Las isletas fueron desalojadas por los rusos. Entonces empezó un violento cañoneo contra Antung. Tomaron parte en el combate las lanchas cañoneras enviadas por Togo, y al cabo de tres horas Antung ardía y los rusos se retiraban de allí acabando de prender fuego á la ciudad. Durante todo el día 28 continuó el cañoneo, contestándolo los rusos como podían. Un regimiento de la guardia japonesa quiso atravesar el río en barcas para apoderarse de Antung; pero tuvo que renunciar á ello después de sufrir muchas bajas, porque las baterías rusas concentraron contra él su fuego.

El día 29 quedó construído un puente que iba desde la orilla izquierda del río á una de las isletas. A pesar del fuego ruso atravesaron el puente los japoneses y establecieron baterías en la isla. Aquellas baterías barrieron de enemigos la orilla derecha y los pontoneros empezaron á trabajar de nuevo.

Por la noche dos regimientos de la guardia desembarcaron junto á Antung, se hicieron fuertes en la ciudad y obligaron á la brigada del general Kastalinsky á retroceder y á cesar en sus ataques. El paso del río ocupó todo el resto de la noche y todo el día 30. Los rusos se retiraron y concentraron en Kalientsé y resistieron allí con gran energía las acometidas de sus adversarios, que atacaron durante toda la noche, demostrando conocer palmo á palmo el terreno y empleando reflectores eléctricos de que estaban provistos los batallones. Pero los rusos resistían sin retroceder y el paso del río podía convertirse en un desastre cuando, al amanecer del 1.º de Mayo, las tropas japonesas lanzaron de pronto un clamor de entusiasmo y atacaron con ímpetu tremendo. En la cima de las montañas, consideradas como infranqueables de Este á Oeste, había aparecido un oficial á caballo desplegando un estandarte japonés. Al cabo de pocos minutos cuatro baterías de montaña abrían un certero fuego de flanco contra los rusos y cinco regimientos de la guardia, lanzando *¡banzais!* entusiastas, bajaban á la carrera de las lomas. Detuviéronse á unos 700 metros de los rusos y empezaron á disparar contra ellos, mientras 25,000 hombres japoneses les atacaban de frente.

Al doble choque vacilaron los rusos y retrocedieron. Unicamente dos regimientos se mantuvieron

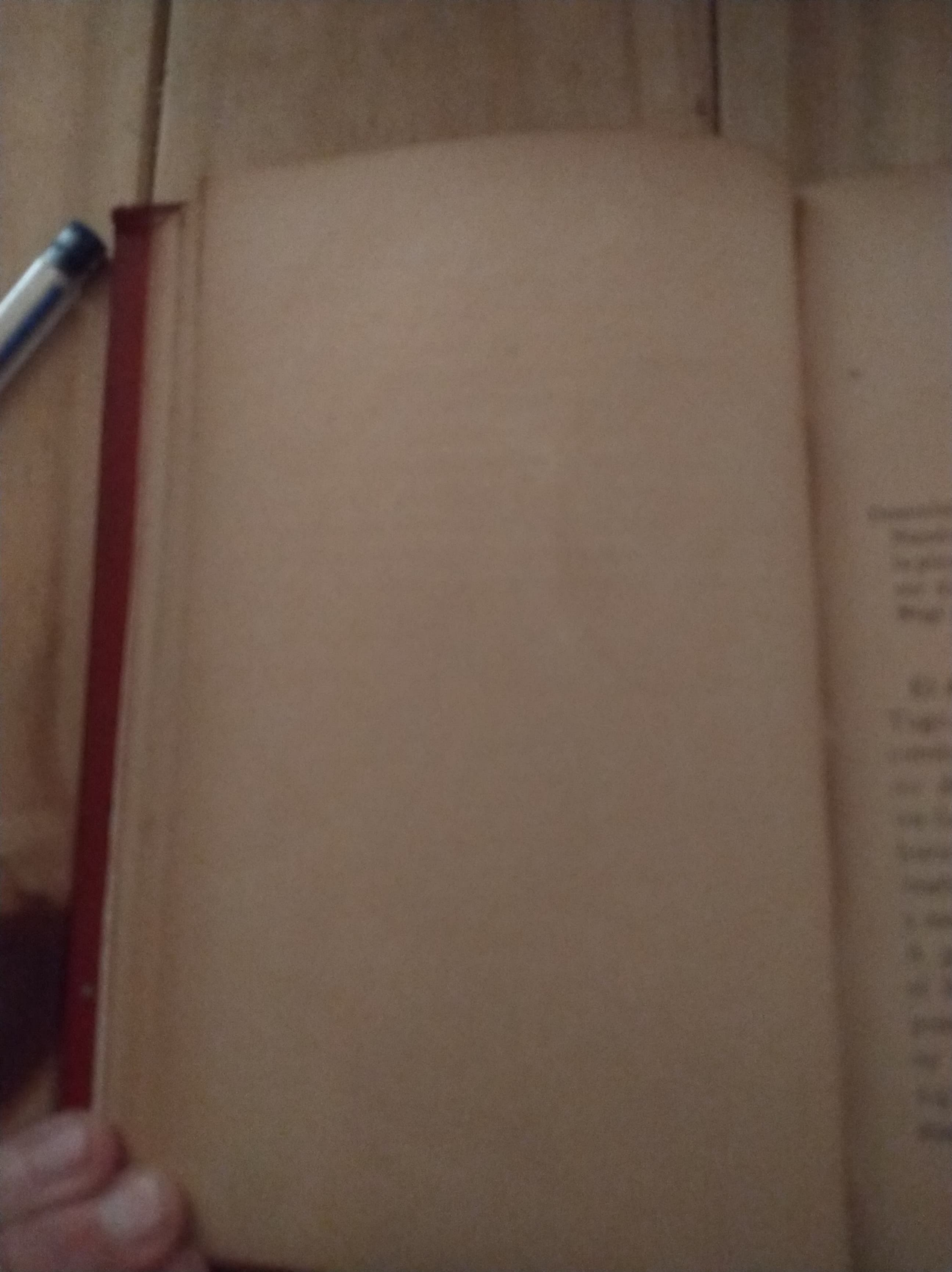
á pie firme, sosteniendo la retirada de sus compañeros, que bien pronto se convirtió en fuga. La persecución duró largo trecho y los rusos abandonaron en su huída 37 cañones, todos los carros y muchas armas y municiones de boca y guerra.

El primer cuerpo siberiano, mandado por el general Zassulitch, había sido derrotado y huía en desorden hacia Feng-huan-cheng. La batalla del Yalú costaba á los japoneses 1,500 hombres; á los rusos 3,200 soldados muertos ó heridos y 700 prisioneros.

El general Kuroki se apresuró á telegrafiar á Tokío, donde se recibió la noticia con grandes demostraciones de júbilo. En Rusia causó una sorpresa dolorosa, no atenuada por las explicaciones dadas por el general Kuropatkín, que aseguraba que la derrota se debía á la impericia de Zassulitch, quien debía haberse retirado sin resistir apenas. En Europa produjo la nueva de la victoria japonesa verdadero estupor, pues casi todo el mundo creía que los rusos eran invencibles por tierra.

La invasión de Manchuria por los japoneses había empezado. La pérdida de la batalla del Yalú marca el primero de la larga serie de errores cometidos por los rusos en el curso de la guerra. Sabían

á ciencia cierta que para defender el paso del río carecían de fuerzas bastantes, ya que no podían hacer frente á todo el primer ejército japonés, fuerte de unos 80,000 hombres y con 230 ó 250 bocas de fuego. Obraran, pues, mucho más cuerdamente defendiendo los desfiladeros que el paso del Yalú, ya que aquéllos estaban más cerca del cuartel general establecido en Liao-Yang y consentían más fácil y empeñada defensa. Por primera vez, también, demostraba Kuropatkín que se había equivocado acerca de la calidad de sus adversarios y que desconocía el valor de los soldados japoneses y la capacidad de sus jefes.



CAPITULO III

*Desembarco del 2.º ejército japonés en Pitsewo.—Batalla de Nanshan.—Port-Arthur sitiado; defensas y defensores de la plaza: operaciones preliminares.—Desembarco del tercer ejército.—***Desembarco del 4.º ejército.—Kuroki, Oku, Nogi y Nodzu.**

El día 5 de mayo al alba toda la flota del almirante Togo, compuesta de los acorazados y cruceros de combate, y colocada en amplio semicírculo en torno de la rada exterior de Port-Arthur, rompió en un furioso bombardeo contra la plaza. A la media hora se interrumpió el fuego, y á las nueve de la mañana reanudóse para cesar de nuevo á las nueve y media, y seguir desde la una á las dos de la tarde. A pesar de que, á esta hora, cesó definitivamente el fuego, la escuadra permaneció á la vista del puerto, y los jefes y la guarnición de Port-Arthur se preguntaban con extrañeza á qué obedecían aquel bombardeo fuera de tiempo y aquella permanencia de la escuadra enemiga junto al puerto.

No sabían Stoessel y sus compañeros que durante aquellas horas un ejército japonés fuerte de cuarenta mil hombres, y con más de doscientos cañones de campaña y montaña, había desembarcado en el Liao-Tung y se preparaba á marchar sobre Port-Arthur para empezar los trabajos preliminares del asedio de la Sebastopol del mar Amarillo.

Efectivamente, mientras la escuadra de Togo bombardeaba Port-Arthur, otra escuadra, compuesta de once cruceros protegidos y de varios torpederos y destructores, daba convoy á cuarenta grandes transportes cargados de tropas, cañones y municiones de boca y guerra.

Acercándose los torpederos junto á la costa, cañonearon durante media hora los puestos rusos que había junto á Pitsevo, y una vez que hubieron huído los moscovitas, empezó el desembarco de las tropas.

Un abanderado del 4.º regimiento de infantería de línea saltó al suelo el primero, y clavó en la playa la bandera del Sol Levante.

El desembarco duró siete horas y media, y al bajar el último soldado, los primeros, guiados por el general de brigada Katamura, se habían dirigido ya hacia el interior del país en demanda de la línea del ferrocarril para cortar las comunicaciones entre Port-Arthur y el Liao-Yang.

Avisado telegráficamente el almirante Alexeieff de la presencia de los japoneses, y no queriendo quedar sitiado dentro de la plaza de Port-Arthur, tomó un tren compuesto únicamente de una máquina y un coche, y á toda velocidad escapó hacia Liao-Yang. Un retardo de quince minutos le hubiese hecho caer en manos de los japoneses.

El ejército que acababa de desembarcar estaba mandado por el general barón de Oku, que diez años antes, mandando una brigada, había hecho la campaña de China, y se había cubierto de gloria. Aquellos cuarenta mil hombres no representaban todo el efectivo del segundo ejército, y á los dos días desembarcaban veinte mil hombres más, junto á Pu-Lan-Tien, cerca de Ta-Lien-Van.

Estas dos grandes masas de hombres se juntaron cerca de la línea del ferrocarril, acamparon en un sitio á propósito, y esperaron la caballería y las abundantes municiones que, durante los días siguientes, fueron llegando de las islas Elliott, que Togo había tomado como base de operaciones.

Los rusos, al advertir la presencia de tantos enemigos, no quisieron adelantarse para reñir batalla, y mientras unos destacamentos se retiraban hacia el norte, retrocedían los otros hacia el sur, para encerrarse en la gran fortaleza rusa, ó para esperar órdenes del general Stoessel.

Previendo el general Kondratenko que los japo-

neses avanzarían hacia el istmo de Kin-chau, había preparado la defensa del mismo de un modo formidable. Sesenta cañones de grueso calibre y doce morteros de quince centímetros estaban dispuestos en varias posiciones escalonadas, dominando las unas á las otras.

Así se llegó al día 25 de mayo por la noche. Hechos todos los preparativos de combate, el general Oku dispuso que la tercera brigada de infantería adelantase de noche hasta el pie de las posiciones rusas y quedase oculta detrás de unos oteros que había junto á la plaza. Al propio tiempo, estableció unas baterías frente á las rusas y dió orden de que unos cañoneros que había puesto el almirante Togo á su disposición se acercaran á la bahía de Kin-chau y estuviesen dispuestos á romper el fuego. Amaneció el 26 de mayo y como preliminares del combate, y para saber exactamente el número y calibre de los cañones rusos, distintos grupos de soldados mandados por sendos oficiales de artillería se dirigieron ostensiblemente hacia diversos puntos de la línea rusa. Como se mantenían fuera de tiro de fusil, empezaron á disparar las baterías rusas contra aquellos grupos, causando algunas bajas á los japoneses. Impávidos ante el fuego que se les dirigía, continuaron avanzando aquellos hombres que parecían destinados á morir. Los oficiales, cada vez que había estallado una granada

cerca de ellos, mandaban recoger los cascos, y tomaban nota de la batería que había disparado. Así, al cabo de veinte minutos, habían cumplido su cometido los soldados y se volvían satisfechos y á la carrera hacia donde les aguardaban sus compañeros. Los oficiales dieron cuenta al general en jefe de los datos que habían recogido, y pronto se vino en conocimiento que el punto más flaco de la línea rusa estaba en unas lomas cerca de la playa occidental.

Allí concentró el general Oku durante tres horas el fuego de diez baterías para preparar una magnífica carga de la cuarta brigada que, después de un ataque á la bayoneta que la hizo dueña de las primeras trincheras, se batió durante media hora contra los rusos, obligándoles á retirarse en buen orden hacia la posición principal de Nanshan que estaba algo más atrás, y donde tenían mayor número de cañones los rusos.

Aquella posición estaba defendida por una cuádruple fila de trincheras y dos líneas de cañones. El general Oku dió entonces orden á los cañoneros que estaban en la bahía de Kin-chau de romper el fuego contra la posición rusa de Nanshan, mientras sus cañones de campaña, en número de ciento veinte, empezaban un tremendo cañoneo de frente. El fuego de los cañones fué de gran eficacia porque cogía de enfilada las trincheras rusas; pero á

pesar de ello, resistieron perfectamente los moscovitas, que estaban mandados por los generales Fock y Smirnov.

A las dos de la tarde, la cuarta brigada se lanzó al asalto de las trincheras rusas, dando un ataque frontal magnífico, pero fué rechazado padeciendo grandes pérdidas. Reforzada por la sexta brigada, volvió á la carga á las cinco de la tarde, y de nuevo fracasó el ataque, á pesar de que algunos soldados llegaron hasta las primeras trincheras, donde los rusos les acribillaron á bayonetazos. La ladera de la montaña quedó cubierta de cadáveres y de heridos que fué imposible retirar porque las ametralladoras y los cañones rusos no cesaban ni un momento de hacer fuego.

Dos brigadas de refresco acometieron por tercera vez la formidable posición, y de nuevo fueron rechazados. Pero el general Oku mandó avanzar todas sus baterías y empezó un largo duelo de artillería que duró hasta las nueve de la noche, mientras la infantería fingía diversos ataques por diferentes puntos, á fin de mantener en continua alarma al enemigo. Los cañoneros proseguían cada vez con mayor furia su bombardeo, y las baterías japonesas cubrían de shrapnels las trincheras rusas. A la media noche cesó de pronto el fuego de cañón, como si los japoneses hubiesen renunciado á tomar aquella altura que tanta sangre les costaba.

De pronto, empezaron á trepar seis columnas de cinco mil hombres cada una, por las laderas de la montaña, y los rusos, advertidos de su movimiento de avance, rompieron de nuevo el fuego, y se generalizó el combate. La artillería volvió á disparar con tanta energía como antes, y los cañoneros, guiados por los fogonazos de las baterías enemigas causaron grave daño á los rusos, y desmontaron varios de sus cañones.

Las columnas de infantería fueron rechazadas tres, cuatro, cinco veces, y otras tantas volvieron al asalto cada vez con ímpetu más fiero, atacando á pecho descubierto á sus enemigos. Cuando se hubieron cansado aquellas tropas y no les era humanamente posible un esfuerzo más continuado, otra división de refresco tomó parte en el combate, dividida en tres columnas. Cuatro veces atacaron también, y cuatro fueron rechazadas. Duraba el fuego y duraba la batalla desde hacia quince horas, y ni cejaban los rusos en su defensa, ni los japoneses daban tregua á sus ataques. Al dar el quinto las nuevas tropas, se unió á ellas espontáneamente la cuarta brigada, la que más había sufrido durante los anteriores ataques, y formando la cabeza de la columna del centro, se lanzó con ciego ímpetu contra las líneas enemigas. A los veinte minutos resonó un *¡banzai!* clamoroso, que anunció

al general en jefe que estaba tomada la tremenda posición.

Los vencedores, volviendo los cañones de quince centímetros que habían abandonado los rusos al huir, les persiguieron á cañonazos y apresuraron su fuga. En las trincheras rusas había ochocientos cadáveres y gran número de heridos. Los japoneses habían perdido en aquel combate empeñadísimo más de seis mil hombres entre muertos y heridos. Solamente la cuarta brigada perdió dos mil setecientos, es decir, cerca de la mitad de su efectivo.

Pero aquella batalla había decidido la suerte de Port-Arthur. El istmo de Kin-chau estaba en poder de los japoneses y la posición de Nanshan que separa el Liao-Tung, del Kuan-Tung, ocupada por más de cincuenta mil japoneses, debía servir para detener todo ataque que se intentara por parte del ejército de Port-Arthur y cualquier avance ofensivo de las divisiones que Kuropatkín tenía en el campo atrincherado de Liao-Yang.

La batalla de Nanshan, ganada por el general Oku, reveló á Europa y particularmente á Rusia, que los japoneses estaban decididos á sitiar y á tomar á toda costa la plaza de Port-Arthur.

La guarnición de esta fortaleza se componía, en el instante de quedar aislada, de cuarenta y siete mil hombres de todas armas. Las defensas consistían en una doble línea de fuertes enlazados entre sí por defensas complementarias, reductos, lunetas y trincheras. Los fuertes estaban sobre las colinas que rodean la ciudad y que no ofrecen más solución de continuidad que el estrecho paso que deja á un riachuelo que va á desembocar junto al puerto viejo. Delante de los fuertes, el general Kondrantenko, jefe de la defensa de Port-Arthur, había hecho construir trincheras, abrir trampas de lobo, y levantar formidables alambradas que formaban una red inextricable, donde debían perder la vida los asaltantes antes de poder llegar á los fosos de los fuertes. Algunos de éstos estaban cortados en la roca viva, de manera que no había cañones capaces de derribar aquellas murallas naturales. Había en esos fuertes cañones de trescientos cinco milímetros montados sobre plataformas giratorias y defendidos por cúpulas de acero. Tenían además los defensores gran cantidad de ametralladoras y de cañones de menor calibre. Todos los fuertes tenían sus proyectores eléctricos y detrás de la línea de defensa que formaban, de una longitud de diecisiete kilómetros, había una línea de ferrocarril para el servicio de municiones. Detrás de esta primera línea de fuertes estaba la muralla antigua

de Port-Arthur reforzada por otros fuertes modernos, y mucho más allá de la primera línea de defensa, reductos y lunetas que debían servir para detener el primer ímpetu de los asaltantes.

Las defensas marítimas eran también formidables, y los dos grandes fuertes de la Montaña de Oro y de Liaotichan, impedían que la escuadra se acercase para poder dirigir un bombardeo eficaz contra la ciudad.

Como desde el comienzo de las hostilidades hasta la toma del istmo de Kin-chau habían transcurrido tres meses y medio, los rusos tuvieron tiempo de aprovisionar y municionar abundantemente la plaza; así es que ésta parecía poder sostener un larguísimo sitio y causar enormes pérdidas á los japoneses.

El día 30, el ejército del general Oku se apoderó de Dalny, el magnífico puerto comercial construído por los rusos. Estos, antes de abandonarlo, destrozaron los muelles, pegaron fuego á los depósitos de subsistencias y cuanto hubiese podido servir de utilidad á sus enemigos, y se retiraron hacia Port-Arthur. Los buques japoneses limpiaron de minas flotantes y fijas las aguas de Dalny, los ingenieros

arreglaron como mejor pudieron los muelles, y el 3 de junio desembarcaba en Dalny un nuevo ejército japonés, que se denominó el tercero, mandado por el general Nogi, uno de los jefes más inteligentes de la hueste japonesa. Se creyó al principio que el general Oku era el encargado del sitio de Port-Arthur, pero á los pocos días se supo que el ejército que había ganado la batalla de Nanshan, se dirigía resueltamente hacia el norte, y quedaba encargado del sitio el general Nogi.

Pocos días antes, una gran escuadra de transportes había desembarcado el cuarto ejército japonés mandado por el general Nodzu en la bahía de Takushan. Este se dirigió inmediatamente hacia Sinyen, y se apoderó de la plaza después de un corto combate, dirigiéndose hacia el oeste, sin duda para juntarse con el ejército mandado por Oku. El general Kuroki, después de haber ocupado Fenghuan-cheng el 6 de mayo, continuó por la carretera mandarina hacia el norte, formando así los tres ejércitos japoneses de invasión un inmenso semicírculo de más de doscientos cincuenta kilómetros de longitud. Pero entre los tres ejércitos, había enormes soluciones de continuidad, y todo el mundo esperaba que los rusos, aprovechando esa disposición defectuosa de las grandes columnas de avance, atacarían con todas sus fuerzas á una de ellas, para ver si era posible destruirla, y atacar

después á las otras con mayores probabilidades de éxito.

Los cuatro jefes japoneses que estaban en campaña, y que dentro de breves días debían estar á las órdenes del mariscal Oyama, nombrado generalísimo del ejército japonés, eran hombres de gran experiencia y de mucho talento, y que durante la guerra actual han demostrado poseer condiciones de primer orden.

El general Kuroki, encargado del primer ejército, es famoso en el Japón por su sangre fría á toda prueba. Dicen que lo mismo dirige una batalla que juega una partida de ajedrez, y que en la guerra contra China, en la batalla de Ping-Yang, á las órdenes de Nodzu, demostró una impavidez admirable, resistiendo con un puñado de soldados los ataques furiosos de diez mil chinos.

El general Nodzu es el más popular de los generales japoneses; fuerte como un atleta, se distinguió desde joven por su afición á todos los sports violentos, y se distinguió, sobre todo, en el de la lucha. Como general, ganó, al frente del primer ejército, la batalla de Ping-Yang, tomando la ciudad por asalto, rechazando á los chinos más allá del Yalú, atravesando este río, invadiendo la Manchuria con rapidez desconcertadora, y dirigiéndose á marchas forzadas hacia Kaiping para reunirse al ejército que mandaba el mariscal Oyama.

Oku no había mandado nunca en jefe, pero es legendaria la prueba de valor que dió siendo muy joven, durante la insurrección de los Satsumas. Rodeado por un numeroso ejército enemigo en una fortaleza, estaba á punto de sucumbir, cuando hizo una salida desesperada, rompió las líneas enemigas, pasó sano y salvo, y tres días después, volviendo con nuevas fuerzas, hacía prisionero al jefe satsuma que le había sitiado.

El general Nogi es reputado como uno de los jefes de mayor ciencia militar que hay en el Japón; en su juventud, pasó dos años en Inglaterra y los Estados Unidos y una larga temporada en Alemania y Rusia. Conocía desde muy antiguo las mejores fortificaciones de las plazas fuertes y todos los medios empleados para atacarlas, de modo que su elección no podía ser más acertada.

Sobre estos cuatro jefes ha recaído desde el Yalú á Mukden todo el peso de la guerra. Dejando aparte la dirección superior de la campaña, todos ellos han demostrado, en repetidas ocasiones, ser dignos de mandar en jefe, por la previsión, el valor, la energía y las dotes de mando que han desplegado en el cumplimiento de su ardua tarea.

CAPITULO IV

El ejército ruso.—Capacidad del Transiberiano.—Kuropatkin y sus tenientes.—Avance de Stackelberg.—Batalla de Vufangkiu.—Batalla de Kaiping.—Batalla de Tachskiao.—Ocupación de Niuchang.—El sitio de Port Arthur.—Las catástrofes marítimas.

Mientras los japoneses avanzaban sin descanso pero con extremada prudencia, los rusos permanecían inactivos, y no se les ocurría oponerse á su avance. ¿De qué dependía tan extraña conducta?

Cuando el Japón envió las primeras notas de protesta al gobierno de San Petersburgo, el virrey de Manchuria y de la región del Amur, almirante Alexeieff, dió informes completamente equivocados al czar acerca del número de soldados que tenía á sus órdenes, de los cañones de que disponían esos soldados, y de las defensas de Manchuria. Al propio tiempo aseguró que los japoneses no se atreverían jamás á declarar la guerra.

Este error capital cometido desde el principio de

la campaña, debía ser fatal á los rusos. Cuando desembarcó el primer ejército japonés en Chemulpo, Fusan y Mashampo, los rusos no tenían en toda Manchuria más allá de setenta mil hombres, contando la guarnición de Port-Arthur y las de Liao-Yang y Mukden.

Había, en verdad, unos quince mil hombres en Vladivostok, y unos veinte mil guardias-fronteras, que no eran otra cosa que soldados siberianos.

Cuando se supo el desembarque de los japoneses en Corea, todas las fuerzas disponibles las envió el virrey á la línea del Yalú, que quería defender á toda costa, y hacia Port-Arthur. En Liao-Yang quedaron escasamente treinta y siete mil hombres, y si los japoneses hubiesen podido avanzar rápidamente, es indudable que el solo ejército de Kuroki bastaba para llegar, como en marcha triunfal, desde el Yalú á Mukden, barriendo á todas las fuerzas rusas que hubieran podido oponerse á su paso.

Pero como desde Seul al Yalú tuvo que emplear el general Kuroki bastante tiempo, los rusos lo aprovecharon para enviar cuanta gente les fué posible á Manchuria.

Topaban con una gran dificultad los generales rusos para enviar fuerzas numerosas á Manchuria. La única línea de comunicación entre Rusia y esa remota provincia china es el ferrocarril transiberiano construído para defender la Siberia Oriental y

para permitir el desarrollo del comercio entre la metrópoli y la región inmensa del Amur y del Sungari que casi puede considerarse como una colonia.

El general que dirigió la construcción del Transiberiano cometió un error muy grande: el de no dar á la nueva línea más que una sola vía, y el de dejar sin enlace todo el trozo que comprende el inmenso lago Baikal, cuyo paso sobre el hielo ó en barcos, exige de dos á tres días. La doble vía hubiese sido posible construirla rápidamente á no ser por los siete grandes puentes que no permiten el paso de dos trenes. Cada uno de estos puentes exigió seis meses de trabajo y exigiría ahora otros tantos su ensanche. Según se ha demostrado después, y cuando ya no era ocasión de poder remediar la falta, la vía estaba muy mal asentada, y no era posible, por lo mismo, dar gran velocidad á los trenes. En muchos puntos no pueden correr las locomotoras más allá de veinte kilómetros por hora, ni pueden arrastrar más de quince vagones. La distancia entre Moscou y Mukden es más de diez mil kilómetros, y si bien un tren directo puede hacer el trayecto en pocos días, no sucede lo mismo á los trenes normales. Estos emplean veinte días en el viaje, y como los soldados no pueden permanecer durante tanto espacio de tiempo en los vagones mal acondicionados para el transporte, y se les ha de dejar descansar varios días en el camino, resulta el viaje muy pesado, y dura de veintiocho á treinta días.

A pesar de cuanto dijeron al principio de la guerra los periódicos rusos y los franceses, el Transiberiano no puede transportar más de ochocientos hombres diarios. Si á esto se añade que hubo que transportar también muchos miles de caballos, se comprenderá lo difícil que era para el ministro de la Guerra y el Estado Mayor general, hacer que se reuniera en Manchuria un ejército numeroso para oponerse al avance de los japoneses.

Durante los tres meses de tiempo que tuvieron los rusos para enviar refuerzos á Manchuria, no consiguieron hacer llegar hasta Kharbin más allá de ochenta y cinco mil hombres, y estos, unidos á los treinta y cinco mil que había en Liao Yang, formaban un conjunto de ciento veinte mil hombres, de los cuales se enviaron veinticinco mil más á Port-Arthur á fin de ponerle á cubierto de cualquier golpe de mano.

El general Kuropatkin, que era ministro de la Guerra al romperse las hostilidades, asumió el mando en jefe del ejército ruso en Manchuria y llegó á Kharbin el 26 de marzo.

Encontró el ejército completamente desorganizado y más desorganizados aun si cabe los servicios auxiliares; pero no podía achacar á nadie la culpa de tan grave estado de cosas, porque habiendo sido ministro de la Guerra durante tantos años, sobre él recaía la responsabilidad de lo que ahora, como

generalísimo, deploraba. Se dedicó, pues, desde su llegada y con verdadero ahinco á reorganizar el ejército que tenía á sus órdenes.

Los rusos esperaban mucho de él. Antes de marchar de San Petersburgo había dicho que iría á firmar la paz en Tokío. Palabras imprudentes que no se han cumplido y que ahora debe deplorar haber pronunciado. Fué jefe de Estado Mayor del general Skobeleff, hizo la campaña del Turkestán y pasaba por ser uno de los mejores generales rusos. En esto como en muchas otras cosas se padeció un error de monta y esta guerra ha venido á demostrar una vez más que son precisas cualidades de primer orden para dirigir un ejército numeroso, y que los generales y marinos de salón no son los más indicados para oponerse á un ejército enemigo bien organizado. Kuropatkín únicamente se había batido contra los turcos—que en aquella época carecían de organización y buen armamento—y contra las tribus medio salvajes del Asia occidental. Al encontrarse con un ejército mejor organizado, disciplinado y armado que el suyo, con una infantería que ha demostrado en todos los combates sostenidos que no tiene rival por ahora, con una artillería superior por su eficacia á la de que él disponía, y al notar desde los primeros choques la táctica audaz de sus enemigos, se vió perdido y se limitó á una defensiva continuada, no atreviéndose más que una

vez á tomar la ofensiva, resolución que le costó bien cara. Era, pues, Kuropatkin, un jefe tímido, poco seguro de sí mismo, poco seguro de sus tenientes, no mucho más confiado en la calidad de sus soldados. En tales condiciones era inevitable su derrota.

Sus tenientes eran generales bien quistos en la Corte; pero poco aptos para mandar en los campos de batalla. La mayoría de ellos desconocían por completo la topografía de la región en que debían combatir. El Estado Mayor, por un descuido inconcebible, no había hecho levantar planos detallados de Manchuria, y Zassulitch, Stackelberg, Keller, Orloff, Bilderling combatieron á ciegas desde el primer momento. Nunca sabían por donde les atacaría el enemigo; si aparecería por la derecha ó por la izquierda; temían de continuo verse envueltos; se les figuraba que Kuroki, Oku y Nodzu disponían de efectivos enormes, y esto, unido á que jamás supieron montar un buen servicio de confidencias, les hizo cometer error tras error, les obligó á esas retiradas incesantes que desmoralizan á las tropas tanto como una derrota, y dió ánimos á sus enemigos que, desde el principio de la guerra, han escogido siempre el lugar y el momento oportunos para librar combate.

Seis meses después de haber principiado la guerra avanzaban los rusos tan á ciegas como el pri-

mer día y durante toda la campaña del Yalú á Mukden han desconocido por completo la posición y fuerzas de los japoneses, á pesar de tener á su disposición muchas fuerzas de caballería. Pero los japoneses disponían de tal manera sus avanzadas, gracias al conocimiento exacto que tenían del terreno, que resultaban impenetrables, como no se tratara de una gran masa de jinetes, y detrás de esa cortina protectora podían mover los nippones con todo desembarazo sus columnas y preparar sus avances sin que jamás estuviesen advertidos de ellos los enemigos.

Al principiar la guerra cuidáronse los rusos de anunciar que habían enviado á Manchuria un verdadero parque aerostático; pero no es posible averiguar los servicios que han prestado los globos cautivos, puesto que jamás, ni cuando se ha tratado de avanzadas de grandes masas, han conseguido señalarlas en tiempo oportuno.

Con un ejército tan mal organizado y pertrechado, no es extraño que el general Kuropatkin vacilara en tomar la ofensiva. Pero la noticia de la toma de Nanshan había producido gran consternación en Rusia y el gobierno telegrafió al almirante Alexeieff que convenía obtener una victoria á toda costa. Por desgracia no podía el gobierno ruso decretar la victoria como lo hiciera la Convención.

Alexeieff mandó á Kuropatkin que enviase una

expedición en socorro de Port-Arthur. Así pensaba coger el ejército de Oku entre dos fuegos. Pero la operación era más fácil de mandar que de ejecutar. De ninguna manera podían marchar hacia el Sur todas las fuerzas que había en Laia-Yang y Kaiping. Dejar abandonado el Norte equivalía á permitir que Kuroki cortara las comunicaciones con Kharbín; y no había que pensar en ello.

Fué preciso dividir las fuerzas: quedaron unos cincuenta mil hombres á las órdenes de Kuropatkin para contener el avance de Kuroki y otros cuarenta mil, con unos cien cañones y numerosa caballería avanzaron hacia el Sur al mando del general Stackelberg. La marcha, que empezó el 2 de junio, fué muy penosa por el mal estado de los caminos. El general, su Estado Mayor y algunos batallones utilizaron el ferrocarril, pero el resto de las fuerzas, mal guiadas, sin planos de la región que tenían que recorrer, temiendo siempre una sorpresa del enemigo, padecieron mucho. Por aquellos días ignoraban completamente los rusos que hubiese desembarcado el ejército del general Nogi en el Kuan-Tung y les parecía fácil derrotar al de Oku por medio de una acción combinada de la guarnición de Port-Arthur y de las divisiones de Sackelberg.

El día 14 de junio habían llegado éstas á la vista de Vufangkú, población situada junto al camino de hierro de Port-Arthur á Mukden. Las avanzadas

de caballería cosaca habían topado con fuertes patrullas de infantería japonesa que les obligaron á retirarse. Stackelberg comprendió que en vez de atacar iba á ser atacado y se preparó lo mejor que supo y que pudo.

Aquella misma noche la artillería japonesa rompió el fuego contra todo el frente ruso, obligando á que las baterías enemigas le contestaran y así supo el general Oku la posición de los cañones rusos, su alcance exacto y su número. El cañoneo fué violentísimo durante toda la noche y continuó al día siguiente. Los shrapnels japoneses causaban graves daños á los rusos, y los cañones de éstos, de menor alcance, apenas ofendían á los nippones. Cuando el fuego de artillería hubo desmontado varias baterías, la tercera brigada de infantería dió una carga contra el ala izquierda rusa, que ocupaba unas lomas cubiertas de árboles. La posición era buena, pero fué tomada y los rusos, después de una larga defensa, se retiraron hacia la posición central. Llevando entonces á galope ocho baterías de campaña á la posición conquistada, el general Oku mandó que avanzase su centro contra el enemigo. Así le inmovilizaba y las granadas de las baterías japonesas llovían sin descanso sobre el centro ruso. A las tres de la tarde cargaron en masa los japoneses, y los rusos, incapaces ya de resistir, huyeron hacia el Norte, perdiendo unos 300 prisioneros y 14 ca-

ñones y teniendo más de 5.000 bajas entre muertos y heridos. Los japoneses perdieron unos 1.200 hombres y persiguieron largo trecho al enemigo, causándole nuevas bajas en la retirada.

La alarma que produjo esta nueva derrota en Rusia no es para contada. Se creía que todas las tropas de Stackelberg quedarían copadas, pues se sabía que el ejército de Nodzu avanzaba desde Siuyen á marchas forzadas y podía coger de flanco á las tropas que se retiraban. El de Kuroki se dirigía también hacia el Norte y, de contar entonces los japoneses con los efectivos que creían los rusos, hubiesen podido acabar con Kuropatkín y su hueste. Pero la movilización japonesa procedía lentamente y no tenían entonces en Manchuria el efectivo definitivo de ninguno de sus ejércitos.

Sin embargo, no era buena la situación de las tropas rusas. El ejército vencedor continuaba la persecución y el 21 ocupó Siungyuencheng después de un breve combate contra una avanzada rusa.

Los telegramas anunciaban que los rusos habían ocupado formidables posiciones en Kaiping, que les habían llegado refuerzos y que en aquel punto se estrellaría la ofensiva japonesa. Añadían que Kuropatkín acudía con gran golpe de gente en auxilio de Stackelberg. Algunos críticos militares decían que la situación de los japoneses era crítica porque aun no se había verificado la conjunción de los tres

ejércitos, y si Kuropatkin quedaba vencedor podía derrotar sucesivamente á los tres generales enemigos. Renacía, pues, la esperanza en las esferas oficiales rusas. Y los japoneses, no persiguiendo á Stackelberg y avanzando á paso de tortuga, parecían corroborar las impresiones que reinaban en San Petersburgo y reflejaban la prensa francesa y alemana.

El día 5 de julio llegaron las fuerzas del general Oku á la vista de Kaiping. El 6 tomaron posiciones, emplazaron la artillería y abrieron líneas de trincheras. Los rusos, en número de unos de 35.000 hombres, ocupaban unas colinas en forma de anfiteatro, se habían atrincherado fuertemente y aguardaban el choque de sus adversarios. Estos, que llevaban gran número de cañones de 15 centímetros, rompieron el fuego desde larga distancia el día 8 por la tarde y lo continuaron toda la noche y por la mañana del 9. Los rusos, que carecían de artillería gruesa, tuvieron que aguantar aquel fuego certero sin poder contestar á él. Y Stackelberg no era hombre para tomar una ofensiva vigorosa que cambiara la posición de ambos ejércitos. Hizo que el suyo soportara aquel fuego y permaneciese inmóvil.

A las 10 de la mañana del día 9, toda la artillería japonesa de campaña y montaña se adelantó hacia las posiciones rusas y empezó un fuego eficacísimo contra ellas, aun cuando perdió mucha gente por-

que tiraban las baterías desde muy cerca. A las cuatro de la tarde, cuando habían enmudecido ya muchos cañones rusos, la infantería japonesa se lanzó al asalto de las posiciones de la derecha rusa y las tomó después de un corto combate. La artillería japonesa avanzó entonces de nuevo y dejándose ametrallar por los rusos, abrió un fuego terrible contra éstos, donde ya reinaba gran confusión por la llegada en desorden de las tropas de la derecha. A la media hora todos los regimientos japoneses se lanzaban al asalto del centro enemigo y le hacían retroceder en desorden hacia el Norte á lo largo de la vía del ferrocarril. La batalla estaba perdida, Kaiping tomado. ¿Cómo no acudía Kuropatkin en socorro de su teniente?

Si continuaba el avance de los japoneses hacia el Norte, amenazaba á los rusos una nueva catástrofe. Niuchang é Inkeu caerían en poder de los invasores y los rusos perderían el único puerto que conservaban en el mar Amarillo (golfo de Pechilí), que era una excelente base de aprovisionamiento que permitía aligerar la línea del Transiberiano del transporte de vituallas.

A los dos días de esta nueva derrota de los rusos, avisó el telégrafo que el cuarto ejército japonés (general Nodzu), después de apoderarse del desfiladero de Fenchul, arrojando de él á las tropas rusas, avanzaba hacia Tomucheng y que el primer

ejército (general Kuroki) se había batido en Motienling, avanzando también hacia el flanco de los rusos en retirada en combinación con los otros dos ejércitos. La situación era verdaderamente crítica para las divisiones rusas de Stackelberg. Ocupaban éstas una buena posición en Tachikiao, punto de enlace entre la línea de Port-Arthur á Mukden y la que va á Niu-chang y Pekín. Si los japoneses vencían de nuevo á sus adversarios, Niuchang estaba perdido.

Siguió el ejército de Oku su marcha hacia el Norte y durante el 23, 24 y 25 de julio hubo un formidable duelo de artillería entre japoneses y rusos. El 25, á mediodía, las tropas mikadiales cargaron á la bayoneta y pusieron en fuga al enemigo, desmoralizado ya por tan continuos reveses, mal alimentado y peor calzado. Aquel mismo día una brigada del segundo ejército se apoderó de Niuchang, que los rusos abandonaron sin resistencia, después de pegar fuego á los depósitos de municiones y provisiones.

Kuropatkín viendo que los tres ejércitos japoneses estaban ya casi unidos é iban formando la formidable tenaza que amenazaba cerrarse sobre Liaoyang, quiso hacer algo para conjurar el peligro y envió el primer cuerpo siberiano, mandado por el general Keller, á que se apoderara por sorpresa del desfiladero de Motien. La operación resultó una

nueva derrota para los rusos, que perdieron más de tres mil hombres, cuatrocientos prisioneros, seis cañones, algunas ametralladoras y á su jefe, que quedó mortalmente herido por la explosión de una granada.

El ejército del general Nodzu se apoderó del desfiladero de Tomucheng y efectuó su reunión con las fuerzas de Oku.

Los rusos continuaban retrocediendo por todas partes y las cabezas de columna japonesas, después de descansar unos días, emprendieron de nuevo su avance hacia el Norte, deteniéndose ante las posiciones que habían tomado los rusos en Haicheng.

Mientras ocurrían estos hechos en el Liao-Tung, se había formalizado el sitio de Port-Arthur. El general Nogi había ido desalojando á los rusos de todas las posiciones avanzadas cerca de la plaza y ésta quedó cercada el 11 de julio. El mariscal Oyama, nombrado generalísimo del ejército japonés, fué en persona á examinar las fortificaciones de la plaza de guerra; dió las instrucciones que creyó oportunas y marchó hacia el Norte, dejando al general Nogi el cuidado de tomar la fortaleza.

Desde el principio de las operaciones habían ocurrido graves sucesos en Port-Arthur. Destituído por inepto el almirante Stark, le había substituído Makharoff. Hizo éste una salida el 16 de Abril y empeñó combate contra la flota enemiga. Al volver

al puerto, chocó el *Petropavlovsk* con un torpedo y voló, muriendo Makharoff y casi toda la tripulación del acorazado. Otros dos buques fueron también torpedeados, y la escuadra, inferior ya á la japonesa, se encerró otra vez en el puerto, sin ganas de abandonarlo.

Por la parte de tierra, todas las salidas que hizo la guarnición fueron rechazadas con vigor, demostrando con ello que los sitiadores eran muchos. El general Nogi se apoderó de unas alturas y emplazando allí baterías abrió el fuego contra la ciudad el 7 de Julio.

Avance de los japoneses en la batalla de Liao-Yang

CAPITULO V

Refuerzos de los rusos.—Batalla de Haicheng.—Combate de Anping.—Avance de los japoneses.—El campo atrincherado y la ciudad de Liao-Yang.—La prensa europea.—Batalla de Liao-Yang.—Derrota y retirada de los rusos.—Efecto que produce la derrota de Kuropatkín.

Los periódicos todos de Europa, exceptuando los ingleses, que desde el primer día habían predicho el desastre de Rusia, creían que el avance de los japoneses duraría poco tiempo y que la serie no interrumpida de victorias ganadas sobre los generales rusos se convertiría en una terrible derrota apenas tuviese Kuropatkín las fuerzas necesarias para tomar la ofensiva. Fijábanse en que el Transiberiano continuaba conduciendo tropas de refuerzo, lo cual daba una gran superioridad numérica á los rusos.

Aseguraban muchos periódicos que Kuropatkín tenía á sus órdenes 250.000 hombres y que espera-

ba la reunión de los tres ejércitos japoneses para darles una lección de esas que forman época. Decían asimismo que se le había enviado artillería en abundancia y que, por lo mismo, todas las probabilidades de buen éxito estaban de su parte.

Cuando se supo que iba á librarse una batalla en Haicheng, se compadecía por adelantado á los japoneses, creyendo que Kuropatkín tomaría parte en ella. No fué así. De nuevo quedaron derrotados los rusos, que perdieron 2.300 hombres, 6 cañones y 140 prisioneros y no pararon ya hasta el campo atrincherado de Liao-Yang.

Esto ocurría el 3 de Agosto. Hasta el 26 no hubo ningún combate formal. Los tres ejércitos japoneses estaban ya reunidos y formaban un inmenso semicírculo cuyo centro ocupaba el ejército de Nodzu, el ala derecha Kuroki y Oku la izquierda. Se pasó cerca de un mes en prepararse para una gran batalla. Era preciso no dejar casi nada al azar.

La lentitud del avance de los japoneses parecía favorecer á los rusos y en realidad les dañaba, porque si bien les permitía recibir refuerzos, servía para que los nippones calcularan con seguridad casi matemática lo que había de ocurrir en el momento del ataque. Es de notar que en la preparación de todas sus empresas y movimientos han sido los japoneses muy prolijos y cautos, y, en cambio, no ha habido jamás táctica tan rápida, audaz, des-

concertadora y brutal como la suya. Los ataques frontales á la bayoneta, que se consideraban de todo punto imposibles desde que las tropas tienen fusil de repetición, las han ejecutado más de cien veces en esta guerra y siempre con buen éxito. Han hecho marchas de flanco atrevidísimas; han dejado enormes huecos entre sus grandes masas de ataque, fiando todo al valor de sus soldados y á la fulmínea rapidez de sus ataques. Tropas muy maniobreras, no han vacilado nunca en cejar, cuando lo creyeron oportuno, en un punto de su línea y de avanzar sin medida por el otro extremo, cambiando así el frente de batalla durante la acción. Pero en todas ocasiones han mostrado sus jefes prudencia tan grande, tan poco ardor en la persecución, que, durante los primeros combates, creyeron todos los críticos militares que habían quedado sus tropas tan quebrantadas ó más que las del enemigo, cuando lo que ocurría en realidad era que se preparaban para una nueva embestida más formidable que la precedente y que desconcertaban á los generales enemigos.

El 26 de Agosto, el ejército de Kuroki, avanzando bruscamente de Sureste á Noroeste, arrojó á un contingente ruso fuerte de 7.000 hombres de las posiciones avanzadas que ocupaba en el pueblo de Anping. El mismo día, el general Nodzu libraba un tremendo combate en Ansanchán, derrotando tam-

bía á los rusos y obligándoles á replegarse sobre Liao-Yang. El general Oku, avanzando por el Suroeste hacia el Noreste, empeñaba un combate sangriento contra su eterno enemigo Stackelberg y le arrojaba sobre Liao-Yang.

Rusos y japoneses estaban frente á frente. Iba á librarse una gran batalla.

Kuropatkin tenía á sus órdenes unos 170.000 hombres de todas armas y unos 400 cañones, sin contar los de gran calibre que había en los 17 fuertes del campo atrincherado. Este reunía todas las condiciones para hacer una resistencia larga. Fosas, empalizadas, trampas de lobo, alambradas, caballos de Frisia, de todo había: y delante de él, una serie de colinas atrincheradas, guarnecidas por más de 80.000 soldados rusos, debían detener el empuje del enemigo. Los japoneses disponían de 200.000 hombres y de 500 cañones.

Kuropatkin, que no se atrevió, como de costumbre, á tomar la ofensiva, esperó á pie firme á sus enemigos y dispuso que una fuerte reserva guardara el ferrocarril y el paso del Taitsé, río que corre detrás de Liao-Yang.

El día 27 al amanecer empezó un cañoneo general por ambas partes, que duró hasta la tarde y que demostró una vez más la superioridad de la artillería japonesa, tanto por la eficacia como por la precisión del tiro. Por la tarde, atacaron dos ve-

ces consecutivas las divisiones de Oku las colinas atrincheradas y dos veces fueron rechazadas. Volvieron á tronar los cañones, y á las nueve de la noche, mientras volvían á la carga los vencedores de Nanshan y Kaiping, moviéronse también las masas dirigidas por el general Nodzu y se empeñó una pelea sangrienta en toda la línea. Duró hasta las dos de la madrugada. A tal hora el general Oku, después de perder más de 5.000 hombres, se había hecho dueño de varias colinas situadas á la izquierda de Liao-Yang, en dirección de Sur á Norte. El centro, mandado por Nodzu, había sido rechazado.

Sin perder un momento, más de cien cañones de campaña fueron arrastrados por hombres y caballos á través de la llanura fangosa, subidos á las colinas conquistadas y al amanecer rompían el fuego contra las otras colinas rusas, que quedaban así batidas de frente y de flanco. Nodzu repetía su ataque y de nuevo era rechazado. Todo el día 28 hubo un formidable duelo de artillería, y por la noche, dirigiendo el general Nodzu personalmente una de las columnas de ataque, volvióse á la carga con mayor empuje que nunca, trabándose un espantoso combate cuerpo á cuerpo que duró más de veinte minutos. Los rusos, que tenían que defender una línea muy extensa, no podían recibir refuerzos, y Oyama, fingiendo ataques en varios

puntos, con escasos contingentes, enviaba regimientos y más regimientos para reforzar las columnas de Nodzu. Era aún indeciso el resultado de aquella lucha gigantesca, cuando entraron en acción la mitad de las fuerzas de Oku. Atacados de frente y de flanco, los rusos se retiraron á la desbandada hacia el campo de Liao-Yang. Los japoneses se habían apoderado de la primera línea enemiga. El 29 continuó la batalla. Toda la artillería japonesa hacía fuego con una precisión terrible sobre el campo ruso, produciendo verdaderos estragos; pero los cañones moscovitas devolvían disparo por disparo, muerte por muerte. La infantería tentó varios ataques sin éxito. A las cinco cesó la lucha y descansaron ambos adversarios.

Pero el general Oyama había visto al Oeste una loma ocupada tan sólo por dos regimientos rusos. Estaba muy cerca del campamento moscovita y de uno de los fuertes. Quizá por ello, y por estar bastante alejada de los puntos principales donde se desarrollaba el ataque, no estaba mejor defendida. Señaló aquel punto al general Oku, con orden de tomar la loma á toda costa. De ser posible, debía tomarse por sorpresa.

A la una de la madrugada, cuando los rusos imaginaban que sus enemigos, rendidos por la lucha de aquellos tres mortales días, descansaban y les permitirían descansar, empezó un nuevo ataque

general contra el campo de Liao-Yang. La carnicería fué muy grande, pues más de 16.000 hombres de ambos ejércitos quedaron muertos ó heridos en aquel suelo pantanoso. Una tormenta deshecha de lluvia y rayos aumentaba el horror de la escena y los padecimientos de los soldados. De pronto resonó á la extrema izquierda de la línea japonesa un clamor formidable que se oía á pesar de los cañonazos y de los truenos. La loma que indicara el jefe supremo había sido tomada. Arrancaron al galope cinco baterías, y con mucho trabajo se subieron los cañones de 15 centímetros á aquella altura. Los de menor calibre de campaña se emplazaron también y al amanecer, mientras las piezas de 7 centímetros colocadas en la loma hacían un fuego continuo contra el campamento, las de grueso calibre, lanzando enormes granadas, bombardeaban eficazmente Liao-Yang, que pronto empezó á arder.

Los disparos de aquellas baterías tan cercanas al campamento habían barrido cuanto tenían enfrente. Por aquel paso libre de enemigos pasaron las columnas del general Oku en pleno día y empezaron el ataque del campo ruso. La lucha se reanudó con furia inaudita. Nodzu atacó de nuevo y el suelo se estremecía al disparo de más de 800 piezas de artillería que aumentaba los horrores de la lucha. Empezó á arder la estación de Liao-Yang. Ardie-

ron los almacenes de provisiones y volaron varios depósitos de cartuchería. Los pobres chinos huían despavoridos hacia el Norte; morían los heridos rusos junto y dentro de la estación; la resistencia empezaba á flaquear al ver que los japoneses, atravesando el campamento, se dirigían hacia la línea de fuertes, sin cuidarse de los disparos de fusil y de cañón que de todas partes se les dirigía.

Kuropatkin comprendió que había perdido la batalla. Podía resistir mucho más; pero el ejército de Kuroki, que no había tomado parte en el combate y que podía aparecer de un momento á otro, le atemorizaba. ¿Qué efectivos tenía á su disposición aquel general? Si solamente llegaban á 80.000 hombres y cortaban la línea férrea, la derrota se convertía en desastre.

Hizo avanzar algunos regimientos de tropas frescas y cinco baterías de campaña y dió la orden de retirada. Pasaron sus tropas el Taitsé, siguiendo la vía férrea. Toda la noche duró el desfile, que se efectuó en buen orden; pero al amanecer del 1.º de septiembre aparecieron las cabezas de columna del ejército de Kuroki y hubo que librar una nueva batalla para evitar que el cuerpo del general Stackelberg quedara envuelto. Dos días duró la lucha y uno de los episodios más sangrientos de ella fué la derrota de la brigada Orloff que, por haber entendido mal una orden, dió una carga y quedó

reducida á menos de la mitad de su efectivo y con su jefe herido. Kuropatkín atribuyó la final derrota de su ejército á dicho general, que quedó destituído.

Los japoneses entraron en Liao-Yang, después de ocho días de lucha empeñadísima, el 3 por la mañana. La batalla había causado unas 30.000 bajas á los rusos y unas 25.000 á los japoneses. Los rusos perdieron los cañones de grueso calibre de los fuertes. Si tuvieron más bajas que sus enemigos hay que atribuirlo á la espantosa carnicería que hicieron los cañones japoneses dentro de Liao-Yang y durante el paso del Taitsé por los moscovitas en retirada.

La persecución era de todo punto imposible. Abrumados por la fatiga estaban los vencidos, pero no menos ansiosos de reposo los vencedores, porque el esfuerzo realizado por unos y otros había casi superado el límite de la resistencia humana.

Los telegramas oficiales de Tokío avisaron la toma de Liao-Yang y la derrota del ejército ruso mandado por Kuropatkín en persona. Las noticias de Rusia confirmaron ambos hechos, tratando, como era natural, de atenuarlos en lo posible. En el Japón produjo un entusiasmo loco la victoria alcanzada

por su ejército. En Rusia causó asombro y terror á un tiempo. Comprendíase que se hubiese perdido las batallas del Yalú y todas las demás ganadas por Oku. Los contingentes japoneses eran en ellas mayores que los rusos y mandaban éstos, generales que no inspiraban ninguna confianza. Pero la derrota de Liao-Yang revestía caracteres más graves. Las fuerzas que lucharon eran casi iguales en número y los rusos tenían la ventaja enorme de pelear al amparo de un campo atrincherado capaz de resistir poco menos que un sitio en regla. ¡Y los japoneses habían vencido!

Entonces los diarios, para templar en lo posible el pésimo efecto de la derrota, hablaron de la corrupción administrativa, y se descubrió que se habían perdido más de 400.000 uniformes, más de 1.000,000 de pares de calzado y cuarenta baterías de montaña, que no había medio hábil de encontrar en parte alguna. Se dijo que muchos generales eran ineptos, que el Transiberiano no cumplía como podía esperarse, que los soldados comían mal y bebían peor y que era preciso hacer un esfuerzo colosal á fin de acabar con tamaño desbarajuste.

El gobierno, que sentía las primeras trepidaciones del movimiento revolucionario que debía estallar algún tiempo después, quiso remediar el desastre y envió con mucha prisa á los campos de Manchuria dos cuerpos de ejército europeos, el 4.° y 6.°, y movilizó las reservas de varios gobiernos.

En lo cual se equivocó de medio á medio y dió más pábulo á la llama revolucionaria, pues los campesinos afirmaban ser insigne injusticia que en un gobierno fueran á las filas los hombres casados y ya canosos y en el gobierno del lado quedaran en su casa hasta los jóvenes.

La opinión pública pedía el relevo del virrey Alexeieff, que había resultado un solemne botarate, y el gobierno le dió á entender, delicadamente, que lo más oportuno, dada su situación nada airosa, era volver á Rusia y dejar el mando supremo al general Kuropatkín.

Imaginaban el Czar y sus consejeros que tales medidas bastarían para cambiar la suerte de las armas y se equivocaron. La obra de sus desaciertos no podía reformarse en un instante. El haber emprendido una guerra sin preparación previa no se remediaba con la destitución de un general ni con el envío al teatro de la guerra de un par de cuerpos escogidos.

La verdad escueta y el motivo de la constante inferioridad de las tropas rusas, era, además de la mala calidad del armamento, que los rusos se batían de mala gana, sin entusiasmo desde el principio de la guerra. Contra tal mal no cabe remedio. No hay ruso que después de un año de guerra comprenda por qué le llevan á batirse á una tierra inhospitalaria, en demanda de una nueva extensión

de territorio, cuando lo que sobra en Rusia es tierra que cultivar.

Después de la batalla de Liao-Yang hubo un periódico, uno solo, que se atrevió á aconsejar una paz honrosa para evitar nuevas catástrofes. Le contestaron indignados sus colegas que era preciso luchar, conforme quiere la fórmula de Nicolás II, «mientras queden un hombre y un kopek.» Y continuó la guerra.

Se activó el envío de refuerzos, pensando que así era segura la victoria y que Kuropatkin, que había hecho una «retirada victoriosa», obtendría el triunfo decisivo en la próxima batalla.

CAPÍTULO VI

El sitio de Port-Arthur: se formaliza el asedio: primeros combates: asalto rechazado.—Derrota de la escuadra rusa: muerte del almirante Witheft.—La escuadra de Vladivostok.—Refuerzos que reciben ambos ejércitos.—La agitación revolucionaria en Rusia.—El gobierno de San Petersburgo quiere una victoria.

Mientras en la gran llanura del Liao se sucedían los combates entre los dos ejércitos sin que los rusos pudieran detener ni por un momento la marcha arrolladora de los invasores, el ejército japonés encargado del sitio de Port-Arthur vencía los obstáculos que le habían opuesto sus enemigos y en una serie no interrumpida de combates y escaramuzas resultaba siempre vencedor y obligaba á los defensores del Kuan-Tung á retirarse á sus últimas trincheras, á las que debían resistir durante tantos meses: á la línea de fortificaciones de Port-Arthur.

El 27 de junio quedó formalizado el asedio. Los japoneses ocupaban todo el frente de las fortifica-

ciones rusas, de mar á mar, de Oriente á Occidente, y no era posible que los rusos esperaran ningún socorro por aquel lado ni recibieran provisiones. El general Kodama había hecho reparar los muelles de Dalny y después de limpiar por completo de torpedos el puerto, los japoneses habían establecido allí una excelente base de aprovisionamiento.

Había mandado el general Nogi abrir trincheras delante de todo el frente de su ejército para evitar posibles salidas, puesto que la guarnición sitiada era numerosa. Estableció baterías de cañones de 15 centímetros en las alturas y el 5 de julio empezó el bombardeo de las obras avanzadas.

Extrañaban los rusos que el fuego dirigido contra un reducto ó un fuerte cesara al cabo de un par de horas y llegaron á telegrafiar á Europa que sus baterías apagaban los fuegos de los japoneses. No advertían que el general Nogi, á fuer de hombre prudente, quería, antes de emprender ningún ataque formal, saber de un modo fijo el estado de las defensas del enemigo. De sus tanteos dedujo que los rusos tenían mucha menos artillería de la que necesitaban, sobre todo por lo que hace á gruesos cañones. En cambio la línea de defensa estaba bien dispuesta y los fuertes se sostenían unos á otros de un modo admirable, haciendo muy difícil la toma de uno de ellos. Pero á la larga, y cuando empezase á flaquear la defensa, este apoyo mutuo se con-

vertía en una causa de debilidad para los sitiados, porque si los asaltantes llegaban á tomar un fuerte y emplazaban en él artillería de calibre superior á la de sus adversarios, los fuertes cercanos estaban perdidos sin remedio.

Antes, sin embargo, de que los japoneses llegasen al pie de uno de los fuertes permanentes sería preciso perder mucho tiempo y muchos hombres, porque el general Kondratenko había dispuesto de tal manera las defensas exteriores, había acumulado tal número de obstáculos contra el avance de los japoneses, que unos soldados menos resueltos que los del Mikado renunciaran á salvarlos.

Como ya dijimos antes, los fuertes principales tenían obras avanzadas á gran distancia.

El general Nogi empezó el día 8 de julio el bombardeo de dos de esos reductos situados en la Cobardeo del Lobo. Era aquella una posición que, aunlina que muy lejana de la ciudad, convenía dominar. Durante cuatro días arreció el fuego de los japoneses, y el 12 por la noche la infantería subió al asalto de la posición. Era el primer combate formal que se libraba entre sitiados y sitiadores, y aquéllos dejaron bien sentado su pabellón, rechazando á éstos con grandes pérdidas. Pero al amanecer se reanudó el ataque con nuevas fuerzas, y después de una lucha encarnizada y de morir casi todos los defensores y de quedar fuera de combate

unos 1,500 hombres japoneses, quedaron éstos dueños de la posición.

Al día siguiente hubo un nuevo combate casi tan sangriento por la posición de una colina más baja situada á la izquierda de la del Lobo, que debía servir para ofender con más eficacia los fuertes de Ki-kuan y Erlung-chan que estaban frente á ella. La toma de esa colina, que está señalada en el plano de defensa ruso con el número 54, costó cuatro asaltos dados en doce horas, y la vida de más de 2,000 hombres.

Estos combates fueron los que las agencias y los corresponsales telegrafiaron á Europa como asaltos generales, hablando de la explosión de minas subterráneas y de 30,000 japoneses muertos. Las legaciones japonesas en el extranjero se limitaron á decir que ignoraban en absoluto tales matanzas, y que no creían que se hubiese dado un asalto á Port-Arthur.

Contra lo que esperaban los japonófilos, no obtenía ventajas decisivas el ejército sitiador. Los combates sostenidos el 12 y 13 de julio, demostraron que Stoessel y sus tenientes estaban bien preparados. Apenas advirtieron que la infantería enemiga subía por las laderas de la montaña, queriendo aprovechar la obscuridad de la noche, todos los reflectores eléctricos funcionaron, y desde el fuerte de Ki-kuan Norte se lanzaron bombas de fuegos

artificiales á intervalos regulares, que iluminaban con gran intensidad el lugar del combate. Además de hacer fuego sobre los asaltantes todas las ametralladoras de las posiciones atacadas, los fuertes, á los cuales se lo permitía su situación, dispararon también enormes granadas que producían desastrosos efectos.

El mariscal Oyama, que había expugnado la fortaleza en 1895, estuvo unos días en el campamento del general Nogi, y después de prometer á éste que se le enviaría á la mayor brevedad todo el material de sitio necesario para acabar con la resistencia de la plaza, marchó á hacerse cargo del mando en jefe de los ejércitos que empujaban hacia el Norte el del general Kuropatkín.

Nogi disponía de 230 cañones, de los cuales 60 eran de 15 centímetros, y de 40 morteros de 18 centímetros, que gracias al poder de la pólvora Chito- se arrojaban gruesas granadas á larga distancia. Pero no bastaban estas bocas de fuego para destrozar de un modo eficaz los fuertes, que eran verdaderamente formidables. Tampoco le sobraban soldados, por lo cual, desde Dalny, se le envió diez regimientos que se destinaban á reforzar el ejército de Nodzu. Antes de terminar agosto, el 26, recibió el sitiador 120 cañones de grueso calibre. Al propio tiempo avisaba al ministro de la Guerra que á primeros de octubre estaría terminada la construcción

de unos morteros de 28 centímetros, montados sobre plataformas de hierro, que eran la última palabra de la ciencia, y que debían destruir todos los obstáculos que se opusieran á sus proyectiles.

El día 29 estaban emplazadas las nuevas baterías y el día 30, al amanecer, empezó un bombardeo general, en el que tomó parte toda la escuadra de Togo, que duró todo el día. Los grandes cañones de la escuadra disparaban durante quince minutos cada dos horas; los de quince durante media hora en igual espacio de tiempo. Una escuadrilla de cañoneros y destructores, acercándose á las playas de Liao-ti-chan, había roto también el fuego contra los reductos que defendían las faldas de las colinas. Los grandes buques disparaban contra los fuertes que dan frente al mar, y que respondían con acierto.

El tremendo cañoneo duró todo el día, continuó durante las primeras horas de la noche, y parecía que había de durar hasta la eternidad según la regularidad de sus disparos. Los rusos contestaban con un fuego de igual intensidad; pero como unos y otros se resguardaban lo mejor que podían, aquel cañoneo no producía graves daños, ni aun en los fuertes, que resistían gallardamente aquellos primeros embates que se estrellaban en sus moles graníticas. Algunas granadas caían dentro de Port-Arthur. Sus detonaciones secas, violentísimas,

infundían terror en el vecindario así europeo como chino. La gente se había refugiado en sus casas, en los rincones menos expuestos al fuego, y oía con terror indecible aquel estruendo continuo, aquel rugir de los cañones que parecían desafiarse desde lejos, y que, á veces, se herían.

El ferrocarril Decauville que pasaba por detrás de los fuertes, transportaba sin cesar municiones de la ciudad á las baterías, y la guarnición, que jamás había presenciado ni oído un espectáculo tan imponente, se preguntaba, aterrada, en qué pararía aquel concierto espantoso.

El general Kondratenko llegó al anochecer á las líneas avanzadas rusas y tranquilizó á los soldados, asegurándoles que á las dos horas á lo sumo callarían las baterías japonesas; pero les advirtió que era muy fácil que al callar el cañón hubiese que hacer hablar á los fusiles.

A las once de la noche cesó el cañoneo de los japoneses. Los rusos, al cabo de un rato, cesaron de disparar también. La noche era obscura, sin luna, y aunque tantos miles de hombres velaban, el silencio era casi absoluto.

Alguien que hubiese tenido el poder de ver en las tinieblas, habría advertido que en el fondo de los valles que formaban las montañas ocupadas por los japoneses y las que dominaban los rusos, se movían grandes masas de soldados de infantería

que subían en silencio por la falda que conducía á las trincheras rusas. ¿Vigilaban ó no los moscovitas? ¿Sorprenderían los japoneses á sus adversarios y les tomarían las primeras trincheras? Las obscuras y silenciosas masas continuaban avanzando. De pronto sonó un quejido compuesto de cien quejidos á la vez. Las avanzadas japonesas habían tropezado con las trampas de lobo y más de una compañía había caído en ellas. Y más allá de aquellos mortales huecos había las alambradas, que no cedían á los culatazos, que no se podía saltar, y más allá aun había una faja de diez metros de anchura, erizada de púas de hierro de más de veinte centímetros de altura, que lastimaba los pies del desgraciado que se aventuraba en su superficie.

Los rusos, al oir los clamores de angustia que el hierro arrancó á sus enemigos, descubrieron todos sus reflectores, y sus haces, cruzándose, iluminando cañadas y espacios libres, bosques y peñascales, revelaron á los artilleros la situación exacta de sus adversarios, y los cañones y las ametralladoras de los sitiados abrieron un fuego mortífero contra las tres columnas, dos en el Sector Oriental, una en el Sector Occidental, que subían al asalto y que no podían avanzar á causa de las alambradas. Los japoneses, con un valor heroico, desgarrándose las carnes, atravesaron las primeras alambradas, se tendieron en el suelo y durante quince minutos dis-

pararon sus fusiles contra las cabezas que emergían de las trincheras. Muchos reflectores se apagaron destrozados por las balas. Desde el fondo de los valles subió hasta el sitio del combate un *¡banzai!* formidable y tres brigadas de refuerzo subieron las cuestas fortificadas. Al propio tiempo volvieron á tronar todos los cañones japoneses, que enviaban centenares de granadas á las baterías y trincheras rusas. El espectáculo era de una grandeza salvaje. Enardecidos por el fragor horrísono, por los gritos que resonaban por todas partes, por el ansia de alcanzar una victoria sonada, rusos y japoneses se batían de un modo admirable. Los soldados nipponeses, que se habían detenido para hacer fuego, avanzaron otra vez y de nuevo se vieron detenidos por una segunda alambrada casi infranqueable. Las cuerdas de hierro, tensas y erizadas de púas, sostenidas por estacas profundamente hundidas en el suelo, no cedían sino rara vez al choque de las cuatas, y mientras los japoneses luchaban furiosos contra aquel obstáculo, sus enemigos les fusilaban sin piedad. Seis ú ocho descargas bien dirigidas acabaron con los proyectores y la montaña quedó á obscuras. Pero de súbito se iluminó de nuevo. Habían subido por el aire más de cincuenta bombas de fuegos artificiales, y á su luz vivísima se vió que los refuerzos de los japoneses estaban ya en la primera alambrada, casi destruída, y que los primeros asaltantes estaban cerca de las trincheras.

Entonces, para aumentar el terror de aquella escena, unos 200 rusos salieron de las trincheras y avanzaron resueltos, sin fusiles, hacia los asaltantes. ¿Estaban acaso enloquecidos para ofrecerse inermes á los golpes del adversario? De repente, aquellos hombres que parecían desarmados, levantaron sus brazos, arrojaron algo entre las filas enemigas y sonaron doscientas detonaciones sordas que no formaron más que una sola. Habían lanzado granadas de mano que causaron una gran mortandad entre los japoneses.

Estos, rendidos por un esfuerzo sin igual que duraba desde hacía tres horas, retrocedieron lentamente, haciendo fuego, hiriendo, matando. Los rusos se arrojaron fuera de las trincheras al ver que se retiraban sus enemigos y corrieron montaña abajo. Pero toparon con las tropas que llegaban de refresco y al cabo de quince minutos de una lucha sin cuartel, retrocedieron á su vez. Otros batallones ocupaban las trincheras; otros regimientos subían por las laderas de las colinas y de nuevo se empeñó el combate y miles de hombres cayeron para no levantarse más. Pero las alambradas estaban en parte destruídas, las trampas de lobo colmadas, y era fácil, relativamente, el asalto de las trincheras. Tres nuevas columnas de seis mil hombres cada una subieron, y al cabo de media hora un clamor formidable anunció que habían sido tomadas las trincheras que defendían la parte baja del Sector Este.

Callaron las baterías japonesas; callaron al poco rato las rusas; los hombres que quedaban con vida en las pendientes bajaron hacia los valles. El asalto había terminado. Más de 10.000 japoneses quedaban tendidos en las montañas; los rusos perdieron unos 2.000 soldados. Pero se había conquistado una posición importante. Desde ella podían empezar los trabajos de zapa contra los fuertes. Media hora antes de amanecer reanudaron todos los cañones japoneses el bombardeo con inaudita furia, como si quisiesen vengar la muerte de tantos desdichados. La escuadra rompió también el fuego é hizo caer una lluvia de enormes granadas sobre la ciudad. Montañas y valles, árboles y edificios retemblaban y se estremecían bajo aquel estruendo jamás oído. De repente resonó una explosión sin igual en Port-Arthur, se elevó una columna de llamas y humo hasta más de doscientos metros. Había saltado un polvorín, causando daños de cuantía en el arsenal. Como si aquel estruendo hubiese horrorizado á rusos y japoneses, cesó el fuego. Las estrellas palidecían ante las primeras claridades del día.

Los rusos celebraron la jornada como una victoria.

Nogi envió un lacónico telegrama al general en jefe:

«A las dos y media han caído en nuestro poder

las trincheras centrales del Sector Oriental. Mañana empezarán los trabajos de la segunda paralela. He tenido unas 9.000 bajas. Enviaré detalles.»

Mientras que los ejércitos de ambas naciones luchaban con igual encarnizamiento, aunque no con la misma suerte, las dos escuadras no permanecian inactivas. La de Togo sostenía el bloqueo del Kuan-Tung y estorbaba el paso á la rusa que, después de la muerte del almirante Makharoff, estaba recluída en Port-Arthur sin dar señales de vida.

En Rusia se comprendió el peligro que corría. El Estado Mayor vió claramente que después de las sucesivas derrotas de Stackelberg no era posible socorrer á Port-Arthur y que si la escuadra permanecía en el puerto, correría, más ó menos pronto, igual suerte que la fortaleza.

Nombrado Skrydloff almirante de las fuerzas navales del Pacífico, no pudo entrar en Port-Arthur al llegar á Manchuria y le fué preciso tomar el camino de Vladivostok para tomar el mando de los cruceros que allí estaban refugiados. Mandaba, pues, la escuadra rusa, el almirante Witheft, que había sido jefe de E. M. de la flota. Tenía á sus inmediatas órdenes al príncipe Uktomski. El gobier-

no ruso telegrafió el día 2 de Agosto al almirante Witheft que hiciese una salida con su escuadra, bien para refugiarse en los puertos neutrales si no quedaba otro remedio, bien para llegar á Vladivostok si era posible. Al mismo tiempo se telegrafió al almirante Skrydloff la orden de abandonar el puerto y de bajar hacia el Sur para efectuar su conjunción con el grueso de la escuadra.

El jefe de la de Port-Arthur avisó que, en cuanto hubiese terminado unas reparaciones precisas de algunos acorazados, avisando previamente al almirante Skrydloff, saldría á la mar y libraría batalla á la escuadra japonesa.

El día 10 de Agosto, al amanecer, salieron todos los acorazados, uno tras otro, del puerto interior y formaron en línea de batalla bajo el amparo de los cañones de los fuertes. Salieron luego los cruceros y destructores, menos el *Bayán*, que aun no había reparado sus averías. Los buques rusos eran: *Czarevitch*, *Retvisán*, *Pobieda*, *Poltava*, *Peresviet* y *Sebastopol*, acorazados; *Pallada*, *Askold*, *Diana* y *Novik*, cruceros protegidos. Además ocho destructores y varios torpederos de alta mar.

Los japoneses advirtieron en seguida el movimiento de la escuadra rusa y avisaron al almirante Togo, que acudió sin pérdida de momento con sus cinco acorazados—pues el *Halsusé* se había perdido tiempo atrás á consecuencia de la explosión de

una mina, – cuatro cruceros blindados, diez cruceros protegidos, doce destructores y veinte torpederos.

Llevaban los japoneses ventaja en los cruceros, pero desventaja en los acorazados, y á pesar de la leve superioridad de los nippones podía ganar la batalla la escuadra rusa.

El almirante Witheft, que arbolaba su insignia en el *Czarevitch*, dió la señal de marcha y la emprendió la escuadra tomando rumbo Sur Sureste. Los barcos japoneses de guardia se separaron del camino de los grandes buques y éstos navegaron seis millas sin obstáculo alguno. Entonces aparecieron en el horizonte cuatro grandes buques que se acercaban á toda máquina. Eran los cruceros acorazados al mando del almirante Uriu. Se extendieron en una línea que iba de Noroeste á Sureste, de modo que era imposible llegar á Chefú sin combatir con ellos. Al poco rato se distinguieron las chimeneas de diez otros buques que se situaron casi enfrente de los cruceros acorazados, de Noreste á Suroeste, formando como un doble cordón de honor, que se estrechaba hacia el Sur, por donde tenía que pasar forzosamente la escuadra rusa. Al estar á unas 7 millas de distancia el *Czarevitch* rompió el fuego contra el *Iwate*. Contestaron todos los buques japoneses y se trabó el combate. Pero los rusos avanzaban, combatiendo, hacia el mar libre,

cuando de pronto surgieron de entre la bruma los cinco acorazados de Togo que avanzaban en una sola línea de frente, tapando el hueco que hasta entonces parecía libre. A la media hora se había cerrado el inmenso semicírculo en que la flota japonesa había encerrado á la rusa y sobre ésta, colocada en el centro, caían centenares de granadas de todos calibres. Alguna maniobra equivocada hizo que se apiñaran las naves rusas, estorbándose unas á otras para disparar y ofreciendo excelente blanco á sus contrarios.

Cinco ó seis granadas de 32 cayeron sobre la cubierta del *Czarevitch* que al cabo de un momento avisaba la muerte del almirante y forzando la máquina se dirigía hacia Kiau-tchau, pasando entre el *Iwate* y el *Adzumo*, que no acertaron á detenerle, á pesar de que le acribillaron á balazos.

Aun cuando el príncipe Uktomski, que asumió el mando al morir el almirante Witheft, había hecho señal de que todos los buques siguieran el suyo, el acorazado *Peresviet*, separáronse varios, perdida ya toda esperanza de victoria, pues los japoneses arreciaban el fuego y habían causado ya graves averías á todos los buques rusos. El crucero *Askold*, perseguido de cerca por el *Iwate*, se refugió en Woosung; el *Diana*, de igual clase, pudo llegar hasta Saigón, si bien muy averiado; el *Novik*, gracias á su rápida marcha, se perdió pronto

de vista en dirección al Sur. El almirante Togo envió en su persecución dos cruceros protegidos, con orden de capturarlo ó hundirlo en el mar.

No quedaban, contestando el fuego de la escuadra japonesa, más que el *Retvisan*, el *Pobieda* y el *Peresviet*. El príncipe Uktomski dió orden de retirarse á Port-Arthur, hasta donde les persiguieron los torpederos japoneses, que causaron una avería grave al *Pobieda*. Dentro del puerto interior, con las chimeneas y los palos destrozados, con los costados agujereados y los puentes descalabrados, estaban el *Poltava*, el *Sebastopol* y el crucero protegido *Pallada*.

La escuadra del Pacífico estaba aniquilada. En aquella jornada fatal, en un breve combate de dos horas, había perdido un acorazado y tres cruceros y había muerto su almirante. El número de muertos y heridos llegó á 543.

Este nuevo desastre naval causó gran descorazonamiento en Rusia y el Czar dió orden de que se aprestaran rápidamente los buques de la escuadra del Báltico á fin de ir en socorro de Port-Arthur y, unidos á los restos de la escuadra, ver si les era posible reconquistar el dominio de los mares.

No habían terminado aun las desventuras de la marina rusa. Cinco días después, el almirante Kamimura, encargado de tener á raya la escuadra volante de Vladivostok, supo que ésta había pasado el

estrecho de Tsuguru para juntarse con la escuadra de Port-Arthur. Skrydloff acudía tarde y con daño. Kamimura, con cuatro cruceros acorazados y dos protegidos, todos más veloces que los rusos, salió en persecución del enemigo, le alcanzó y le obligó á aceptar combate. Superiores en armamento, en velocidad, en poder defensivo, los seis buques japoneses se ensañaron durante dos horas contra el *Gromoboi*, el *Rossia* y el *Rurik*. Este, que era el más débil, pronto quedó sin gobierno y entonces, mientras los dos primeros escapaban maltrechos, los japoneses concentraron el fuego sobre el *Rurik* que á los veinte minutos se iba á pique. Los japoneses salvaron 137 hombres de la tripulación y perecieron 219.

El *Rossia* y el *Gromoboi* recibieron averías tan graves que han necesitado seis meses para repararlas.

Aquella escuadra de Vladivostok que tanto daño causara al comercio japonés y que hundió un transporte cargado de tropas en el mar Amarillo, ya no podía navegar. El *Bogatyr*, desmintiendo su nombre—*Luchador*—quedó destrozado sin luchar, el *Rurik* yacía en el fondo del Océano y el *Gromoboi* y el *Rossia* tardarían mucho tiempo en hacerse á la mar.

En el Japón se celebraron con grande entusiasmo las dos victorias marítimas y subió de punto la ale-

gría al saberse que el príncipe Yamo, encargado de perseguir el *Novik*, le dió caza y le echó á pique junto á la costa de Karsakova (isla de Sakhalín).

Tanto Rusia como el Japón, previendo que había de pasar mucho tiempo antes que se librasen nuevos combates por mar, ya que la escuadra del Báltico no estaba aún pronta para navegar, quisieron prepararse para vencer por tierra. El 3 de septiembre desembarcaron 15000 japoneses en Dalny para reforzar el ejército sitiador de Port-Arthur; el día 5 tomaron tierra en Pitsevo 20,000 soldados que iban á cubrir las bajas causadas á los japoneses en la batalla de Liao-Yang. Y no contentos con ello y queriendo asegurar la victoria en la próxima gran batalla, se estaba instruyendo en el Japón á 100,000 reclutas. Al mismo tiempo se amontonaba en Dalny enormes cantidades de provisiones de boca y guerra; estaban prontos los nuevos uniformes de invierno, con los zapatos de suela de madera, forrados de lana, los gruesos guantes, los capotes sin mangas, hechos de piel de carnero.

Los rusos, por su parte, continuaban recibiendo un batallón diario de refuerzo. Así llegaron á Manchuria el VIII y XII cuerpos de ejército y más de

50.000 soldados de la reserva. Los diarios de San Petersburgo, que desde que empezó la lucha habían pecado siempre por exceso de optimismo, aseguraban que á fines de septiembre Kuropatkín tendría á sus órdenes 450.000 combatientes y podría entonces tomar una ofensiva vigorosa contra el enemigo, abandonando por fin su famoso sistema de las retiradas, que empezaba á desacreditarse. Pero aun estaba todo el mundo conforme en que Kuropatkín era un gran general y que su plan de atraer al enemigo lejos de sus bases de aprovisionamiento había de dar buenos resultados. Se dotó al Transiberiano de 50 desvíos más entre el Baikal y Mukden y así se facilitaba el paso de trenes. Todos esperaban, pues, con confianza, ó lo fingían por lo menos, cuando, de pronto, las tendencias revolucionarias se marcaron con mayor fuerza que nunca.

No se trataba de atentados aislados, los cuales, á fuerza de repetirse durante los últimos veinte años, causaban poquísima impresión en el público. No horrorizaba ni alarmaba el asesinato del ministro, del gobernador, del jefe de policía; no temía el gobierno las nuevas ejecuciones que pudiera decretar desde Suiza el Comité Socialista Revolucionario. Lo que le asustaba verdaderamente era que la masa de los obreros, cansada de soportar un trabajo excesivo y embrutecedor, de cobrar un salario irrisorio, de ser tratada como una bestia de carga

por los patronos, la policía y los cosacos, empezaba á reclamar salarios y derechos, á reunirse en un haz compacto, á exigir en vez de suplicar. Si aquellas masas se dejaban guiar por los socialistas revolucionarios, la situación de Rusia resultaría insostenible y la misma secular autocracia corría riesgo de ser arrastrada por la corriente embravecida de la ira popular.

Los ministros sabían de un modo que no dejaba lugar á dudas que muchos escritores, abogados, médicos, pequeños propietarios, hartos de ser explotados de una manera escandalosa por la burocracia omnipotente, ó deseosos quizá de compartir con los actuales gobernantes las delicias y provechos del poder, simpatizaban con las aspiraciones obreras y estaban dispuestos á secundar y guiar un movimiento revolucionario si llegaba á estallar.

Había más. En los distritos rurales el descontento revestía ya caracteres de ira contra el Gobierno que enviaba á Manchuria hombres casados, contra los grandes propietarios que exigían hasta el último céntimo de un arrendamiento que era imposible pagar cuando la cosecha era mala, contra los administradores—alemanes en su mayoría—que robaban por partida doble: al propietario y al campesino, é imponían multas que era imposible satisfacer. Si se decretaba una nueva movilización porque así lo hiciese preciso la guerra, se corría el riesgo

de engendrar una serie de motines que podían repercutir en las ciudades. Y si empezaba la rebelión en un punto cualquiera de Rusia, se extendería con mayor rapidez que el *hinterland* de una colonia inglesa en Africa.

Se reunió á fines de septiembre una especie de consejo de familia en el Palacio de Invierno, bajo la presidencia del Emperador y allí los grandes duques, que son en realidad los gobernantes del inmenso imperio, desde que el débil Nicolás II subió al trono, expusieron á su omnipotente sobrino y primo la situación de Rusia sin atenuantes de ninguna especie. Resultado de este consejo fué el envío de un telegrama al general Kuropatkín diciéndole que á toda costa tomara la ofensiva y ganase una batalla siquiera, aun cuando para ello tuviese que perder la mitad de los efectivos de su ejército.

Locura insigne fué tal orden y no se sabe qué asombra más, si la estultez del que manda ó la tontería del que obedece. Resolución tan descabellada tenía que producir malísimos efectos. Y así ocurrió.

CAPITULO VII

Preparativos de Kuropatkín.—Una proclama famosa.—Ofensiva rusa. — Esperanzas desvanecidas. — Contraofensiva irresistible.—Los rusos retroceden.—Batalla perdida.—Bajas enormes. — Pésima impresión.—El sitio de Port-Arthur.—La escuadra del Báltico.—El incidente de Hull.

Kuropatkín comprendió que había llegado para él un momento crítico. No sólo se reían de sus planes los periódicos ingleses, norteamericanos, italianos y hasta los franceses no gubernamentales, sino que en Rusia misma se dudaba ya de su estrategia y ni el Emperador ni sus consejeros estaban contentos de su táctica.

Por más que comprendía que sus adversarios concebían mejor que él, tenían mejor servicio de confidencias, tropas más entusiastas y disciplinadas, artillería de más alcance y mejor servida, comprendió también que era hombre al agua si no tomaba un desquite sonado de las pasadas derrotas. Pensó que un golpe audaz salva á veces las situaciones más comprometidas y se decidió á tentarlo

para salvarse á sí mismo y para salvar al propio tiempo la honra de su patria.

El 30 de septiembre por la noche redactó una orden del día para su ejército y el 1.° de octubre se leyó á los soldados. Decía así:

«Hemos tenido que pasar por rudas pruebas, porque el enemigo, preparado con tiempo, nos declaró la guerra cuando Rusia no había pensado siquiera en atacarle. Pero ahora contamos con recursos y hombres suficientes para hacerle pagar caras sus baladronadas. Ahora seremos nosotros los que le rechazaremos hasta arrojarle del territorio que ha invadido. ¡Adelante por el Czar!

KUROPATKÍN».

Cuando se conoció en Europa el texto de esta orden del día ó de esta proclama, produjo una impresión de indecible asombro. Pero nadie extrañó ya la noticia, llegada el 11, de que el día anterior el ala izquierda rusa, tomando una vigorosa ofensiva había tomado algunas posiciones de las que ocupaba el general Kuroki.

En realidad, el movimiento de avance había empezado el día 8. Avanzadas numerosas, dando largos rodeos hacia el Este, amenazaban envolver el primer ejército japonés, que permanecía inmóvil, dejando que aquellas avanzadas llegasen hasta

donde quisieran, pues al general japonés le constaba que los rusos no tenían fuerzas bastantes para intentar un movimiento envolvente. El día 10 fué cuando se pronunció la ofensiva contra el ala derecha japonesa. Gruesas columnas avanzaron por todos lados asaltando con gran ímpetu á los nipponés. Estos, bien obedeciendo á un plan preconcebido, bien porque tuviesen poca gente en aquel punto, empezaron á retroceder lentamente hacia el Sur. El día 12 habían pasado el Taitsé y se batían en Pensihú, resistiendo con poca energía.

El mismo día fué atacado el centro japonés mandado por Nodzu, que ocupaba las minas de Yentai y que resistió varios ataques sin ceder un palmo de terreno. El 13 se renovaron los ataques de la derecha y centro. Las fuerzas de Kuroki, como si hubiesen ya llegado á una posición escogida de antemano, detuvieron su retirada, ocuparon los pueblos de Kuyantsé y Chitaho, emplazaron numerosas baterías junto á la falda de una cadena de lomas, se desplegaron en guerrillas, abrieron un fuego mortífero contra sus asaltantes, y al llegar la noche dieron dos cargas á la bayoneta, arrojando al enemigo hacia el Taitse-ho.

Los telegramas que se recibían de Rusia daban ya por derrotado el ejército de Oyama. Kuroki estaba envuelto. El desquite llegaba clamoroso.

El día 14 el centro japonés inició un cañoneo vi-

vísimo contra las posiciones rusas, y sus avanzadas tentaron la resistencia del enemigo. La artillería rusa contestaba disparo por disparo; pero la infantería de Kuropatkín no se movía de sus trincheras. Llegó la noche. Cesó el cañoneo y los japoneses del centro se lanzaron al ataque de la línea rusa, haciéndola retroceder hacia el Sha-ho.

Mientras esto ocurría en el centro, Kuroki volvía á retroceder lentamente, como incitando á sus adversarios á que le persiguieran.

Kuropatkín creyó que todas las fuerzas japonesas estaban empeñadas en el centro y derecha, y sacó algunos regimientos de su ala derecha para sostener á los que combatían furiosamente. ¡Cuál no serían su estupor y su desconsuelo al saber que Oku había tomado el 15 por la madrugada una ofensiva que arrollaba todos los obstáculos, que hacía retroceder en desorden á los moscovitas! Así era en efecto. Más de 60.000 hombres y quince baterías de campaña cargaban locamente por la llanura, y los escuadrones y los regimientos rusos, después de haber procurado contener aquel torbellino huían desolados, sin orden, abandonando artillería, bagajes, municiones, salvaban el Sha-ho y atacados nuevamente huían de nuevo, y la artillería japonesa les ametrallaba sin descanso y sin compasión en la llanura, causándoles pérdidas enormes.

A consecuencia de aquella carga formidable, había cambiado por completo no sólo el aspecto de la batalla sino también la dirección general del amplísimo frente. Al empezar la acción el día 10, las posiciones rusas y japonesas formaban casi dos líneas paralelas que se extendían de Este á Oeste. El día 16 por la mañana esas líneas se orientaban de Noroeste á Sureste. A consecuencia de aquel cambio brusco de posición, Kuropatkín tuvo que enmendar su centro, ya que, de lo contrario, podía ser envuelto. Retrocedió hasta el Sha-ho, envió 20.000 hombres de tropas frescas para contener el avance de Oku, y el 17 su posición parecía menos precaria en el centro; pero en su derecha las tropas de Oku continuaban haciendo una espantosa carnicería, y Kuroki, que, decididamente, sólo había retrocedido para saltar mejor, avanzaba haciendo estragos y amenazando copar dos columnas mandadas por el desdichado Stackelberg, que no habían retrocedido á tiempo.

El 17 avanzó también el ejército del centro, y hubo un nuevo y tremendo combate entre las divisiones de Oku y las reservas de Kuropatkín, que tuvieron que retroceder hasta el Hun-ho.

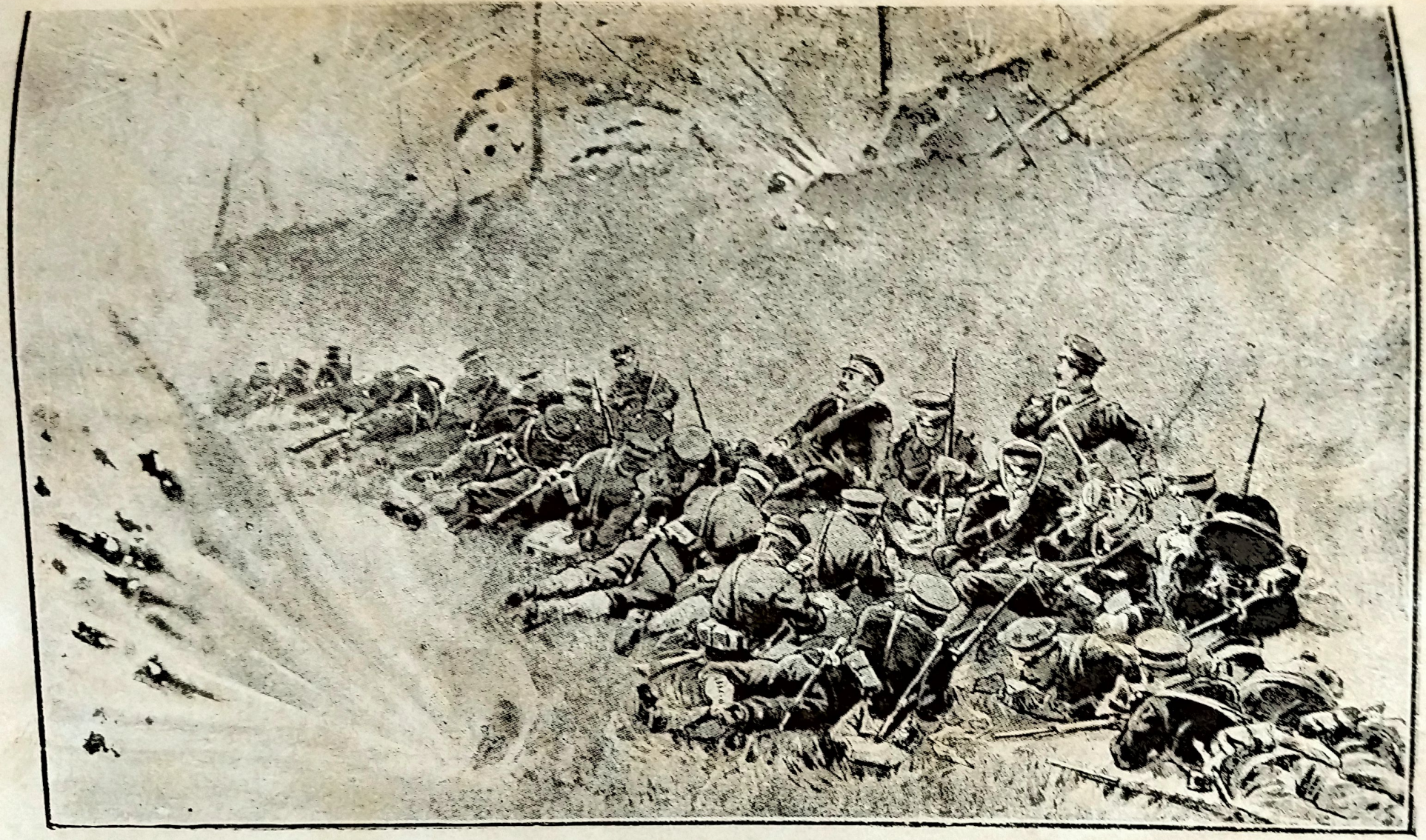
Aquella misma noche los rusos, mandados por el general Putiloff, atacaron un cerro que se levanta en el centro de la llanura y que es de gran importancia estratégica y lo tomaron, siendo inútiles

los esfuerzos hechos por los japoneses para recuperarlo. Este hecho de armas, unido á la destrucción de media brigada japonesa (general Yamada), que fué sorprendida en marcha por fuerzas decuplicadas, templaron algo la amargura de la derrota.

Pero Kuroki vengaba á la sazón á los soldados de Yamada, pues el fuego de todas sus baterías montadas perseguía durante ochenta y dos kilómetros á las tropas rusas que tan imprudentemente avanzaran, y que huían ahora en desorden, retrocediendo treinta y seis kilómetros más allá de su punto de partida.

El 18 hubo sólo algunos combates sin importancia y terminó la batalla. Más sangrienta que la de Liao-Yang, duró ocho días y costó á los rusos más de 50.000 hombres.

El gran número de bajas, que sólo fué de 21.000 para los japoneses, se explica, porque los rusos, al tomar la ofensiva, experimentaron muchas, y luego más aun al ser perseguidos durante tres días por las tropas de Kuroki y Oku, y ametrallados por más de 350 cañones que, á tiro cierto, disparaban sobre grandes masas que se retiraban en desorden. El héroe de la jornada fué el general Oku, que cargó con un vigor irresistible, se apoderó de 43 piezas de artillería, muchas ametralladoras, 370 prisioneros y dejó fuera de combate á más de 30.000 rusos.



Batalla de Sha-ho

Estos tenían la superioridad numérica esta vez, pero no les aprovechó lo más mínimo. La ofensiva fué mal iniciada y continuada; no se dió el ataque con la rapidez requerida, y no supo Kuropatkín aprovecharse de las ventajas logradas durante los primeros momentos.

Los periódicos de Rusia, que habían publicado la proclama de Kuropatkín, al tener que dar cuenta de su nueva derrota, no sabían cómo explicarla. Atribuyeron la proclama—cosa que no era cierta—al pobre Alexeieff, que aun paseaba su corpachón por Manchuria y que fué llamado por telégrafo á San Petersburgo.

La larga rivalidad entre los dos caudillos había terminado. Kuropatkín, que no pudo vencer una sola vez á los japoneses, quedaba vencedor de Alexeieff. Este fué juzgado como un botarate por toda la prensa europea, y en verdad que su conducta no merece una calificación más caritativa.

Kuropatkín asumió el mando de las fuerzas de mar y tierra en el Extremo Oriente, y aun cuando había dado ya suficientes pruebas de incapacidad, creyeron los rusos que sus fracasos se debían á la influencia nefasta de Alexeieff, y esperaron que, dueño en absoluto de sus acciones, tomaría un desquite clamoroso de sus pasadas derrotas...

La ceguera de los rusos provenía, en gran parte, de que la masa del público se empeñaba aún en no

reconocer que los soldados japoneses eran mucho más instruídos y disciplinados que los rusos, y que el Japón es una potencia militar de primer orden. Y el error del público depende también de que se ha exagerado siempre el número de hombres y cañones enviados á Manchuria. Se dijo más de cien veces en los periódicos que Rusia tenía 60.000 caballos en Oriente; pues bien, jamás llegaron á reunirse más de 17.000 jinetes en Liao-Tung. Se repetía, en cambio, como artículo de fe, que los japoneses carecían de caballería y que no podían poner más de 256.000 hombres en el Continente.

Claro es que partiendo de datos tan equivocados tenían que juzgar con poco acierto y entregarse á esperanzas infundadas.

El sitio de Port-Arthur proseguía entre tanto sin que los japoneses lograran grandes ventajas. Las grandes pérdidas que les había costado el ataque de fines de agosto, demostraba que la guarnición era numerosa y estaba bien municionada.

Los zapadores avanzaban despacio porque muchas veces tenían que atacar en la roca viva. El bombardeo de los fuertes proseguía de un modo metódico.

El 14 de septiembre por la noche se dió un asalto contra varias posiciones situadas enfrente del Sector Occidental y ocupadas aún por los rusos. Renováronse los horrores de la noche de agosto; hicieron los rusos una gran carnicería; tuvieron que atacar cuatro veces los japoneses las posiciones codiciadas, pero al fin cayeron en su poder y pudo establecerse en aquellos puntos nuevas baterías para batir los fuertes de Liaotichan.

Este ataque se dijo en Europa que había sido un asalto general cuyas consecuencias fueron la pérdida de más de 20.000 hombres por parte de los japoneses. No hubo tal asalto ni tales pérdidas. Estas se redujeron á 5.431 soldados y 127 jefes y oficiales muertos ó heridos.

Pero la suerte de Port-Arthur estaba echada. Sin poder ser socorrida por mar ni por tierra, la plaza debía sucumbir. Los japoneses lo comprendían así y procuraban apresurar la catástrofe. El 22 de septiembre desembarcó en Dalny un contingente de 7.800 voluntarios japoneses que habían hecho la campaña de 1894-95 contra China y expugnado Port-Arthur y Wei-hai-wei. Y los jefes de esta expedición anunciaron al general Nogi que muy en breve se embarcaría en Yokosura los grandes morteros de 28 centímetros que debían servir para derrumbar las murallas más formidables. Llegaron también de Dalny cuatro buques cargados de mu-

niciones á fin de que el bombardeo pudiese continuar noche y día sin interrupción. De esta manera se lograba dos cosas: que la guarnición no pudiese descansar ni un momento y que gastara municiones. Los japoneses podían renovarlas á voluntad y los sitiados no.

Si la táctica fué buena, dígalo su resultado. Tres meses después, cuando Port-Arthur capituló, lo hizo, no tanto por falta de hombres y de víveres, como por falta de municiones. De ahí que haya dicho, y con razón, un crítico alemán, que en una gran plaza de guerra moderna, para poder hacer una defensa eficaz, es necesario que haya una fábrica de armas y cartuchería.

El 16 de octubre, la segunda escuadra rusa, llamada del Báltico, al mando del almirante Rodjestvensky, compuesta de 7 acorazados, 2 cruceros acorazados, 6 protegidos y 7 destructores, zarpó de Libau con dirección al mar del Norte. Se había dicho que los japoneses habían enviado torpederos á dicho mar á fin de atacar á la escuadra rusa. Esta, al llegar á la altura del puerto inglés de Hull, topó con una escuadrilla de barcas pescadoras, y por una equivocación lamentable, disparó sobre estas,

creyendo que se trataba de una flotilla de torpederos enemigos.

Los destrozos fueron grandes. El *Crane* fué echado á pique, y otros dos buques ingleses sufrieron tremendas averías. Murieron varios marineros y quedaron veintiún heridos.

La emoción fué grande en toda Europa, porque se creyó que los ingleses habían hecho surgir exprofeso aquel incidente para impedir la marcha de la escuadra del Báltico. Cruzáronse notas amenazadoras entre los gobiernos de Londres y de San Petersburgo; y se avino Rusia por fin á someter la cuestión á un arbitraje internacional, pero las censuras y la rechifla fueron generales. La escuadra del Báltico parecía empezar su expedición bajo malos auspicios. Iba en socorro de la escuadra y de la plaza de Port-Arthur. ¿Llegaría á tiempo?

CAPITULO VIII

Los rusos organizan tres ejércitos.—Sus jefes.—Refuerzos que Rusia envía á Manchuria.—En Port-Arthur.—Los nuevos morteros.—Toma de la «Colina de los 203 metros.»—Bajas rusas y japonesas.—Situación desesperada de la plaza.—La escuadra.—Bombardeo formidable.

Los consejeros del Czar y el ministro de la Guerra, decididos á obtener ventajas á toda costa, creyeron que dando otra organización á las fuerzas rusas conseguirían mejores resultados. Se creó un segundo ejército de Manchuria con las tropas de reserva que había en Kharbín y con varias divisiones de las que Kuropatkín tenía á sus órdenes. Se confió el mando al general Grippenberg, que debía entenderse directamente con el Emperador.

Pero era esto algo así como un desaire á Kuropatkín y al cabo de muchos días de entrevistas y telegramas se acordó crear tres ejércitos—imitando á los japoneses—que, mandados cada uno por un general distinto, debían obedecer á Kuropatkín en

absoluto. Los tres generales en jefe de estos ejércitos eran Grippenberg, Kaulbars y Linievitch. Así pareció á todo el mundo que la situación mejoraba, aún cuando en realidad en nada había cambiado.

Pero hacer de un ejército tres no implica gran mejora si no aumenta con ello el número de combatientes. Kuropatkín, mandando ya como jefe libre de toda ingerencia extraña, telegrafió al ministro de la Guerra pidiendo cañones y hombres, pues le era imposible vencer sin unos y otros. Se acordó el envío de tres nuevos cuerpos de ejército, con lo cual serían ya catorce los que habrían llegado al teatro de la guerra. Y se dió orden de enviar 400 cañones más de campaña y 100 de montaña.

Para que llegasen en tiempo oportuno tales refuerzos se presentaba la misma insuperable dificultad de siempre: el Transiberiano era incapaz de transportar más allá de 900 hombres diarios. Por fortuna había arreciado el frío antes de tiempo y no era de creer que los japoneses intentaran un ataque.

Se habló entonces, como de una cosa corriente, de la campaña de primavera y pareció fácil un avance hacia el Sur, después de haber derrotado, por supuesto, al ejército japonés.

Tanto éste como el ruso, para esperar el momento del combate decisivo se fortificaban de un modo formidable y abrían verdaderas habitaciones subterráneas *(zemlianska)* para resguardarse del frío. En

el centro y á lo largo del ferrocarril que va á Mukden y Kharbín, Knropatkín amontonó todas las defensas de campaña que le sugirieron sus conocimientos de castramética. El ala izquierda, mandada por Linievitch, opuesta á la de Kuroki, ocupaba una región montañosa. El centro, á las órdenes de Kaulbars, que hacía frente á las tropas de Nodzu, se apoyaba en la colina de Putiloff—así llamada desde que la recuperaron los rusos—y el ala derecha, mandada por Grippenberg, la más expuesta porque se hallaba en una gran llanura y porque tenía enfrente las divisiones de Oku, que habían sido siempre los que combatieron con más energía, estaba formada casi exclusivamente por regimientos siberianos, que resultaban mucho más disciplinados que los europeos, y estaban más fogueados también. Además de esos tres ejércitos, había organizado el generalísimo una reserva de unos 40.000 hombres, que debía aumentarse hasta 60.000 á medida que llegaran refuerzos. La extensión que abrazaba tan larga línea protegida por las corrientes del Sha-ho y del Hun-ho, llegaba á 120 metros y parecía de todo punto imposible intentar un movimiento envolvente, como también tomar la posición central, defendida desde Putiloff por cañones de 15 centímetros. Kuropatkín esperaba la primavera para tomar una ofensiva más enérgica que la otra vez. En caso de retirada tenía Mukden á sus espaldas, donde podría

resistir muchos días, y más allá Tieling, estación del ferrocarril y gran depósito de víveres y municiones. Más lejos todavía Kirín y Kharbín.

Casi toda la prensa europea confiaba en que delante de Mukden se libraría una batalla decisiva, favorable á los rusos. Alejado Alexeieff y encargado Kuropatkin del mando supremo, las cosas marcharían de otra manera, la guerra entraría en un nuevo período. Muchos críticos reíanse de la estrategia japonesa, tímida hasta lo indecible, y juzgaban que Oyama era un general muy mediano, que había vencido hasta entonces gracias á la desorganización de los rusos y á las excelentes condiciones de sus soldados, pero no porque fuesen buenos, ni siquiera aceptables, sus planes. Decían también que debiera aprovechar la ocasión de dar un golpe decisivo á sus enemigos antes de que éstos recibieran refuerzos y pudieran volver á las filas los 40.000 heridos que había en Mukden y en Kharbín.

Pero el general japonés, que probablemente no leía periódicos extranjeros y no debía cuidarse en gran manera de los nacionales, se limitaba á fortificar su centro, mandado por Nodzu, y el ala izquierda, mandada por Oku, á fin de poder rechazar cualquier ataque brusco en terreno descubierto. Su ala derecha, á las órdenes de Kuroki, no necesitaba de artificiales defensas, pues en la región montañosa donde acampaba y teniendo numerosa artillería, no

eran menester fortificaciones de ninguna especie. El ejército japonés, reducido á unos 210.000 hombres desde la batalla del Sha-ho, empezó á recibir refuerzos á fines de octubre que aumentaron de un modo considerable sus efectivos.

La posición de ambos ejércitos, separados únicamente por una distancia que variaba entre seis kilómetros y setecientos metros, parecía invitar á una nueva batalla. Pero Kuropatkín había escarmentado en octubre y Oyama no tenía aún la gente que á juicio suyo era menester para volver á la carga, para llegar á Mukden, que era entonces la suprema aspiración de los japoneses.

En sus posiciones respectivas debían permanecer arma al brazo ambos ejércitos por espacio de más de cuatro meses, y á sus jefes les quedaba tiempo sobrado para atender á todas las necesidades, para madurar un plan magistral que les diera la victoria.

Bien claro se veía, sin embargo, que los rusos no habían adquirido aquella seguridad, aquella confianza en las propias fuerzas que son condiciones casi indispensables para obtener la victoria. Los japoneses, como de costumbre, se preparaban en silencio y nadie sabía si contaban con muchas ó con pocas fuerzas, lo cual hizo que, en el momento de empezar la batalla, los rusos contaran alcanzar una victoria, siendo así que les esperaba una nueva y mayor catástrofe.

Proseguía el asedio de Port-Arthur. El 26 de octubre, después de un bombardeo general, que duró más de diez horas y en el que tomó parte la escuadra del almirante Togo, hubo un ataque nocturno contra las posiciones de Liaotichan y Erlung-chan. El primero era tan sólo un amago; el segundo fué un ataque á fondo. Reanudado, sin interrupción casi, varias veces, se prolongó desde las nueve de la noche á las dos de la madrugada é hizo dueños á los japoneses de una meseta situada á corta distancia del fuerte y de dos reductos que la defendían. Los rusos cargaron á su vez contra sus adversarios, saliendo de varios fuertes; pero reforzados los japoneses, tuvieron que retirarse aquéllos padeciendo numerosas pérdidas y convencidos de que en breve empezarían los trabajos de mina contra los fuertes de Ki-kuán y Erlung-chan.

También este ataque parcial se telegrafió á Europa como un asalto dado á la línea entera de defensa y se exageró las pérdidas, que fueron de unos 4000 por parte de los japoneses y de 1700 por parte rusa.

Dos días después desembarcaban en Dalny cuarenta enormes morteros, los que debían decidir de la

suerte de la plaza. Si servían para el objeto á que se les destinaba, si su tiro era eficaz, como aseguraban los oficiales de artillería que los habían ensayado, cada uno de sus disparos debía causar daños incalculables.

Se necesitó muchos días para su transporte, porque con las plataformas y montajes pesaba cada uno más de cien toneladas.

A fines de octubre estaban todos puestos en batería frente á los fuertes que principalmente se quería batir. Una noche abrieron como de costumbre los japoneses el fuego sobre la línea fortificada y de pronto se oyeron detonaciones formidables. La primera granada de los morteros cayó junto á una trinchera que formaba parte de las obras avanzadas del fuerte de Ki-kuán Norte, y produjo tales destrozos que los oficiales avisaron al general Kondratenko, quien por el solo ruido de los disparos comprendió de lo que se trataba. Entonces decidió Stoessel que se trasladase la artillería gruesa de los acorazados á los fuertes. Así se hizo; pero desde aquel momento se pudo considerar la escuadra como perdida, sin que tal decisión salvara de una caída segura la plaza.

Los disparos de los monstruosos morteros no abrían brecha en las murallas talladas en el granito, pero arruinaban todas las obras de los fuertes y cuando daban de lleno en una cúpula metálica la

destrozaban también. Los artilleros, que habían adquirido una indecible habilidad en el tiro, procuraban dar entre la cúpula y su base, y si acertaban saltaba la *caponnière* por el aire.

Pero pasaba el tiempo y la escuadra del Báltico se movía en socorro de la que estaba encerrada en Port-Arthur. Era preciso aprovechar el tiempo.

Llegaron 20.000 hombres más á reforzar el ejército de Nogi y este general recibió orden de tomar á toda costa bien un fuerte, bien una altura, que dominase la ciudad y el puerto.

A unos cuatro kilómetros y medio de Liaotichan había una loma llamada «Colina Alta» por los rusos y que los japoneses bautizaron con el nombre de «Colina de los 203 metros» por razón de su altura. No tenía ningún fuerte permanente en la cima; pero estaba defendida por una cuádruple línea de trincheras y dos reductos con ametralladoras. Se la podía socorrer fácilmente desde los fuertes y colinas cercanas, y, por lo mismo, era difícil su conquista; pero una vez en poder de los japoneses, podían bombardear impunemente la ciudad y la rada interior, aun cuando sufriendo el fuego de los fuertes cercanos. Era, en una palabra, una presa excelente.

El día 25 de noviembre por la noche comenzó el bombardeo metódico de las primeras trincheras con cañones de 15 centímetros y de hora en hora caían

en la cima cuatro obuses de 28 produciendo efectos terribles. Dos días y dos noches más continuó aquel fuego implacable, contestado por los fuertes; pero con escasa eficacia á causa de la distancia y porque los japoneses habían emplazado muy bien sus baterías.

El 28 por la noche empezó el asalto que duró dos horas y fué rechazado. A la noche siguiente nueva tentativa y nuevo fracaso. El 30, los japoneses concentraron sobre la montaña el fuego de 120 cañones y de 20 morteros, y luego, cesando el cañoneo, se lanzaron columnas al asalto mientras todos los demás cañones japoneses hacían fuego contra los fuertes y se amagaba dos ataques contra San-ti-chan y Ki-kuán, á fin de que los rusos no pudiesen acumular mucha gente en la «Colina Alta».

El asalto de ésta fué espantoso, largo, épico. Se luchaba cuerpo á cuerpo; las granadas de mano mataban grupos enteros de hombres; las ametralladoras derribaban compañías. Rusos y japoneses, como enloquecidos, no pensaban siquiera en defenderse sino en matar. A las dos horas de aquella lucha, dos de las trincheras quedaron en poder de los japoneses. Los rusos, que habían recibido refuerzos, se lanzaron pendiente abajo y les desalojaron del puesto con tanto trabajo conquistado. Pero subieron dos columnas más del valle y las trincheras todas, llenas de cadáveres rusos y japoneses, cayeron en poder de estos últimos.

Quedaba aún lo más arduo por hacer. En la cima había otras trincheras y otros reductos. El primero de diciembre se formaron varias columnas al pie de la colina, y mientras ésta se cubría de fuego por el estallido de las granadas japonesas y por los disparos de los rusos, los asaltantes permanecían arma al brazo esperando. A las once de la noche empezó el asalto. A las dos había terminado. Los japoneses fueron rechazados, y los que ocupaban las trincheras sólo se sostenían gracias al fuego de cañón incesante que hacían los sitiadores.

En esta acción murió el hijo menor de Nogi. El mayor había muerto seis meses antes en el asalto de Nanshan.

El 2 por la noche se reanudó el asalto, que duró cuatro mortales horas. A las tres de la madrugada un clamor formidable anunció á sitiados y sitiadores que la «Colina Alta» había dejado de ser un baluarte de Port-Arthur para convertirse en una amenaza cierta. Apenas hubo cesado el fuego de cañón de los japoneses abrieron los rusos el suyo contra la posición conquistada; pero sólo podían ofenderla con cañones de pequeño calibre y no la desalojaron los nippones, antes bien, subiendo todos los que estaban en las trincheras, se aprestaron á defenderla contra una columna rusa que venía del Oeste decidida á recuperar aquel punto cuya importancia habían comprendido los generales moscovitas.

Se trabó un nuevo combate y los japoneses quedaron vencedores.

En aquellas noches trágicas los japoneses perdieron 15,200 hombres y los rusos 3,400.

A costa de esfuerzos inauditos y perdiendo mucha gente por el fuego que se les dirigía de todas partes, los japoneses emplazaron en la Colina un teléfono y un observatorio para estar en relación con los artilleros de las baterías de morteros, y el 11 por la tarde empezó el bombardeo de la ciudad y de la escuadra con una precisión aterradora. Cada tiro daba en el blanco. A las cuarenta y ocho horas todos los buques estaban inútiles para navegar. La escuadra de Port-Arthur había dejado de existir. Sólo un acorazado, el *Sebastopol*, saliendo á la rada exterior, evitó el bombardeo; pero los torpederos acabaron con él.

La tremenda batería de morteros batía los fuertes, ninguno de los cuales tenía tanto poder ofensivo, y hacía que la situación de Port-Arthur fuera cada vez más precaria. Por la cuenta que les tenía no prosiguieron los japoneses el bombardeo de la ciudad. ¿Qué ventaja sacaban de arruinarla si había de caer en sus manos?

En Rusia y en toda Europa produjo gran estupor la noticia de que la escuadra se había dejado bombardear y destruir sin intentar una salida des-

esperada. Y fué ya evidente que la rendición de Port-Arthur era sólo cuestión de días. Todas las esperanzas fundadas en la llegada de la escuadra del Báltico se desvanecían. La caída iba á consumarse.

CAPITULO IX

Ultimos combates.—Toma de dos fuertes.—Rendición de Port-Arthur.—¡Stop the War!—Botín de los japoneses.—Los prisioneros.—Consecuencias de la rendición.—Diez meses de guerra.—Efectos económicos.

Era evidente que la plaza no estaba ya en condiciones de resistir á menos de quedar convertida en un montón de ruinas y de perecer sepultados entre ellas todos los hombres de la guarnición. El día 19 de diciembre tuvo la guarnición una sensible pérdida. El general Kondratenko, que había ido á inspeccionar el estado de uno de los fuertes más amenazados y se hallaba dentro de una casamata blindada hablando con un grupo de oficiales, murió por la explosión de uno de los enormes obuses japoneses, que destruyó la casamata y mató á todos los oficiales menos el teniente Bayern, que sacaron los soldados casi asfixiado y cubierto de heridas, pero todas de escasa importancia. Kondratenko era el alma de la defensa, y decayó mucho la moral de los soldados al saber su muerte.

Al propio tiempo los rusos veían que los zapa-

dores japoneses adelantaban rápidamente su obra. El dia 23 hubo un asalto furioso que llevó á los japoneses hasta los glacis del fuerte Erlung-chan. Protegidos por la artillería consiguieron excavar rápidamente una gazapera al abrigo del fuego ruso, y allí esperaron la hora de dar el asalto definitivo al fuerte.

El día 28, al anochecer, resonó un estruendo pavoroso; brotó como un volcán del suelo y surgió una gran columna de llamas y tierra. Al disiparse el polvo y el humo se vió que uno de los lienzos de muralla de Erlung-chan, roto por la dinamita, caía al suelo y dejaba ancho paso hacia el interior del fuerte. Más de la mitad de éste se había venido al suelo y dos batallones japoneses, aun cegados los soldados por la lluvia de polvo y piedras que sobre ellos cayera, se habían lanzado dentro del fuerte y acuchillaban sin piedad á los pocos rusos que quedaban con vida. Después, entre los aplausos de todo el ejército que miraba aquel espectáculo grandioso, la bandera del Sol Levante ondeó al viento en signo de posesión de aquel fuerte de Port-Arthur.

El día 30 otra explosión no menos formidable permitía á los japoneses apoderarse de otro fuerte del mismo Sector Oriental, y continuaban los trabajos para volar muy pronto el de Ki-kuan.

Estas noticias impresionaron mucho á cuantos

seguían con atención las peripecias del sitio, y vinieron á confirmar que la entrega ó el asalto de la plaza no tardaría en llegar.

El día 1.º de enero de 1905, un parlamentario ruso se presentó en las avanzadas pidiendo hablar con el general Nogi. Se le llevó á presencia de éste y le entregó una carta que decía:

«Convencido de que no puedo continuar la resistencia de la fortaleza de mi mando, un deber de humanidad me mueve á ahorrar sacrificios inútiles á mis soldados. Ruego, pues, á V. E. se sirva indicarme quién discutirá las condiciones de la capitulación.»

El general Nogi contestó en estos términos:

«Enterado del deseo de V. E., designo á mi jefe de Estado Mayor, general Ichite, para que se entienda con la persona que V. E. señale para tratar de la capitulación. El emisario deberá salir de Port-Arthur mañana 2, á las ocho de la mañana, y aguardar en el mismo punto que el mensajero de hoy.»

Las negociaciones fueron muy breves, y el mismo día se firmaba la capitulación, en la cual se estipulaba:

a) Entrega de los fuertes, arsenales, buques de

guerra, cañones y de todo el material existente en Port-Arthur.

b) La guarnición queda prisionera de guerra. Los soldados irán al Japón; los jefes y oficiales quedarán en libertad de seguir á sus soldados ó de marchar á Rusia, dando su palabra de honor de no volver á servir durante esta guerra.

c) Los jefes rusos entregarán un plano completo y detallado de las fortificaciones y defensas de la plaza, así como de los puntos peligrosos, en tierra ó en el puerto, por la existencia de fogatas, torpedos, etc.

d) Si los rusos destruyeren armas ó desmantelaren fortalezas después de firmar esta acta, quedan anuladas las cláusulas todas expresadas y los japoneses recobran su libertad de acción.»

Habían creído algunos críticos militares que en vista de la obstinada resistencia de la guarnición los japoneses la dejarían en libertad. Se equivocaron, pero tampoco se puede tachar de muy rigurosas las condiciones impuestas por el Japón, pues el Mikado indicó á Nogi que su deseo era que conservasen su espada jefes y oficiales, y que se les trataría con toda la cortesía debida á su valor y desventura.

El día 3 tomaron los japonèses posesión de la plaza y de los fuertes y su personal sanitario acudió en socorro de los 1.200 heridos ó enfermos que

había en los hospitales. El tifus, el escorbuto y la disentería habían hecho estragos en la guarnición, y, sin embargo, ésta no se rendía por falta de víveres sino de municiones y porque, después de la toma de los tres fuertes, no era posible resistir.

El número exacto de prisioneros hechos en Port-Arthur, contando á enfermos y á heridos, fué, según la estadística publicada por el *Jiji*, el de 34.214 soldados. Cayeron en poder de los japoneses once generales y 1.087 jefes y oficiales.

La mayoría de éstos siguieron la suerte de los hombres que durante tanto tiempo habían compartido con ellos fatigas y peligros. Volvieron á Rusia el general Stoessel, tres vice-almirantes y unos 200 jefes y oficiales, casi todos pertenecientes á la marina.

La caída de Port-Arthur, aun cuando ya prevista, produjo grandísima emoción en el mundo entero. En el espacio de 10 años los japoneses habían tomado á viva fuerza la formidable fortaleza. Obligados á abandonarla por la presión de Rusia, Alemania y Francia, cuando la habían conquistado en buena lid á los chinos, ahora se apoderaban de ella después de un sangriento sitio, arrojando de sus fuertes á los soldados del que pasaba por ser el Imperio más poderoso de Europa.

La presa de Port-Arthur dejaba en poder de los japoneses, además de la guarnición, 472 cañones de

todos calibres, gran cantidad de material de guerra y los cascos de cinco acorazados, de un crucero acorazado y de un crucero protegido y varios buques menores.

Los rusos perdían una fortaleza de primer orden cuyas obras de fortificación habían costado más de 200 millones de francos, una escuadra que costaba más de 300, muchos miles de hombres, y lo que era peor: el prestigio que hasta entonces habían tenido en toda el Asia. La caída de Port-Arthur fué un gran triunfo de la raza amarilla sobre la blanca. Los chinos, que creían invencibles á los rusos, comprendieron que también ellos podrían vencerlos si seguían las huellas del Japón. La prueba estaba hecha, y lo que sucede una vez se puede repetir ciento en iguales circunstancias.

Rendido Port-Arthur, imaginaron muchos políticos que se presentaba ocasión oportuna para hacer la paz, y muchos periódicos ingleses y norteamericanos publicaron artículos con este título: *¡Stop the War!*—¡Cese la guerra!—En efecto, el Japón ya no tenía ningún motivo para continuar la lucha. Los ejércitos habían vencido en todas las batallas; su marina no fué derrotada una sola vez. ¿Qué podía esperar Rusia? Los buques de guerra que le quedaban eran pocos y nada buenos, exceptuando cuatro de reciente construcción; el Transiberiano no podría transportar más gente, y no sien-

do posible poner en Manchuria ochocientos mil hombres de una vez, no cabía esperar una victoria decisiva.

Pero los mismos que con tanta imprudencia aconsejaron al Emperador que no cediese á los deseos del Japón, haciendo así inevitable la guerra, le impulsaron después de la toma de Port-Arthur á proseguir la lucha, diciendo que Rusia no podía quedar derrotada.

No se necesitaba una gran penetración para advertir que, rendido Port-Arthur, el ejército japonés estaría en inmejorables condiciones para batirse con el ruso.

Hasta entonces habían tenido que acudir los japoneses á dos puntos distintos. Tenían que vencer en Manchuria y en el Kuan-Tung; les era preciso reforzar de continuo dos ejércitos y Oyama se veía obligado á prescindir de uno de sus mejores tenientes y del eficaz esfuerzo de 75.000 de sus soldados. Una vez tomado Port-Arthur, los 400 cañones que sirvieron para rendir la plaza podrían emplearse en batir las fortificaciones á tanta costa levantadas por

Kuropatkín y los morteros que tantos destrozos causaron en los fuertes producirían estragos en las fortificaciones de campaña. Así se previa y así sucedió.

Al cabo de diez meses de guerra, no solamente había perdido Rusia más de cien mil hombres y la mejor escuadra que poseía, sino que, á consecuencia de la mala administración y de los grandes gastos que ocasionan las guerras, llevaban gastados más de 4.000 millones de francos.

El czar y sus consejeros, hacían poco caso de la cuestión económica, acostumbrados como estaban á que Francia, su aliada, fuera su cajera. En un escrito publicado en *Le Economiste* por Leròy-Beaulieu, que apareció á últimos de diciembre, se daba la voz de alerta á los capitalistas franceses, anunciando que Rusia había tomado á préstamo, desde 1891, la friolera de 9.000 millones de francos, y que de estos, 8.000 quinientos habían sido aprontados por los capitalistas franceses.

La noticia, dada la autoridad de quien la anunciaba, produjo gran efecto en Francia. El ahorro, que en todas partes es muy previsor, vaciló entonces y los banqueros y capitalistas franceses se pro-

metieron seguir el buen consejo que les daba el famoso economista. Veían que Rusia perdía batalla tras batalla, que los refuerzos no llegaban nunca en tiempo oportuno, y que el Japón, que se había pintado como un pueblo escaso de recursos y con un ejército poco numeroso, soportaba perfectamente los gastos de la guerra, y en vez de 256.000 hombres, había armado sin esfuerzo alguno aparente, más de 400.000, y parecía estar en disposición de poner doble número en campaña.

La guerra, mal iniciada, llevaba todas las trazas de acabar en un desastre inmenso; la situación interior de Rusia empeoraba de día en día; cerrábanse muchas fábricas, cesaban en su producción muchas industrias; en la campiña no había modo de recaudar las contribuciones, y se notaba una sorda agitación en todas las ciudades como síntoma precursor del movimiento revolucionario que luego detallaremos.

Los efectos económicos de la guerra habían sido, pues, malísimos para Rusia, y bien por la pésima administración, bien porque en realidad las fuerzas contributivas del imperio no fueran tan grandes como se decía, además del desastre militar, amagaba un verdadero desastre económico.

De muy distinto modo andaban las cosas en el Japón. Durante el año que acababa de transcurrir y á pesar de la guerra y de los *raids* de la escuadra

de Vladivostok, la industria había seguido produciendo, y aumentó en 43 millones de yens la cifra de las exportaciones. Las cosechas habían sido abundantísimas, y aun cuando el Gobierno cargó algo la mano en las contribuciones, el país podía soportar perfectamente la enorme carga que representaba la continuación de la guerra. Es verdad que los empréstitos que el Gobierno había levantado en Londres y en New York se habían cubierto á un interés casi usurario, pero en cambio los empréstitos interiores habían dado magnífico resultado, demostrando que no era el Japón una nación tan pobre como antes de empezar la lucha se complacían en decir los rusos y los franceses.

Al terminar el año 1904 la situación interior y exterior de Rusia era muy mala y en cambio era regular la del Japón, materialmente, y magnífica moralmente, puesto que se había revelado á los ojos del mundo entero como una gran potencia militar y marítima con la cual sería preciso contar en lo sucesivo, siempre que se tratara de problemas de política internacional.

CAPITULO X

Movimiento revolucionario en Rusia.—El 22 de Enero.—Matanza en las calles de Petersburgo.—Se generalizan las huelgas.—La agitación en provincias.—Atentados y asesinatos.—El Comité Socialista Revolucionario.—En Polonia.—En el Cáucaso.—Agitación agraria.—Ni reformas ni represión.

Hasta 1888 puede decirse que no nubo en Rusia verdadera industria, tal como se comprende en las naciones europeas. Había entonces únicamente pequeñas industrias, pero no existían ni los grandes talleres ni las inmensas fábricas que las leyes proteccionistas que el ministro de Hacienda, señor Witte, atrayendo capitales extranjeros, permitieron establecer en Rusia. No había, por lo mismo, clase obrera. Los pocos obreros que acudían á los escasos talleres de las grandes capitales, acudían á ellas en invierno, echados por el hambre de sus hogares, pero en verano volvían á cultivar sus campos, ó

por mejor decir, los campos de los grandes señores territoriales.

En 1894 se estableció la primera sociedad obrera en Moscou, y el Gobierno, creyendo que de esta manera podria contrarrestar la propaganda revolucionaria que á espaldas de la ley hacían los nihilistas, permitió que en los locales de esa sociedad obrera, se diera conferencias y se echara las bases de una asociación más vasta que pudiese comprender á todos los obreros del imperio.

En 1898 había ya varias sociedades obreras en San Petersburgo, Moscou, Varsovia, Odessa, Kazan, Lodz, Ekatironoslav y otras ciudades. Por medio de las conferencias que daban los mismos obreros que habían residido en el extranjero, y varios abogados, médicos é ingenieros que comprendían que muy pronto se vería obligado el gobierno á otorgar grandes reformas políticas y á suprimir los irritantes privilegios que la autocracia concedía á grandes personajes tan orgullosos como ineptos, los obreros fueron instruyéndose, dotados de un pasmoso poder de asimilación, al cabo de poco tiempo estaban á la altura de sus demás compañeros de Europa.

Había entonces ya en Rusia una verdadera clase obrera, hijos de campesinos que se habían aclimatado á la vida de las ciudades y que resultaban con un nivel intelectual mucho más alto que los cam-

pesinos, y que hasta los mismos pequeños industriales de Rusia.

En 1902, un hombre que estaba destinado á adquirir gran popularidad, el sacerdote Gapony, capellán de las prisiones de San Petersburgo, hizo una propaganda enérgica entre los obreros á fin de que hubiera una gran solidaridad entre todos los de todas las regiones del imperio. Al cabo de seis meses había conseguido su propósito, y entonces, ayudado por un núcleo de hombres enérgicos y valerosos, emprendió una cruzada contra los abusos de que la clase obrera era víctima, é hizo comprender al proletariado, que si el capital abusaba de sus ventajas, se debía únicamente á la falta de resolución de los agraviados.

No tenía gran necesidad de extremar los argumentos el sacerdote Gapony, puesto que los obreros rusos, hasta principios de 1904, padecían lo indecible, tanto porque la jornada de trabajo era larguísima, como por el corto jornal que cobraban y que no les permitía satisfacer sus más apremiantes necesidades. Ya en 1902 había habido una huelga de descargadores en Odessa, y en aquella ocasión, y gracias á los fondos de resistencia con que contaban los huelguistas, habían ganado fácilmente su causa, sucumbiendo los patronos á sus exigencias.

Para el domingo 22 de enero, habían preparado Gapony y los que le auxiliaban en su tarea reden-

tora, una manifestación imponente de los obreros, los cuales, después de pasear por las calles de San Petersburgo, debían dirigirse al Palacio de Invierno para entregar un mensaje al czar. El texto de este mensaje, respetuoso para la persona del emperador, y aun para los gobernantes, era tan sólo una sentida súplica, y no como quiso hacerlo creer la policía, un cartel amenazador para la autocracia y el autócrata.

He aquí algunos de los párrafos de este manifiesto:

«Señor:

»Hemos llegado al límite del sufrimiento humano. Somos tratados peor que bestias de carga por aquellos que nos emplean; trabajamos mucho más de lo que permiten nuestras fuerzas; no podemos resistir la carga que pesa sobre nosotros. Señor, sentimos los tormentos del hambre; nuestras mujeres y nuestros hijos padecen hambre y padecen frío en el invierno. Estamos alojados de un modo tal, que las enfermedades todas se ceban en nosotros. Y nadie nos compadece, y si algún día nos quejamos, los sables de los polizontes y las nagaikas de los cosacos caen sobre nuestras espaldas encorvadas por el peso del trabajo.

. . . . . .

»Hemos llegado al límite del sufrimiento huma-

no. Al traspasarlo, nos preguntamos todos á una si no vale mucho más acabar de una vez con la vida, que vivir una tan miserable y desastrada. A vos, padre del pueblo ruso, acudimos en respetuosa súplica, para hacer que acaben nuestros males. Si no se nos atiende, moriremos todos delante de vuestro palacio, y ojalá que nuestra sangre redima á nuestros hermanos.»

Rogaban los obreros al czar que acudiese desde Tsarkoie-Selo al Palacio de Invierno para recibir la súplica. No acudió el autócrata, y en cambio, veinte regimientos de infantería de línea y dos regimientos de cosacos, formados en batalla unos en la plaza, y tomando los puntos estratégicos de la ciudad otros, hicieron uso de sus armas para disolver la manifestación, que á las nueve de la mañana, desde la isla de Ostrov se dirigía al Palacio de Invierno. Formaba la manifestación unos quince mil hombres, y al frente de ella, con una cruz en la mano, en señal de paz y concordia, iba el sacerdote Gapony, rodeado de todos los jefes obreros.

Las tropas dieron brutalmente el alto á los manifestantes, y como éstos se empeñaran en llegar á la puerta del Palacio de Invierno, dispararon los soldados sus armas, y los sables de los cosacos cayeron sobre los infelices obreros, causando una espantosa carnicería.

Los obreros, de los cuales habían caído más de dos mil, huyeron en todas direcciones, y al huir, saquearon tiendas, incendiaron casas, mataron agentes de policía y empezaron en aquel mismo instante la agitación obrera que debía extenderse por toda Rusia.

Al día siguiente se declaró la huelga general en San Petersburgo; la ciudad presentaba el aspecto de los días de revolución ó de sitio; patrullaban los cosacos por las calles, los paisanos no salían de sus casas, y en los hospitales maldecían de la autocracia y de la burocracia millares de obreros tendidos en su lecho de dolor.

El autor de esa matanza bárbara fué el gran duque Vladimiro, general en jefe de las tropas del distrito militar de la capital. Era este el mismo hombre á quien, algunos periódicos extranjeros, haciéndose eco de lo que se decía en Rusia, acusaban de malversaciones indignas, de haberse jugado el valor de más de quinientos mil uniformes y de dos millares de pares de zapatos destinados al ejército que combatía en Manchuria con los uniformes destrozados y á pie descalzo. El odio popular contra los grandes duques subió de punto, y durante muchos días no pudieron salir los parientes del czar de su palacio.

Mientras en San Petersburgo continuaban los motines y eran muy frecuentes las colisiones entre

huelguistas y policías, los obreros de Moscou, Varsovia, Odessa, Lodz, Sebastopol, Kovno, Ivor, Minsk, Saratov, Helsingfords y otras ciudades, se declararon á su vez en huelga, se amotinaron por las calles, pidieron aumento de salario y disminución de las horas de trabajo y libertades políticas.

El emperador, mal aconsejado como de costumbre, en lugar de atender las reclamaciones justísimas de su pueblo, destituyó al ministro del Interior, que se mostraba favorable á una política de conciliación, y nombró gobernador general de San Petersburgo al general Trepoff, hijo de un antiguo jefe de policía, célebre por sus crueldades y por el atentado de Vera Zassulitch, hermana del general vencido por los japoneses á orillas del Yalú. Trepoff tenía una reputación pésima que se había ganado en Moscou como teniente del gran duque Sergio, cometiendo toda clase de crueldades contra los obreros. A tal hombre encomendaba Nicolás II el mando de la capital en circunstancias tan difíciles. Los resultados no podían ser buenos, y no se hicieron esperar.

La agitación político social cundió por todos los ámbitos de Rusia, y el partido revolucionario, viendo que las circunstancias eran favorables á su intento, organizó una propaganda activísima en los distritos rurales, haciendo resaltar las ventajas que obtendrían los campesinos si se declaraban en

abierta rebelión contra la autocracia, que era la sostenedora de los abusos de los grandes propietarios, y la que arrancaba á cientos de miles de hombres de sus hogares para llevarlos á morir á los campos de Manchuria, combatiendo con un pueblo que encarnaba los principios liberales.

Al mismo tiempo, mandaba cometer el Comité Socialista Revolucionario muchos atentados en las ciudades. Fué el más sonado el del gran duque Sergio, que murió en Moscou á consecuencia de la explosión de una bomba lanzada bajo el coche que le conducía.

La agitación agraria entre tanto, como fuego que prende en materia inflamable, adquiría cada vez mayores proporciones. Los campesinos, que durante siglos y siglos habían padecido el yugo férreo de los propietarios territoriales, rompiendo todo freno, saqueaban los palacios de sus tiranos, se repartían las tierras, incendiaban y saqueaban las granjas de los ricos propietarios y se negaban en absoluto á acudir al llamamiento de los oficiales encargados de la movilización.

En Polonia, donde la inmensa mayoría de los habitantes guardan un rencor inextinguible contra sus opresores rusos, el movimiento revolucionario revistió caracteres verdaderamente graves, amenazando degenerar en una agitación separatista. Lo propio sucedió en Finlandia, donde fué asesinado

el delegado imperial y donde el pueblo aborrecía á los rusos á causa de haber conculcado el Pacto de Unión Alejandro III y Nicolás II, movidos de su manía rusificadora.

En el Cáucaso sucedió lo propio, y aquellos feroces montañeses, descendientes de los que se habían batido á las órdenes de Schyamil contra las tropas moscovitas, sublevároнse en casi todos los pueblos y ciudades, y cometieron verdaderos horrores, cazando á los policías rusos como alimañas, haciendo frente á los soldados y saqueando é incendiando cuanto en gana les vino.

El gobierno no podía acudir á todas partes, ni tenía fuerzas suficientes para sofocar tantas rebeliones á la vez. Las huelgas se hicieron extensivas á los empleados de las líneas férreas y de telégrafos, y durante unos días reinó una verdadera anarquía en toda la extensión de Rusia.

Hubo que suspender las órdenes ya circuladas de movilización; hubo que transigir con las reivindicaciones obreras, fué menester acceder á muchas exigencias, y ni aun de esta manera se calmaron los ánimos. Comprendía el pueblo que mientras no variara por completo el régimen político que imperaba en Rusia, no podía mejorar de un modo estable su condición, y por esto pedía que desapareciese de una vez la autocracia, y que el czar se

aviniera á conceder una constitución parecida á la que tienen las demás naciones de Europa.

Compelido el czar por la necesidad, prometió en dos ó tres distintas ocasiones conceder las reformas que se le pedían. Hizo que sus ministros estudiaran la fórmula de unas reformas que, sin menoscabar el poder de la autocracia, dieran satisfacción á los deseos de libertad del pueblo, lo cual era un absurdo manifiesto, ó prueba de una mala fe insigne, puesto que, ó tenía que renunciar á las prerrogativas que hasta entonces había tenido, á fuer de emperador y pope, ó desengañar francamente á sus súbditos. Prometió también convocar la asamblea de los zemstvos á fin de que deliberara sobre las reformas que fuera posible otorgar, pero tampoco cumplió su palabra. No se atrevía, por otra parte, á reprimir brutalmente los excesos de los campesinos y de los obreros, y luchaba de continuo contra las dos tendencias, liberal y absolutista, que se disputaban el predominio en Rusia.

Esta indecisión continua, esa falta de voluntad absoluta, los pésimos consejos que le daban los grandes duques y los altos funcionarios de la corte, han dado por resultado que la agitación político-social continuara meses y meses y se fuera enconando en vez de decrecer.

La situación interior de Rusia ha causado más daño á la nación que las mismas derrotas que han

sufrido sus tropas en Manchuria, y han hecho casi imposible el desquite militar, puesto que las reservas se movilizarán con grandes dificultades, si es que á movilizarse llegan, y que los soldados se baten de mala gana y sin entusiasmo ninguno por una causa que detestan.

CAPÍTULO XI

En el Sha-ho.—Kuropatkin y Grippenberg.—Nueva ofensiva rusa.—Batalla de Sandepú.—Derrota de los rusos.—Diez mil bajas.—Grippenberg abandona el mando.—Bilderling toma el mando del primer ejército.—Llegada de Nogi junto al Hun-Ho.—Los morteros de 28 ante el cerro de Putilov.—Apreciaciones de los críticos.

La situación de los dos ejércitos beligerantes no había cambiado lo más mínimo desde la batalla del Sha-Ho. Dispuestos los dos al ataque ó á la defensa, y formando sus frentes respectivos una dóble línea de 130 kilómetros de extensión orientada de Este á Oeste y que llegaba por un lado á las montañas que forman la cuenca del curso superior del Hun-Ho y por el otro ocupaban casi toda la llanura en cuyo extremo la corriente del Liao divide la Manchuria de Mongolia, permanecían arma al brazo, cañoneándose diariamente y librando escaramuzas sin importancia, pero sin decidirse á librar una acción campal ni uno ni otro.

Los rusos comprendieron quizá el peligro que entrañaba para ellos la llegada al campo japonés del ejército de Nogi con sus veteranos de Port-Arthur, fogueados en cien combates, y sus cuatrocientos cañones de mediano y grueso calibre. Había llegado además el general Grippenberg, lleno de ardor y deseoso de combatir. Habíase burlado en muchas ocasiones de la estrategia tímida del que ahora era su jefe inmediato, y apenas tomó posesión de su mando, celebró largas y frecuentes entrevistas con el generalísimo, encareciéndole la necesidad que había, á su juicio, de emprender una acción rápida y enérgica contra el ejército del mariscal Oyama antes de que éste recibiera los refuerzos que esperaba.

El general Kuropatkín, que nunca había sabido á punto fijo ni la posición exacta de la hueste contraria, ni el número de hombres que el general japonés tenía á su disposición, acordándose de que en algunas ocasiones había tenido que retirarse ante fuerzas muy inferiores, mientras él temía un movimiento envolvente, y que otras veces tomó la ofensiva creyendo que su adversario tenía poca gente y resultó, por lo contrario, que disponía de fuerzas considerables, dudaba, recelaba, y no se atrevía á seguir el plan que Grippenberg afirmaba ser infalible.

Prevaleció por fin el parecer de este último, pero

solamente á medias, en lo cual Kuropatkín demostraba que, si no era un gran general, podía pasar por lo menos plaza de excelente cortesano, porque emulaba á la perfección á Nicolás II, quien, al tomar una resolución, no lo hace nunca inclinándose francamente á uno ú otro extremo, sino contemporizando, para no dejar descontento á nadie, con lo cual consigue que todo el mundo lo quede. Prevaleció, pues, el parecer de Grippenberg, ya que Kuropatkín le dió permiso para intentar un ataque contra el ala izquierda japonesa, á fin de saber la resistencia que ofrecería, pero sin avanzar mucho, por miedo á una celada de sus adversarios.

Acordado este plan, el día 25 por la mañana, al amanecer, se pusieron en marcha veinte regimientos rusos, desplegados en batalla, apoyados por ochenta bocas de fuego y unos 2.000 caballos mandados por el general Mitchenko. Las avanzadas japonesas tuvieron que retirarse á toda prisa ante el gran golpe de gente que las amenazaba, y se replegaron más hacia el Sur, en los pueblecillos de San-Tan y Hay-Ta-Se, donde había dos destacamentos de unos cuatrocientos hombres. Los rusos tomaron esos pueblos aquel mismo día, después de seis horas de empeñadísimo combate. Murieron todos los japoneses que los defendían; pero dieron tiempo á que el general Oku enviase refuerzos para detener la marcha de los rusos.

Estos, en tanto que sus compañeros se detenían en tomar las dos posiciones citadas, atravesaron el Hun-ho, que estaba helado, y bajando resueltamente hacia el sur, llegaron á la vista de Sandepú y atacaron dicho pueblo. No contaban tener que perder muchas horas ante aquella posición, pero pronto se convenció el general Grippenberg de que la resistencia sería muy seria. El pueblo estaba defendido por fortificaciones de campaña que abrigaban dos baterías montadas y unas veinte ametralladoras, hábilmente disimuladas detrás de un cañaveral.

Cuando las columnas rusas llegaron cerca de las primeras casas que hay extramuros de la población, retiróse precipitadamente una avanzada japonesa y cometieron los rusos el error de adelantar en masa hacia el pueblo. Casi á boca de jarro hicieron los japoneses las primeras descargas de fusilería, y las veinte ametralladoras, segando las cañas que las ocultaban, causaron un destrozo tremendo en las primeras filas enemigas, mientras los cañones de campaña tiraban contra el centro de las columnas. Vacilaron los asaltantes, y los japoneses aprovecharon aquellos primeros momentos para ametrallarles á mansalva. Al propio tiempo, salía de detrás de un otero cercano medio regimiento de caballería japonesa que cargó con furia indescriptible, desbaratando batallones enteros. Llevados de su ímpetu, llegaron los jinetes hasta donde estaban los regimientos de

reserva que, en un instante, haciendo fuego por descargas, les dejaron casi aniquilados. Pero los primeros batallones rusos de la extrema derecha, habían huido en desorden ante aquella carga furiosa; los regimientos del centro se habían detenido ante la resistencia de Sandepú, al ver el número de bajas que habían experimentado, y la columna de la izquierda no quiso avanzar más aunque tenía el terreno despejado ante sí, temiendo caer en una emboscada.

Llegaron telegramas á Europa diciendo que el ejército ruso había derrotado al japonés; que el ala izquierda de éste, desbaratada y en peligro, se replegaba hacia el centro, dejando libre el camino de Liao-Yang.

Durante toda la jornada del 26 avanzaron aún los rusos aunque no mucho, por la resistencia que oponía la guarnición de Sandepú y algunas columnas volantes con artillería ligera enviadas por el general Oku para detener momentáneamente el empuje del enemigo.

El 27 cambió por entero la faz de la batalla. Una columna de doce mil hombres con cuarenta y cinco cañones, que había dado un gran rodeo para poder atacar á los rusos por la espalda, se arrojó sobre las tropas de Grippenberg que no esperaban aquella acometida, y las obligó á retroceder precipitadamente. Al mismo tiempo, tres columnas de ocho mil hombres, con treinta cañones cada una, ade-

lantaban á paso de carga en socorro de la guarnición de Sandepú, libraban combate cuerpo á cuerpo con los rusos, y éstos debían ceder terreno acometidos por ambos lados á la vez. Otra columna de diez mil hombres, mandada por el general Matsumura, sostuvo en su ataque á las fuerzas japonesas citadas, sirviendo de enlace entre ellas, y dió una carga verdaderamente épica contra la división que mandaba el general Bilderling, que se retiró en desorden. El jefe de los japoneses, que había cargado á la cabeza de sus tropas como un simple capitán para infundir ánimo á sus soldados, murió á los pocos minutos de trabado el combate de un balazo que le entró por los pechos.

La suerte de la batalla ya no era dudosa. Nuevas columnas japonesas, provistas todas de abundante artillería, avanzaron rápidamente, repasaron el Hun persiguiendo á los rusos, y con sus cañones hicieron gran destrozo en las filas enemigas. Los días 28 y 29 continuaron la persecución y la matanza, y Grippenberg quedó derrotado y fallida la ofensiva rusa.

Oku había ganado mucho terreno en su avance, y el día 29 de enero, en vez de quedar amenazada el ala izquierda japonesa, lo estaba la derecha rusa, cuyo extremo, en lugar de estar en la misma línea que el centro, había tenido que retroceder hacia el norte.

Los rusos habían perdido en aquella desgraciada tentativa unos diez mil hombres.

Cuando se supo la nueva derrota en San Petersburgo, la impresión fué muy dolorosa. Telegrafió el czar á Kuropatkin pidiéndole detalles, y casi al mismo tiempo recibía un telegrama del general Grippenberg dándole cuenta de que abandonaba el mando del segundo ejército, porque Kuropatkin no le había enviado refuerzo en tiempo oportuno, lo cual le hizo perder una batalla que, á su juicio, estaba ganada. Hombre violento y de resoluciones prontas tomó el tren, y sin despedirse del general en jefe, sin darle explicación ninguna, se marchó de Manchuria para Kharbín y San Petersburgo.

Cruzáronse telegramas y más telegramas entre Mukden y San Petersburgo; encontraron partidarios ambos generales, acusáronse éstos mutuamente, pero Kuropatkin quedó al cabo como generalísimo y se le dió la razón contra Grippenberg, porque afirmó en sus telegramas que no le dió orden de empeñar una batalla formal, sino de tantear la resistencia del enemigo.

Hubo entonces un cambio de mandos. El general Kaulbars tomó el del segundo ejército dejando vacante la jefatura del primero, que fué concedida al general Bilderling, ese jefe de quien decía un periodista inglés, que gozaba de gran fama en San Petersburgo... como violinista.

A primeros de febrero llegaron las tropas escogidas que habían tomado parte en el asedio de Port-Arthur, mandadas por Nogi, con el refuerzo de su poderosa artillería. Dispuso el mariscal Oyama que tomaran posición en la extrema izquierda del ala izquierda, en dirección al curso del Liao, dando así á la línea de batalla una extensión mucho mayor y quedando en aptitud de ejecutar un movimiento envolvente, puesto que los rusos no podían oponerle fuerzas suficientes é ignoraban, sobre todo, la presencia de aquellos terribles enemigos. Los morteros de grueso calibre que habían servido para derribar las fortificaciones de Port-Arthur se emplazaron en el centro, frente á la colina de Putilov, donde los rusos habían levantado trincheras y reductos. Nunca se había visto en un campo de batalla la aparición de semejantes monstruos, los cuales, emplazados sobre plataformas fijas, formaban verdaderas fortalezas y debían ejercer una acción irresistible sobre la zona batida por ellos.

Un crítico alemán, el general Goetze, hablando de las probabilidades de victoria que había para los dos adversarios en caso de entablar una batalla, dijo que Oyama tenía una superioridad absoluta sobre sus enemigos á causa de la cantidad y calidad de su artillería. Acertó en esta afirmación el crítico, pero se equivocó de medio á medio al decir que no era probable que partiera el ataque de los

japoneses. Otros críticos ingleses y franceses, fiando sin duda en los datos oficiales que facilitaban los ministerios de Guerra y Marina de San Petersburgo, creían que los rusos disponían de efectivos mucho mayores de los que en realidad tenían. Cinco días antes de trabarse la batalla que se había de conocer con el nombre de batalla de Mukden, un periódico francés, *Le Journal*, afirmaba muy seriamente que los rusos disponían de cien mil hombres más que los japoneses, y que si ocurría un choque formidable no sería el *Dai Nippon Banzai* el grito que resonara anunciando la victoria, sino el *hurrah* de los rusos.

Un crítico americano dijo que si los rusos perdían de nuevo la batalla, podían considerarse como vencidos en definitiva. La entrada en Mukden de los japoneses sería en efecto un golpe mortal para el prestigio ruso en Manchuria, y los rusos reconocerían en breve que la raza amarilla ya no creía en la omnipotencia de la raza eslava.

CAPITULO XII

Ultimos preparativos para la batalla.—Se rompe el fuego en el ala derecha japonesa.—Avance de Kuroki hacia el desfiladero de Taling.—Resistencia del tercer ejército ruso.—Ataque del centro.—Los morteros contra la colina de Putilov.—Ataque del ala izquierda japonesa.—Cargas irresistibles.—Movimiento envolvente de Nogi.—Sesenta kilómetros hacia el norte.—Conversión á la derecha.—Marcha sobre Mukden.—Desbandada de los rusos.—Contraataques desesperados.—Pérdida de la batalla.—Huída hacia Tieling.—Cuarenta y cinco mil prisioneros.—Noventa mil bajas.

Así como el ala mandada por el general Oku había recibido grandes refuerzos con la llegada de las tropas de Nogi, así también el ejército mandado por Kuroki recibió del Japón por la vía de Feng-Huan-Cheng, treinta mil hombres de refresco mandados por el general Kawamura. El plan de los japoneses no presentaba ninguna novedad. Se trataba, como siempre, de que Kuroki amenazase al enemigo y fueran las tropas de Oku y de Nogi, es decir, las situadas en la izquierda, las que ganaran la batalla.

El 24 por la mañana, los japoneses, enviando varias columnas de cuatro mil hombres hacia el extremo oriental de su línea, y alargando ésta muchos kilómetros más, empezaron su marcha de avance contra los rusos. El ataque fué llevado todo aquel día con vigor inusitado, y los rusos no tuvieron más remedio que retirarse ante aquella ola humana que, haciendo un fuego tremendo de cañón, salvaba todos los obstáculos naturales del terreno y vencía la resistencia de sus adversarios. El 24 por la noche llegaron las avanzadas japonesas á Tsing-Cheng. El 25 por la tarde, después de un combate que duró cuatro horas, y en el que la artillería japonesa hizo destrozos en las filas rusas, entraron las tropas del Mikado en Tsinghocheng, pueblo situado á corta distancia de Taling. Este desfiladero defendido con gran energía por los rusos, detuvo momentáneamente el avance de los japoneses. Telegrafió Kuropatkín á su gobierno el día 27 que el avance de los japoneses había quedado detenido, aunque en realidad no era así. Kuroki, dejando una cortina de tiradores y un par de baterías frente á Taling, emprendió un movimiento sumamente peligroso, avanzando por los dos lados del desfiladero, por caminos casi impracticables, y el día 28 por la tarde, los rusos, que ocupaban Taling, tuvieron que huir rápidamente, so pena de ser copados al ver aparecer á ambos lados de la posición que

defendían las columnas japonesas de Kawamura y Kuroki.

Pero detrás de la posición abandonada había otra que podía defenderse con facilidad, y á ella se acogieron los rusos del tercer ejército para impedir la avanzada de los japoneses. Estos estuvieron doce horas combatiendo sin descanso, y por fin lograron que retrocediesen los rusos, pero la avanzada era muy difícil porque el país, muy quebrado, parecía favorable á los moscovitas. El 1.º de marzo por la mañana, Oyama mandó que su centro, mandado por el general Nodzu, empezara el ataque contra el centro enemigo. Se inició un vivísimo cañoneo que duró hasta mediodía, y entonces los rusos, viendo que era más eficaz el fuego japonés, empezaron á disparar con las gruesas piezas de quince centímetros que habían montado en el cerro de Putilov. Durante un rato aguantaron el cañoneo los japoneses, y de pronto se oyó una explosión formidable que conmovió los aires y estremeció el suelo. Enormes proyectiles cayeron sobre la colina de Putilov, levantando columnas de aire y de humo, causando enormes destrozos. Eran los morteros de Port-Arthur que entraban en acción. Sucediéronse las tremendas detonaciones de diez en diez minutos durante todo el día, y hasta la misma montaña llegó á cambiar de forma al embate de aquellos proyectiles que abrían agujeros de seis y

ocho metros de diámetro y volaban rocas de más de veinte toneladas. Los soldados rusos, aun cuando impasibles y valerosos, comprendieron que era imposible resistir aquel alud de hierro. Por la noche, y después de arreciar el bombardeo de un modo tremendo, avanzó la infantería japonesa dando tres cargas que fueron rechazadas. Kuropatkín telegrafió que el avance de Kuroki había sido detenido y que el ataque del centro, dado con fuerzas numerosas, fué igualmente rechazado. No mencionaba el desdichado general el ala izquierda japonesa, y por lo tanto no mentaba siquiera lo que ocurría en su derecha. Allí era, sin embargo, donde debía decidirse la batalla. ¡Grave error el de un general que desde que se inicia una acción no advierte cuál es el objetivo principal de su contrario!

Al mismo tiempo que se iniciaba el ataque del centro, el ejército mandado por el general Nogi atravesaba el Hun-ho y subía en línea recta hacia el norte rechazando las avanzadas rusas, destruyendo las fortificaciones de campaña que encontraba al paso y avanzando con empuje irresistible hacia el norte como si su cometido fuera llegar hasta Tieling para cortar la retirada de los rusos.

Pocas horas después movíanse á su vez las divisiones del general Oku, y atacando á los rusos con una energía pocas veces igualada, llegaban á Sinminting, que ocupaban el mismo 2 de marzo, apo-

derándose de una inmensa cantidad de provisiones y de varias ametralladoras que contra los fueros de la neutralidad, tenían los rusos en una posición á la derecha del Liao. Protestaron los periódicos moscovitas de esa violación de territorio por parte de los japoneses, pero el golpe estaba ya dado y el avance continuaba de un modo formidable. Kuropatkín advirtió demasiado tarde que el movimiento envolvente lo cumplía esta vez el ejército de Oku, y lo advirtió cuando ya toda su ala derecha, mandada por el general Kaulbars, huía derrotada hacia la línea del ferrocarril, seguida de cerca por los japoneses, que como si no sintieran el cansancio producido por tan larga lucha, continuaban atacando con tanto vigor como el primer día.

Los días 3, 4 y 5 se emplearon en un combate desesperado en Tachichiao que defendieron los rusos con verdadero empeño, porque Kuropatkín comprendió que aquel punto era la clave de la batalla. Desde Mukden envió el generalísimo veinte mil hombres de refuerzo hacia allí con orden de hacerse matar si era preciso con tal de conservar la disputada posición. Por un alarde bárbaro de valor cargaron dos ó tres veces los rusos en masas compactas, y entonces, los japoneses, dispersándose, dejaban al descubierto varias baterías que ametrallaban á mansalva á sus enemigos. Cansáronse los rusos de atacar, y entonces les llegó la vez á los

japoneses. Los cañones y ametralladoras que los rusos habían montado junto á las diferentes entradas del pueblo y que barrían el terreno completamente despejado, causaron daños enormes á los japoneses, pero en una carga final de noche, fué tomado el pueblo después de una lucha cuerpo á cuerpo que ensangrentó las calles y casas de la población y que dejó montones de cadáveres por todas partes. Los rusos escaparon hacia el este, es decir, buscando el amparo de la línea férrea y sus fortificaciones, y el ejército de Oku, persiguiéndoles, llegó el día 6 á la vista del ferrocarril cuya vía y defensas cubrieron de granadas sus baterías.

El general Kuropatkín, en vez de aprovechar el tiempo que le quedaba para retirarse y desesperado al ver el sesgo fatal que tomaba como de costumbre la batalla, quiso ver si restablecía la suerte de las armas con un golpe de audacia.

El día 7, al amanecer, envió dos fuertes columnas de veinte mil hombres cada una hacia el punto de conjunción de los dos ejércitos de Oku y de Nogi, pensando que conseguiría aislar á este último del grueso del ejército y ganaría así la batalla ó causaría cuando menos un gran daño al enemigo.

Pero para enviar fuerzas tan considerables hacia la derecha, había tenido que desguarnecer el centro y el ala izquierda. Lo hizo, sin embargo, creyendo que los ataques de Nodzu y Kuroki eran simulados,

La retirada de Mukden

y que, como en la batalla del Sha-ho, tenía que combatir con fuerzas menos numerosas que las suyas. Se equivocó, como de costumbre, y esta vez resultó que disponía su adversario de gran superioridad numérica. Los cuarenta mil hombres que se lanzaron á detener el empuje de Oku dieron cargas brillantísimas, y durante unos momentos pudo creerse que Kuropatkin conseguiría desbaratar el plan de sus contrarios, pero Nogi, cesando en su avance, volvió bruscamente hacia el este y no perdió ni por un momento el contacto con las fuerzas de Oku.

El día 8, por la noche, el ejército de la derecha, tomando otra vez la ofensiva, venció la resistencia que le oponían las tropas de Linievitch, combatió contra ellas durante unas horas, las rechazó hacia la región montañosa, y ocupó Fushun, que está á pocas leguas de Mukden.

Entre tanto, el centro japonés, después de reducir al silencio todas las baterías rusas de Putilov, dió un avance rápido, ocupó todas las posiciones de sus enemigos, que se retiraron á Hun-ho, y rompió el contacto entre el centro y el ala derecha de los rusos.

Oku, mientras tanto, había tomado los primeros fortines del ferrocarril, rechazando de un modo definitivo las tropas de Kaulbars por medio de un fuego incesante de artillería, y el centro y el ala dere-

cha moscovitas ya no constituían más que un montón inmenso de soldados que luchaban sin orden ni concierto, no por obtener la victoria, sino por salvar la propia vida ó cobrar la del contrario.

Kuropatkín recibió de pronto una noticia alarmante. El ejército de Nogi, compuesto de sesenta y cinco mil soldados y doscientos cañones, bajaba á marchas forzadas y estaba á punto de envolver por completo y por el norte la posición de Mukden. No había que vacilar un punto si no se quería que la derrota se convirtiera en un tremendo desastre. Columnas enteras de fugitivos, huyendo de las tropas de Nodzu que las ametrallaban, iban á chocar contra los soldados de Oku y de Nogi y se rendían una tras otra. Cuando Kuropatkín dió la orden de retirada, sólo quedaba un paso de nueve kilómetros para escapar. La enorme tenaza que medía ciento cincuenta kilómetros de extensión al comenzar la batalla el 24 de febrero, se había cerrado casi por completo el día 10 de marzo, y más de quinientos cañones, haciendo fuego á la vez sobre los rusos que se retiraban en desorden, acababan de completar el desastre del ejército de Kuropatkín.

El día 10 terminó la batalla aunque no acabara por completo la lucha; los japoneses, habían logrado esta vez su objeto. El movimiento envolvente había dado los resultados apetecidos. La derrota había sido absoluta. Cuarenta y cinco mil prisioneros,

noventa y siete cañones, veintitrés banderas, y unos ochenta y cinco mil soldados muertos ó heridos formaban el total de las pérdidas rusas. Hay que advertir que cuatrocientos ó quinientos cañones del ejército moscovita fueron abandonados por los rusos ó echados en los torrentes ó en los ríos á fin de que no los cogieran los japoneses, aumentando así las pérdidas del ejército vencido.

Hubo en esta batalla episodios verdaderamente heroicos. Un batallón ruso se dejó acuchillar en Palisao sin querer huir y defendiéndose hasta que quedó un hombre en pie. Las tropas de Nodzu cargaron en una ocasión con tanto ímpetu, y con tan ciega furia querían llegar á donde estaban batiéndose dos columnas rusas contra los soldados de Oku, que al topar en una colina con dos regimientos rusos que les hacían fuego, no se entretuvieron en contestarlo, pasaron adelante, y así quedó á retaguardia de los japoneses una fuerza enemiga que apenas había combatido, y que al cabo resultó prisionera por estar separada del grueso de sus fuerzas.

Algo parecido le ocurrió á la división del general Nogi. Cuando cambió la dirección de su marcha, encontró dos compañías rusas en el pueblecillo de Sanchipao. Sin entretenerse en rendirlas, dejó dos baterías con orden de exterminarlas, y prosiguió su avance sin preocuparse de la suerte de las baterías ni de los rusos.

El ejército japonés había tenido por su parte unas cuarenta y cinco mil bajas, pero una vez más había demostrado á las naciones todas del mundo, su valor, su resistencia, y la admirable disciplina y espíritu de sacrificio que anima á sus soldados.

La batalla de Mukden duró catorce días. Combatieron en ella unos setecientos cincuenta mil hombres apoyados por el fuego de más de dos mil cañones, y todo el mundo creyó que decidiría de la suerte de la guerra.

CAPÍTULO XIII

Resultados de la batalla de Mukden. — Retirada desastrosa.—Ocupación de Tieling.—Hacia el Norte.—Destitución de Kuropatkin.—Linievitch generalísimo.—Por qué se le nombró.—Retirada hacia Kirín.—Cesa la persecución.—Los japoneses descansan y se preparan.—Continúa la guerra.

Tanto como en resultados materiales fué fecunda la batalla de Mukden en consecuencias morales.

En primer lugar, hizo que en Rusia comprendieran todos, nobles y mujiks, tontos y listos, que los japoneses habían ganado la partida de un modo absoluto y que únicamente á costa de grandes sacrificios se podría alcanzar una paz honrosa.

En segundo lugar, hizo que los banqueros y particulares franceses, que hasta entonces habían sido los cajeros de los rusos, perdieran toda confianza en el triunfo de éstos, y se negaran, como consecuencia de ello, á cubrir un nuevo empréstito de 500 millones que el Gobierno del Neva había solici-

tado de Francia, dejando de esta manera á Rusia en una situación muy comprometida.

En tercer lugar, mejoró de tal modo el crédito de los japoneses, que éstos pudieron levantar un empréstito al interés corriente. Los mercados de Londres y New York tomaron casi por entero esa comisión, y aun se dice que muchos banqueros alemanes habían ofrecido en buenas condiciones dinero en abundancia.

En Europa, donde se esperaba, dados los refuerzos que había recibido Kuropatkín, que los rusos ganarían por fin una batalla, el efecto resultó deplorable y se perdió la poca confianza que aun inspiraban los moscovitas.

Y á pesar de la censura, á pesar de todas las trabas que el Gobierno la impone, la prensa rusa se mostró, durante unos días por lo menos, partidaria de la paz. Hasta la *Novoié Vremia* afirmaba que era preciso hacer la paz antes de que ocurriera un nuevo desastre.

El Czar empezaba á vacilar, ó por decirlo mejor, vacilaban sus consejeros que tan pésimas resoluciones le habían sugerido hasta entonces. Se dijo que, no atreviéndose á proponer por su cuenta que se firmara la paz, convocaría rápidamente la asamblea de los zemstvos á fin de que en su calidad de representante de todas las clases sociales de Rusia, decidiera si había que continuar la guerra ó propo-

ner la paz. De tal manera, sin que aparentemente hubiese cambiado de parecer Nicolás II, se conseguía terminar la lucha en mal hora provocada.

Parecía la paz la solución más acertada. Los japoneses, en vez de hacer lo que en otras ocasiones, perseguían al ejército vencido con gran decisión y rapidez, y los cañones de Nodzu y Kuroki causaban estragos en las filas rusas. Predijeron los críticos militares que Kuropatkín haría frente á sus enemigos en Tieling, y no acertaron.

El ejército ruso estaba desmoralizado por completo. Había vivido durante cuatro meses en cuevas, mal alimentado, peor abrigado, padeciendo lo indecible. Había esperado con paciencia, aunque sin ningún entusiasmo, la llegada de los refuerzos que poco á poco venían de Europa, pensando que quizá alcanzaría por fin una victoria que pusiera término á la campaña, y en vez de esto, como de costumbre, había sido preciso batirse en retirada, soportar los efectos de una nueva y más tremenda derrota, huir, huir hacia el Norte perdiendo más de la mitad de la artillería, todas las municiones, todas las provisiones con tanta dificultad reunidas; abando-

nando en el campo de batalla á más de 75.000 compañeros y dejando en poder del enemigo más de 45.000 hombres. ¡Un ejército que el 20 de febrero contaba 350.000 soldados, había quedado reducido á menos de 200.000 á mitad de marzo! ¡Y todo por la impericia de los jefes, por culpa de los robos cometidos por los funcionarios altos y bajos!

¿Cómo podían tener confianza en sus generales unos soldados que desde que se inició la campaña no habían hecho más que retroceder, que huir, siendo tan bravos como sus formidables adversarios? ¿Cómo exigir que afrontaran de nuevo el granizo de shrapnels, las cargas á la bayoneta, el tremendo fuego de fusilería después de seis días de marcha, de retirada, de huída? Algunos regimientos que habían padecido poco en la batalla de Mukden, esperaron á pie firme á los japoneses junto á Tieling, queriendo disputarles los desfiladeros; pero la gran masa continuó su retirada, continuó su huida, queriendo poner enorme distancia entre ellos y los nippones, esperando llegar á un refugio seguro donde les fuera permitido restaurar sus fuerzas.

Se trabó el combate cerca de Tieling y volvió á ocurrir lo de siempre, lo que parecía decretado por los hados, lo que no podía variar: los rusos se retiraron en desorden después de perder mucha gente, y continuó la persecución y el gran ejército de Kuropatkín, convertido en una horda de hombres des-

La evacuación de Mukden

moralizados, desesperados, airados contra sus jefes, marchó hacia el Norte, abandonando con gusto aquellas tierras de Manchuria, que para ellos parecían malditas.

Esta nueva derrota desprestigió por completo á Kuropatkin y de pronto comprendió Nicolás II que había confiado la fortuna de su nación y la suerte de su ejército á un general que no había nacido para mandar en jefe. Y sin emplear siquiera la forma de cortesía acostumbrada, le ordenó que resignara el mando en manos del general Linievitch y que tomase la vuelta de Rusia. ¡Cuán distinta la vuelta de la ida! ¡Entonces acudía la gente á las estaciones para ver pasar al futuro vencedor de los japoneses, los popes le entregaban iconos milagrosos, el metropolita Antonio le bendecía, el emperador le abrazaba, presentaban las armas los soldados, las músicas tocaban el himno nacional y una gran muchedumbre le aclamaba con entusiasmo delirante! Ahora viajaría solo, llevando aún en el rostro y en el traje las señales del vencimiento; como ya no tenía autoridad ninguna, nadie saldría á saludarle y quizá en alguna estación de Rusia un grupo de mujeres desesperadas le preguntaría: —¿Qué has hecho de nuestros hijos?—Y el Czar podría preguntarle: —¿Qué has hecho de mis ejércitos?—Y los hermanos, los padres, los hijos de los doscientos mil hombres que él hizo morir sin glo-

ria, le insultarían. ¡Y tendría que padecer y sufrir aquellas humillaciones supremas!

Menos indigno que Alexeieff, más sensible, pidió y obtuvo el puesto que el nombramiento de Linievitch dejaba vacante. Ya que no pudo vencer como jefe, podía morir siquiera como un soldado, sirviendo así á su patria en la medida de sus fuerzas. Su resolución le hace perdonar casi sus errores.

No bastaba haber destituído á Kuropatkin; era necesario buscarle un sucesor. El Czar llamó al gran duque Nicolás y le ofreció el mando en jefe. Su primo rehusó diciendo que no se sentía con fuerzas para empresa tan ardua. Llamó después á los generales Sukolminoff y Godrekoff, que tampoco aceptaron. A Dragomirov le impedían tomar el mando su vejez y sus achaques.

En realidad es que todos veían la causa rusa perdida y no querían la responsabilidad del desastre final.

Se acordó dejar á Linievitch al frente de las tropas que mandaba interinamente, y así fué nombrado general en jefe un hombre de grande energía,

muy querido de los soldados, pero que quizá no reune condiciones bastantes para tan alto mando.

No había sido posible defender la posición de Tieling y no convenía, á juicio de los rusos, continuar la retirada hasta Kharbin. Lo mejor que se podía hacer era detenerse en Kirín y reorganizarse. Continuó, pues, la retirada hasta cerca de dicha ciudad. La línea del Sungari ofrecía excelentes posiciones para la defensa; Linievitch mandó ocuparlas y empezó en ellas el improbo trabajo de la reorganización de su ejército.

Los japoneses, por su parte, no podían tampoco continuar la persecución, pues estaban rendidos por el esfuerzo casi sobrehumano que habían realizado desde el 24 de febrero al 18 de marzo. El mariscal Oyama hizo detener la marcha de sus columnas y empezó un período de reposo. El ejército vencedor necesitaba municionarse, y antes de atacar de nuevo á sus adversarios, quería tener pronta la artillería de grueso calibre que tan buenos resultados dió en la batalla de Mukden.

Algunos críticos han extrañado que la persecución de los japoneses no hubiese sido más eficaz. ¿Cómo hacerlo sin disponer de grandes contingen-

tes de caballería? Si las derrotas de Waterloo y Sadowa fueron tan completas y decisivas, se debió á que la caballería prusiana cargó durante horas enteras, desbaratando regimientos y batallones. Los japoneses no disponían de un contingente bastante grande de caballería, su infantería estaba tan cansada como la rusa y no podían hacer más de lo que hicieron.

Después de tres semanas de reposo parece que el 18 de abril han vuelto á ponerse en marcha sus tropas. ¿Atacarán de nuevo al ejército vencido en Mukden? ¿Se encaminarán gran parte de las fuerzas japonesas hacia el Este, en demanda de Vladivostok y Sakhalín?

Una cosa resalta, clara é indudable: que la guerra continúa; que el Czar no quiere darse á partido y prefiere causar más víctimas, provocar nuevas catástrofes, gastar más dinero, sin fijarse mucho en las consecuencias que esto ha de tener para su país, que firmar una paz que considera humillante y que pone en evidencia el tremendo error que cometió permitiendo que sus consejeros provocasen la guerra.

¿Qué ventajas reportará el gobierno del Czar continuando la lucha? Difícil es decirlo. Esperar una gran victoria antes de que pase mucho tiempo

es casi imposible. Los japoneses, al emprender la campaña, sabían perfectamente lo que podía ocurrirles. No sólo prepararon tropas y recursos para unos meses sino para unos años. En la actualidad instruyen en el Japón á más de 150,000 reclutas. Cuando Rusia vuelva á tener un ejército tan numeroso como el que mandaba Kuropatkín antes de Mukden, y para esto han de transcurrir más de seis meses, sus adversarios tendrán todavía la superioridad numérica.

La continuación de la guerra amenaza costar á Rusia la pérdida de sus provincias marítimas de Asia, cosa que se evitara firmando la paz después de la caída de Port-Arthur, como se firmó al capitular Sebastopol.

CAPITULO XIV

Esperanzas de los rusos.—La escuadra de Rodjestvenski.—La escuadra de Nebogatoff.—Los refuerzos á Linievitch.—Quietud de los japoneses.—Inacción extraña.—La escuadra de Togo.—La agitación revolucionaria en Rusia.—Represión sangrienta en Varsovia.—¿El desquite?

El pueblo ruso abominó desde el primer momento de una guerra sostenida en un país desconocido contra una raza más desconocida aun. El buen sentido que en ocasiones tienen las masas les hacía adivinar que no se trataba de una guerra sostenida en defensa propia ni de una lucha necesaria, ni siquiera de un empeño de honor, sino de una lid sangrienta emprendida para satisfacer la sed de oro de unos cuantos ambiciosos que querían ganar millones á costa de la vida de dos pueblos desdichados. El desarrollo de las operaciones, los desastres que se sucedieron unos á otros con regularidad implacable, la destrucción de la escuadra de Port-Arthur, patentizando la ineptitud de los jefes

del ejército y de la marina, hicieron que los ciudadanos rusos aborrecieran más aun, de ser esto posible, la guerra que les llevaba ó que llevaba á sus deudos y amigos á morir en regiones inhospitalarias por una causa aborrecida. Soportaron, pues, la guerra como se soporta una nueva calamidad que se suma á las muchas de esta vida; pero ni por un momento fundaron ninguna esperanza en ella, ni pensaron que era posible un desquite de la larga serie de reveses padecidos. Victoria ó derrota, lo mismo daba para ellos: siempre era un combate y un combate implica miles de víctimas sacrificadas fríamente, únicamente por la voluntad de dos jefes sin corazón.

Pero en la sociedad rusa hay otros hombres además de los que viven de su trabajo: los que disfrutan del trabajo ajeno. Y esos hombres, que por una aberración inconcebible de otros muchos, son los que mandan y disponen á su antojo de las fuerzas todas de la nación, creían que estaba empeñado su honor ¡cuán menguado! en la lucha con el Japón y que era necesario hacer un esfuerzo heroico—«el último hombre y el último kopek» de siempre—para obtener la victoria final.

Apenas pasada la primera brutal impresión que produjo la derrota de Mukden, esos hombres reaccionaron. Aconsejando á Nicolás II que enviase nuevos refuerzos á Manchuria, imaginaron que la

culpa de lo ocurrido hasta entonces se debía á la torpeza é indecisión de Kuropatkín y que el nuevo general en jefe era hombre capaz de vencer la contraria suerte. Le enviaron, para infundirle más confianza sin duda, un general tan viejo como él, Baianov, y esperaron confiados en lo porvenir. El descanso que les concedían los japoneses debió de parecerles de buen agüero y á fines de abril se había recobrado la confianza, perdida en tantas y tan repetidas ocasiones, pero que renace siempre según se ve.

La escuadra del almirante Rodjestvenski, apareciendo de pronto en el mar de la China, produjo un efecto grandísimo, y los periódicos patrioteros, que tanto daño han causado y causan, afirmaron que la victoria de las armas rusas era segura y que los japoneses llevarían su merecido. Se publicó relaciones fantásticas de las fuerzas que contaba la escuadra del Báltico. En todas aquellas se daba como por muy superior la escuadra rusa á la japonesa; todos los cruceros se convertían en acorazados; se prescindía por completo del valor de torpederos y destructores; nadie se acordaba de que sólo cuatro de los acorazados de Rodjestvenski podían considerarse como tales, pues los otros tres no reunían ninguna buena condición. Se descontaba la victoria del almirante ruso, se le otorgaba por adelantado el dominio del mar y se aseguraba que

Linievitch podría tomar muy pronto la ofensiva y que el ejército de Oyama, sin municiones, sin víveres, debería batirse en retirada, volver á repasar el Yalú y encerrarse en Corea, donde poco á poco iría aniquilándose.

Cuando se supo que la división mandada por el almirante Nebogatoff se había reunido á la escuadra del Báltico, el entusiasmo, real ó ficticio, de esos periódicos no reconoció límites. Sin recordar que la última división sólo contaba con un acorazado y tres viejos guardacostas, que son veteranos de la guerra de Secesión, se hablaba corrientemente de 14 acorazados rusos, los cuales tenían una superioridad aplastante sobre los buques de Togo.

Sólo una voz se levantó para hablar en nombre de la razón. En un periódico revolucionario ruso apareció un escrito atribuído á un jefe de la marina rusa. He aquí algunos de sus párrafos:

«No hay quien no desee la victoria de la escuadra rusa. Pero son muy pocos los que, conociendo las condiciones de los buques que van al encuentro de los japoneses, crean probable una victoria á menos de ocurrir un verdadero milagro.

»Nuestros buques no son, por su construcción, tan fuertes como los de los japoneses. No tienen homogeneidad ninguna. Unos son viejos, otros nuevos. Unos veloces, otros muy tardos; y éstos estorban la marcha de aquéllos. Las tripulaciones

distan mucho de ser escogidas. Si no llegan muy pronto á Vladivostok se exponen á quedar sin carbón, y navegando por los mares de la China y del Japón pueden perder fácilmente los buques carboneros que les dan el necesario combustible.

»Si penetran en Vladivostok sin haber derrotado la escuadra japonesa, su suerte será la misma que la padecida por los buques de Port-Arthur. Los japoneses aprovecharán sus torpederos y destructores para destruir algunas grandes unidades de combate y las demás ya no podrán hacer frente á los cinco grandes acorazados de Togo y á sus ocho magníficos cruceros blindados.

. . . . . .

»Más que en las condiciones de las naves que van á empeñar un combate quizá decisivo con los japoneses, hay que confiar en la pericia, en la inteligencia y en la buena suerte de su almirante. Pero no se olvide ni por un momento que la escuadra nacional, antes de llegar á Vladivostok ó de poder combatir con la de Togo, ha de pasar por mares muy peligrosos, muy favorables para los ataques de torpederos y destructores, y sépase que el enemigo tiene más de ochenta de esos buques rápidos y que seguramente los sacrificará gustoso para destruir dos, tres ó cuatro de nuestras grandes unidades de combate.

»Hay que tener presente otra cosa: que el enemi-

go está perfectamente enterado, hora tras hora, de las evoluciones y marcha de nuestra escuadra, y que, probablemente, le pasa á Rodjestvenski lo propio que á nosotros; que no sabe en absoluto la situación de los buques japoneses. Por la experiencia dolorosa de lo que ha ocurrido á nuestro ejército, se puede comprender la inferioridad que representa esta carencia de noticias de la situación del enemigo, pues en muchas ocasiones hace empeñarse el combate á ciegas, y cuando se cree que se va á dar una sorpresa se cae en una emboscada.»

Mientras tantas y tan halagüeñas esperanzas se concebía acerca de lo que iba á ocurrir en el mar, estaban paralizadas por completo las operaciones de ambos ejércitos. Linievitch continuaba recibiendo refuerzos y organizando su ejército para una nueva batalla, levantando obras de defensa que apoyasen la acción defensiva de sus tropas; pero los japoneses no daban siquiera señales de su existencia. Todos los planes que se les atribuía quedaban sin realizar. Ni avanzaban hacia Kharbín ni hacia Kirín. El ejército fantasma de Kanamura, que se decía en marcha hacia Vladivostok, no pa-

recía por ninguna parte. Y esto, que alentaba las esperanzas de los irreflexivos, aturdía y desconcertaba á la gente sesuda.

Es indudable que desde el principio de la guerra los japoneses supieron disimular con tanta habilidad sus movimientos, y más aun sus intenciones, que los rusos fueron cogidos siempre de sorpresa. Y ahora ocurría lo mismo que al principio de la campaña. El plan del Estado Mayor japonés no logró adivinarlo nadie, y la lentitud con que procedían las tropas encargadas de la conquista de la Manchuria desconcertaba al más hábil estratega.

Se dijo que Oyama esperaba, para reanudar sus operaciones, la noticia de un gran combate naval. Pero se dijo asimismo, pocos días antes de la batalla de Liao-Yang, que no se empeñaría un combate formal hasta haber tomado Port-Arthur, y los hechos desmintieron las suposiciones. Otros creyeron que proseguían secretamente las negociaciones para la paz. Algunos corresponsales telegrafiaron que unos 30,000 japoneses habían atravesado la Mongolia. Todo eran suposiciones; todo se convertía en materia opinable; pero lo único cierto era que nadie sabía una palabra de la situación de las fuerzas japonesas.

Pero el mariscal Oyama no había perdido el contacto con las fuerzas enemigas, y era evidente que en cuanto quisiera podía empeñar una nueva batalla.

De todos modos, los críticos militares extrañaban la inacción prolongada de las tropas japonesas, y no fueron pocos los que tomaron por síntoma de debilidad lo que probablemente era señal de meditada y larga preparación para algún golpe imprevisto.

El Emperador ó sus consejeros ó sus ministros, porque esto no se puede nunca saber á punto fijo, no querían conceder las reformas con tanta insistencia y tanto afán pedidas. No se dejó nunca de prometerlas; pero jamás se quiso darlas.

De cuando en cuando aparecía en el *Mensajero Oficial* una comunicación del Gobierno dando cuenta de que se había nombrado una comisión para dictaminar acerca de cuáles reformas eran más urgentes, ó para anunciar que tan pronto como estuviese restablecido el orden por completo se procedería á los trabajos preparatorios para la convocación de la Asamblea de los Zemstvos, ó avisando que se nombraría varios delegados obreros para que, de acuerdo con los patronos, indicaran de un modo claro las reformas que más necesarias se consideraban. Pero ninguna de estas medidas producía un resultado práctico y era evidente

que Nicolás II trataba tan sólo de ganar tiempo para ver si así podía conservar, contra viento y marea, un poder absoluto del que tan mal uso hizo.

El método no podía ser peor tratándose de un pueblo cansado ya de su larga servidumbre y que parecía dispuesto á no padecerla por más tiempo.

Pocos días antes del 1.º de mayo recrudecieron las huelgas y circularon fatídicos rumores. Se decía que los obreros estaban dispuestos á dejarse matar por las tropas, que se había preparado un formidable plan revolucionario y que de nuevo correría la sangre por las calles de San Petersburgo.

Nada de esto resultó verdad. En cambio hubo una nueva hecatombe en Varsovia. La policía disparó sobre unos manifestantes, intervino la tropa é hizo fuego por descargas y á discreción, matando á más de cincuenta obreros é hiriendo á unos 300. Uno de los manifestantes, que escapó sano y salvo, repelió la brutal agresión de una manera más brutal aun: lanzando una bomba, que mató á varios soldados y agentes de policía. En los barrios obreros se recibió á los soldados á pedradas, á tiros, gritando injurias contra el Czar y contra Rusia. Y hubo escenas terribles y quedó Varsovia convertida en un campo de batalla.

Reprodujéronse las huelgas al saberse la nueva hecatombe hecha por orden del Gobierno. En Lodz, donde ya se trabajaba, declaráronse en huelga más

de 75.000 operarios. En Moscou y en otras poblaciones estallaron motines formidables, y en Kitchinev hubo matanzas y saqueos.

La situación económica empeoraba cada día; los franceses, escarmentados por los antiguos empréstitos, no se decidían á dar más dinero, y de un modo lento bajaba el valor del consolidado ruso, al mismo tiempo que subía el del papel japonés.

Un hombre inteligente y de gran corazón, el príncipe Trubetzkoi, presidente del zemstvo de Moscou, publicó un artículo de gran resonancia en el *Russkija Viedomosti*. Estaba inspirado el artículo en una frase del Libro Blanco japonés, publicado á fines de abril de 1905, que trata de las negociaciones entabladas entre Rusia y el Japón antes de estallar la guerra. Durante largos meses, mientras el Japón se armaba de un modo febril, movido de su orgullo nacional, el gobierno ruso, inconsciente del peligro que le amenazaba, se entretenía en demorar y embrollar las *futiles negociations* que hacían inminente una guerra para la cual Rusia no estaba preparada.

«La lección ha sido grave, escribía el príncipe Trubetzkoi; pero, á lo que parece, no se ha sabido aprovechar. No ya el Japón, sino el país ruso, la sociedad rusa, se levanta contra la burocracia dominante; y ante nuestros ojos se comete el mismo error terrible. Vemos las mismas *futiles negocia-*

tions de las varias comisiones é instituciones burocráticas, nombradas para estudiar las necesidades de la vida social y política rusa; vemos la misma tendencia funesta que tira á tratar de soslayo toda solución franca y salvadora. Se advierte la misma fatal incertidumbre de criterio, el mismo desdén por la gravedad de la situación, la misma desdichada ignorancia de las necesidades del Estado y del pueblo. Todos los hombres sensatos á quienes importa «la seguridad de la patria» no menos que la propia seguridad personal, deben reconocer que es necesario acudir cuanto antes al remedio, que no hay tiempo que perder, y que las sencillas promesas no acompañadas de un paso decisivo hacia la consecución de las reformas, no serán capaces de evitar nuevas é innumerables víctimas y nuevas catástrofes delictuosas.

»El viejo régimen ha quedado definitivamente juzgado después de las derrotas en el exterior y de la anarquía que ha estallado en todas las provincias rusas. El tribunal inapelable de la historia lo ha condenado y Rusia entera confirma la sentencia. Pero todavía no ha sido substituído por otro régimen; la primera piedra del nuevo sistema político no se ha colocado aún. Lo viejo se arruina rápidamente y sin tregua á la vista de todos, y en su lugar avanza la anarquía que, partiendo de todos lados adquiere fuerza tremenda. Ayer se hablaba de

revolucionarios que instigan al pueblo al saqueo y al incendio; hoy se habla ya de reaccionarios que hacen propaganda en favor de la guerra civil, de la justicia sumaria hecha por el pueblo para castigar á los «inteligentes»... ¿Qué viento de locura sopla en la mente de los estadistas rusos? Se puede querer la ruina del viejo régimen, pero no la completa derrota del orden, de la paz interna, de todas las instituciones sociales.

»Ante el general cataclismo es preciso que aparezca una actividad creadora que eche sin descanso, no con palabras, sino con actos, los cimientos de un nuevo orden de cosas...»

Tales eran las profecías que los hombres más inteligentes de Rusia hacían acerca de los peligros que amenazaban á su patria. Los políticos de otras naciones formulaban juicios más pesimistas todavía, y, á pesar de tantos y tan claros avisos, el Gobierno hacía oídos de mercader y se empeñaba en proseguir la guerra.

La aparente inactividad de la flota y del ejército japonés hacía creer en la posibilidad de un desquite sonado, tanto más tremendo como más tardío.

He aquí cómo razonaban los optimistas: «La es-

cuadra de Rodjestvenski puede alcanzar, es casi seguro que alcanzará, una victoria sobre la escuadra enemiga, y entonces, como por un golpe de varita mágica, cambiará el aspecto de la guerra. Dueños los rusos del mar, los japoneses serán derrotados también por tierra y la reconquista de la Manchuria será cuestión de meses.»

Los japoneses razonaban de muy distinto modo: «Es muy poco probable que Rodjestvenski pueda batir á la escuadra de Togo; pero es posible. Mas hay que pensar que, en tal caso, la misma escuadra rusa saldría tan maltrecha del combate que, durante muchos meses, no podría impedir la navegación por el mar Amarillo. La distancia entre Fusán y Nagasaki es tan corta, que siempre habría manera hábil de enviar municiones y soldados al Continente. Las bases marítimas de los japoneses son tantas en Manchuria, que no hay posibilidad de que una escuadra que sólo tiene la de Vladivostok pueda cortar la comunicación entre la patria y sus ejércitos. Así, pues, aun cuando la marina japonesa padeciese un revés, nuestro ejército proseguiría su marcha victoriosa.»

El desquite no parecía, por lo tanto, muy probable.

A primeros de Mayo se decía que los japoneses estaban desembarcando un nuevo ejército en Co-

rea, al norte de Gensán. Debía tomar su mando el general Hasegawa, jefe que había sido de la guardia imperial. El nuevo ejército avanzaría hacia Vladivostok al mismo tiempo que Oyama, marchando contra Linievitch, cortaría el Transiberiano, dejando así aislado Vladivostok como lo quedó Port-Arthur después de la toma del istmo de Kin-chau.

La situación de Rusia era, pues, muy precaria y parecía que sólo un milagro podía mejorarla. ¿Se realizaría tal milagro?

CAPITULO XV

Rodjestvenski en el mar de la China.—Sus escalas en las bahías de Camrah y de Honkhoe.—Reclamaciones del Japón.—La prensa inglesa.—Francia da satisfacción al Japón.—Marcha de la escuadra rusa hacia Vladivostok.—Fuerzas exactas de las dos flotas.—Dónde estaban los japoneses.—Los tres estrechos.—Elección fatal.—El 27 de Mayo.—Batalla naval.—Derrota completa de los rusos.—Pérdida de todos sus acorazados y sus cruceros acorazados.—Rodjestvenski, herido y prisionero; Nebogatoff, prisionero.—Entusiasmo en el Japón.—Estupor y tristeza en Rusia.—Los franceses aconsejan la paz.—Resultados de la batalla de Tsushima.

Hemos dicho en capítulos anteriores, que tan pronto como se supo en Rusia el tremendo desastre de Mukden, el Czar dió orden á Rodjestvenski de avanzar con su escuadra hacia el mar Amarillo. No se supo en Europa, como era natural, esta orden, y cuando, á primeros de Abril, apareció en el estrecho de la Sonda la escuadra rusa y pasó en orden de marcha por delante de Singapoor, dirigiéndose evidentemente en demanda de algún puerto de la Indochina, la sorpresa fué general y renacieron las

esperanzas de cuantos creían posible todavía que Rusia, después de tantas derrotas sufridas, obtuviera un clamoroso desquite y venciera á los japoneses.

La prensa europea y norteamericana, creían que el almirante ruso, provisto como estaba de carbón y de municiones de boca y guerra, marcharía en derechura al encuentro de la escuadra enemiga. Imaginaban también muchos críticos, que el almirante Togo saldría á recibir á los rusos en pleno mar de la China para darles batalla y evitar los posibles bombardeos de algunas ciudades de la costa japonesa, si las naves rusas llegaban á entrar en el mar del Japón.

Se equivocaron de medio á medio. Ni Rodjestvenski marchó con decisión hacia el norte, ni Togo bajó hacia el sur.

La escuadra rusa se dirigió hacia la bahía de Camrah y allí embarcó gran cantidad de provisiones frescas, carboneó con toda holgura sus buques de alto bordo, limpió fondos y permaneció allí dieciocho días á despecho de las reglas de neutralidad.

El gobierno del Japón, por medio de su embajador, protestó enérgicamente de la conducta de Francia, y entonces, el ministro de Negocios Extranjeros de la República dió orden al almirante Jonquieres de avisar á Rodjestvenski de que debía salir de las aguas territoriales francesas.

La prensa inglesa, que decididamente quería el aniquilamiento de la escuadra rusa, atacó duramente al gobierno francés diciéndole que quebrantaba las reglas de la neutralidad, y que, de seguir por tal camino, á pesar de la amistad que reinaba entre Francia y el Reino Unido, si el Japón consideraba la conducta de Francia como un *casus foederi*, Inglaterra se vería precisada á prestar ayuda enérgica á su aliada. Los japoneses, por su parte, mostraron gran indignación por la conducta de Francia, y se habló nada menos que de suspender toda relación comercial entre Francia y el Japón. El *Jiji Shimpo* dijo que hartas pruebas de paciencia había dado el Japón no quejándose de la prolongada permanencia de la escuadra rusa en aguas de Madagascar, para que ahora tolerara esa nueva y más grave infracción de las reglas de la neutralidad internacional, infracción que resultaba en perjuicio de los japoneses, puesto que permitía que sus enemigos repusieran provisiones y aguardaran tranquilamente los refuerzos que traía el almirante Nebogatoff de Europa. La situación política internacional parecía, pues, á punto de complicarse de un modo grave. Toda la escuadra inglesa de los mares de Oriente, compuesta de más de ochenta buques, se concentró en Hong-Kong, y durante dos días y dos noches todos los buques estuvieron bajo presión á punto de marchar allí donde fuese necesaria su presencia.

Se conoce que el gobierno ruso, quizá por sugestiones del francés, dió orden al almirante Rodjestvenski de que fuera á aguardar en otro punto la segunda división de la segunda escuadra y así se hizo, y al mismo tiempo, Francia aseguró al embajador del Japón que si la escuadra rusa había permanecido tanto tiempo en la bahía de Camrah, era á despecho de las órdenes transmitidas á las autoridades de la Indochina, y que, en lo sucesivo, no habría motivo para nuevas reclamaciones.

La escuadra del Báltico había partido efectivamente hacia el sur, y al cabo de pocos días, verificaba su reunión con los buques mandados por Nebogatoff. Parecía entonces que reforzada de aquel modo, debía ya avanzar hacia el mar del Japón ó hacia el Océano Pacífico, pero el almirante Rodjestvenski lo entendió de otro modo, y cuando todo el mundo le suponía en pleno Pacífico, se supo que su escuadra estaba en la bahía de Honkhoe desde cuatro días antes y que no llevaba trazas de salir de allí.

Nuevas reclamaciones y más enérgicas del Japón. Nuevas satisfacciones de Francia. El almirante Jonquieres salió á bordo del «Guichen» hacia Honkhoe, y allí dió verbalmente la orden de marcha á los rusos.

Ya no cupo entonces duda de que se aproximaba el momento crítico. Los rusos tenían que ir al en-

General en jefe de los ejércitos rusos

El almirante Rodjestvenski

cuentro del enemigo, puesto que aseguraban querer librar batalla, ó que marchar hacia Vladivostok, evitando la escuadra japonesa. De ésta nadie sabía una palabra. Desde que zarpó de Sasebo, el 6 de Abril, al saber que la escuadra del Báltico había llegado á las costas de la Indochina, ni los periódicos del Japón, ni los ingleses, ni los franceses, supieron una palabra de los movimientos ni del plan de campaña de la flota del Mikado. Unos suponían que no se había movido de las costas japonesas, decían otros que había marchado hacia el norte, apostándose en alta mar, frente á Vladivostok, para librar allí batalla á los rusos; pero todo eran suposiciones, y en esta ocasión, como siempre que se trató de una gran batalla terrestre, tenían los japoneses la enorme ventaja de saber con exactitud la situación del enemigo, sin que éste supiera, ni aproximadamente, la de ellos.

Las fuerzas exactas de una y otra escuadra, á pesar de cuanto se dijo en contrario, y queriendo suponer que la escuadra rusa era mucho más potente que la japonesa, eran las siguientes:

Los rusos tenían ocho acorazados de combate, cuatro de 13.730 toneladas, uno de 8.880, uno de 10.560, uno de 10.370 y uno de 9.800; tres cruceros acorazados, uno de 8.630, uno de 6.200 y uno de 5.750; tres guardacostas de 4.200 toneladas cada uno, y seis cruceros protegidos, dos de 6.800 tone-

ladas y cuatro de 3.400. Todos estos buques formaban un conjunto de 158.440 toneladas. Los tripulaban 11.050 marineros y oficiales, y llevaban 53 cañones de grueso calibre, 162 de mediano y 546 de pequeño calibre. Disponían entre todos de 86 tubos lanzatorpedos.

Los japoneses tenían tres acorazados de 15.400 toneladas, uno de 12.600 y uno de 7.330; ocho cruceros acorazados, seis de ellos de 9.900 toneladas y dos de 7.700; un guardacostas de 3.800, y diecisiete cruceros protegidos. De éstos había dos de 5.000 toneladas, cuatro de 4.300, siete de 3.420, dos de 1.500 y uno de 1.250. Tripulaban estos buques 15.073 marineros y oficiales, y disponían de 68 cañones de grueso calibre, de 313 de mediano, de 492 de pequeño y de 111 tubos lanzatorpedos.

Una y otra escuadra tenían á su disposición varios buques auxiliares cuyo número no ha podido fijarse bien. Los rusos tenían, además, ocho contratorpederos y siete torpederos de alta mar. Los japoneses, en cambio, disponían de más de cien unidades de este género, lo cual representaba una ventaja enorme para ellos. La velocidad de ambas escuadras era casi igual por lo que hace á los grandes acorazados, pero en los cruceros blindados, tenían una superioridad enorme los japoneses sobre sus enemigos, pues sus ocho unidades podían marchar á razón de 20,7 millas, y los rusos únicamente á razón de 16.

Pasaron cinco ó seis días sin que la escuadra rusa apareciera por ninguna parte. Algunas agencias telegráficas dijeron el día 23 de Mayo que se había librado un combate en las cercanías de las islas de Pescadores, pero la noticia resultó inexacta del todo. El 25 se supo de un modo oficial que la escuadra del Báltico había pasado por Formosa dos días antes, y el 28 llegó á Roma, á la redacción de *La Tribuna* un telegrama, el primero, que daba cuenta de la derrota de la escuadra rusa en el estrecho de Corea.

Pocas horas después, las demás agencias telegráficas confirmaban la noticia. De los tres estrechos que tenían á su disposición los rusos para entrar en el mar del Japón, el de Corea ó Tsushima, el de Tsuguru y de La Perouse, Rodjestvenski había escogido el primero. Era el camino más corto para llegar á Vladivostok; el más expuesto también. Pero como Rodjestvenski había dicho tantas veces que quería dar batalla al enemigo, nadie extrañó la noticia, y los partidarios de Rusia creyeron que la batalla había sido favorable á los moscovitas.

Veinticuatro horas después, se sabía de un modo indudable que la escuadra rusa había sido derrotada por completo con pérdidas enormes; que únicamente tres buques de pequeño tonelaje, los más veloces, habían conseguido llegar á Vladivostok; que el combate había sido mortífero; que una di-

visión compuesta de dos acorazados y dos guarda-costas, mandada por el almirante Nebogatoff, se había rendido casi sin combatir, á los japoneses, junto á las islas de Liancourt; que todos los demás acorazados rusos y los cruceros acorazados, se habían ido á pique; que el almirante Rodjestvenski estaba herido y prisionero, y que los japoneses habían capturado á más de tres mil tripulantes rusos.

Aun cuando en los primeros momentos se trató en San Petersburgo de desvirtuar las noticias desastrosas que llegaban del teatro de la guerra, hubo que rendirse á la evidencia y confesar el desastre. ¿Cómo había ocurrido éste?

El 27 de Mayo á las ocho de la mañana, uno de los cruceros protegidos japoneses más veloces, el *Takasayo*, avisó por medio de la telegrafía sin hilos al almirante Togo, que la escuadra rusa, formada en dos columnas de marcha, avanzaba hacia el estrecho de Corea. El almirante japonés, que tenía reunidas todas sus divisiones, avanzó hacia el sur de Tsushima, y en la altura noreste de la isla Ikishima, avistó á la escuadra enemiga.

El almirante ruso, que creía haber despistado á su adversario, imaginó al principio que sólo tendría que batirse contra una división de cruceros, y avanzó resueltamente hacia ellos. Eran las tres y diez minutos de la tarde, cuando el *Borodino*, que iba

á la cabeza de la división de acorazados, abrió e fuego contra la escuadra de cruceros japoneses. Estos retrocedían disparando con sus piezas de grueso calibre, y pronto desaparecieron entre la niebla. Un brusco salto del viento hizo que se levantara la niebla, y entonces apareció toda la escuadra japonesa formando un enorme semicírculo y cerrando el paso á las columnas rusas.

La formación en que los japoneses sorprendieron á los rusos, no podía ser más fatal para estos últimos. Durante más de cuarenta minutos, el fuego de quince buques japoneses convirgió sobre el *Osliablia* y el *Borodino* que quedaron maltrechos y fuera de combate. Después, por concentraciones sucesivas de fuego, inutilizó Togo el *Kniaz-Suvaróff* y el *Alejandro III.* A las cuatro cincuenta de la tarde, la escuadra rusa había perdido por completo su formación, y los jefes de buque y las tripulaciones no pensaron ya en luchar por la victoria sino por la vida. Avanzaban sin embargo y los japoneses retrocedían, y gracias á la marcha superior de sus naves, el almirante Togo proseguía el combate á larga distancia, causando cada vez más daño al enemigo.

Durante la primera parte del combate los rusos habían tenido que tirar siempre de cara al sol, y como el mar estaba muy alborotado y los artilleros no tenían costumbre de tirar sobre blancos movi-

bles, su fuego era ineficaz y en cambio era mortífero el de los japoneses. A las siete y media de la tarde, el *Borodino* y *Suvaroff* estaban á punto de irse á pique; los cruceros de mayor andar habían desaparecido, y los guarda-costas y acorazados de poco tonelaje estaban acribillados á balazos.

Entonces empezó la segunda parte de la batalla. Aparecieron por todas partes torpederos y cazatorpederos japoneses que atacaron á su vez á los rusos. Estos, haciendo jugar los reflectores, denunciaban su posición exacta, y una vez conocida, y despreciando el peligro, los torpederos se acercaban y lanzaban sus torpedos. A las diez de la noche se habían hundido en el mar el *Borodino*, el *Suvaroff*, el *Alejandro III* y el *Vladimir Monomach*.

Al amanecer del día 28 vieron los japoneses á cinco grandes buques rusos que estaban junto á las rocas de Liancourt. Dirigiéronse seis cruceros acorazados á atacarles, y vieron con asombro que en vez de contestar á su fuego, recibían en silencio sus proyectiles, y arriando la bandera rusa arbolaban la japonesa. Entonces, el capitán Joshiro del *Idzumo*, que entendía el ruso, tomó un bote y se dirigió hacia las naves rusas. De una de éstas, del *Nicolás I*, se separó otro bote que salió al encuentro del japonés. El jefe que iba en él era el almirante Nebogatoff que dijo que se rendía para evitar una inútil efusión de sangre. Felicitóle el capitán

por sus humanitarios sentimientos, y tomó posesión de los dos acorazados y de los dos guardacostas rusos, que eran: el *Orel*, de 13,730 toneladas, el *Nicolás I*, de 9,800, y el *Apraxin* y *Seniavin* de 4,200. Estos buques habían recibido escasas averías, y se dijo que la causa de haberse entregado, era que las tripulaciones, polacas en su mayoría, se sublevaron, negándose á continuar el combate.

Además de los acorazados y cruceros acorazados habían sido echados á pique, el *Svetlana*, el *Uchakoff*, el *Irtisc*, el *Kamschatka* y cuatro cazatorpederos.

El *Almaz* y el *Izumrud* y buque-hospital *Orel*, llegaron á Vladivostok sanos y salvos gracias á su gran marcha y á haber escapado al comienzo de la acción, previendo sin duda la derrota de su escuadra.

Dos días después llegaban á la vista de Manila el *Oleg*, el *Aurora* y el *Jemtchug*. Entraron en el puerto y contó el almirante Enquist, que iba á bordo del *Oleg*, que al principio de la batalla del día 27, se había batido con una división de cruceros japoneses, que le obligaron á retirarse, y que, entonces, no viendo el resto de la escuadra rusa, pensó que había sido derrotada, y tomó el partido de refugiarse en Manila. Las autoridades norteamericanas le notificaron que debía salir del puerto en

el término de veinticuatro horas ó quedar sus buques desarmados hasta la terminación de la guerra. Telegrafió el almirante Enquist al Czar qué partido debía tomar, y le fué contestado que permaneciese en Manila.

El almirante ruso Rodjestvenski que iba á bordo del *Príncipe Suvaroff* al comenzar la batalla, quedó herido á las seis y media de la tarde. Como una de las heridas era en la cabeza, perdió el almirante el conocimiento, y el comandante del acorazado, viendo que éste iba á hundirse al cabo de poco rato por las tremendas averías recibidas, hizo trasladar al jefe supremo de la flota rusa á bordo del cazatorpedero *Buiny*. Pocas horas más tarde, tres contratorpederos japoneses vieron cerca de la costa de la isla Nippon á dos destroyers enemigos; dirigiéronse hacia ellos para atacarlos, pero uno de los buques enemigos escapó y el otro izó bandera blanca. Acercáronse los japoneses, y supieron que el buque que de aquel modo se rendía era el *Buiny* y que á bordo de él se hallaba el almirante ruso. Hicieron rumbo hacia Sasebo durante la noche, y de pronto vieron á lo lejos un crucero que se dirigía hacia ellos. Por fortuna para todos era japonés y no ruso, pues el comandante de los buques japoneses dijo luego en Sasebo que, en caso de ser ruso el crucero, hubiesen dado muerte á Rodjestvenski y á todos los marinos rusos antes de empeñar combate contra el nuevo enemigo.

El almirante ruso quedó en el hospital militar de Sasebo. Una de sus heridas, la de la cabeza, con ser extensa, no ponía en peligro su vida, y las otras, recibidas en las piernas, eran de escasa importancia. El hombre en quien Rusia confiaba para tomar un desquite sonado de sus anteriores derrotas había padecido una derrota mayor que Witheft, que Kuropatkín, que Bessobrazof, que Stackelberg, que Stoessel, que todos los caudillos rusos. Y para mayor desgracia, no había muerto en la acción y era prisionero de su rival afortunado.

Cien años antes, y junto á Trafalgar, la flota inglesa mandada por Nelson, había alcanzado una gran victoria sobre las escuadras reunidas de Francia y España. Pero en aquel combate, y exceptuando la división francesa mandada por Villeneuve, quien huyó cobardemente al principiar el combate, pudieron decir españoles y franceses que todo se había perdido menos el honor. Las últimas descargas del *Santísima Trinidad*, que se defendía contra cinco buques enemigos, mataron á Nelson y al comandante del *Royal Sovereing*. Gravina, el almirante español, Churruca el contralmirante heroico que defendió el *San Juan Nepomuceno*, vieron desmantelar sus buques, pero perecieron con ellos. Y perecieron viendo como otros buques ingleses se hundían en el mar. El *Rayo* francés voló la Santa Bárbara é hizo volar al buque inglés que le había

abordado y que pensaba haberle capturado ya. En la batalla Tsushima no ha habido ninguno de esos rasgos de heroismo que dejan á salvo el honor de una nación aun cuando perezcan sus ejércitos ó sus flotas.

Es indudable que los rusos, desde que comenzó la batalla, fueron sobrecogidos por un pánico que sólo puede explicarse teniendo en cuenta la precisión del tiro de los japoneses, la magnífica situación de éstos y la superioridad numérica que, días antes, se empeñaban todos los rusófilos en negar al enemigo.

Demostró esta batalla que el almirante Togo no rehuía el combate, como se dijera; que no se dejó engañar por su adversario, y que venció á éste tanto por la superioridad de sus armas como por su mejor acierto en disponer de ellas. El problema que había planteado la llegada de la escuadra del Báltico se reducía á lo siguiente: los rusos debían llegar á toda costa á Vladivostok, tanto para defender esta plaza, como para repostarse de carbón y de víveres y limpiar fondos, si querían emprender luego una activa campaña contra las costas japonesas y amenazar las comunicaciones del ejército de Oyama. Los japoneses debían evitar que la escuadra rusa llegase á Vladivostok. Tomó cada almirante las medidas que le parecieron más oportunas. Se equivocó uno y acertó otro; aquél quedó venci-

do, y éste vencedor. Rodjestvenski tomó el camino más corto, pensando que su enemigo le esperaba en los estrechos del norte, y Togo, que estaba perfectamente enterado de la carencia de carbón de las naves rusas, esperó en Mashampo el paso de la escuadra enemiga.

Tuvieron que luchar los rusos contra fuerzas superiores en número, en artillería, en disciplina y en la calidad de sus jefes y oficiales. La mayoría de los tripulantes rusos eran hombres que no estaban acostumbrados á navegar, que no habían pisado jamás el puente de un buque de guerra, que iban de mala gana al combate, y que no sentían ningún entusiasmo por la causa que se les obligaba á defender.

El desastre naval de Tsushima dejó á Rusia en una situación parecida á la de España después del desastre de Santiago de Cuba. De tercera nación marítima del mundo pasó á la categoría que ocupan Turquía, Portugal y España. Durante todo el resto de la guerra, no era posible pensar ya en una victoria naval, ni siquiera en librar un solo combate contra la escuadra de Togo. Si la guerra no terminaba y Vladivostok caía en poder de los japoneses, los dos únicos grandes cruceros acorazados de Rusia, el *Gromoboi* y el *Rossia* tendrían igual suerte que los buques de la escuadra de Port-Arthur. Los japoneses tenían el dominio del mar en absolu-

to, y no era posible que Rusia pensara en disputárselo.

La noticia de la victoria naval del almirante Togo, fué recibida en el Japón con alegría; pero no hubo el entusiasmo delirante que pudiera creerse. Recibieron los japoneses la nueva como gente que ya cuenta con ella y á quienes no sorprende un acontecimiento esperado. En Rusia causó en cambio un estupor profundo y una gran tristeza en los centros oficiales, porque creían muchos, de buena fe, que Rodjestvenski, con su poderosa escuadra, cambiaría el aspecto de la guerra. Los periódicos ingleses dieron toda clase de detalles del combate, y no ocultaron el entusiasmo que les producía la victoria de los japoneses. La prensa francesa se mostró sorprendida por el hecho, y sobre todo por las escasísimas pérdidas padecidas por los japoneses, que sólo tuvieron cuatrocientos hombres fuera de combate y ninguno de cuyos grandes acorazados ni cruceros acorazados recibió averías de consideración. *Le Temps* hablando de la batalla de Tsushima decía tres días después de ella que Rusia había perdido definitivamente la partida y que no le quedaba otro remedio que firmar inmediatamente la paz si no quería exponerse á más graves contingencias, y á que el movimiento revolucionario diera al traste con las instituciones que tanto importaba al gobierno ruso conservar.

En una palabra, demostraban los hechos y convenían los políticos en que la nueva derrota ponía á Rusia en un estado tal de inferioridad respecto del Japón, que era necesario hacer la paz y confesarse vencida. Los japoneses habían triunfado una vez más. La escuadra del Báltico que se tardó seis meses en alistar, había quedado destruída en pocas horas de batalla. De sus once mil tripulantes, habían perecido unos tres mil en la batalla, quedaban cinco mil prisioneros en el Japón y tres mil habían escapado sanos y salvos y estaban en Vladivostok ó en Manila. La guerra marítima había terminado. ¿Debían continuar las batallas en Manchuria?

CAPITULO XVI

Situación general de los beligerantes después de la batalla de Tsushima.—La revolución en Rusia.—Nombramiento de Trepoff como ministro adjunto.—Prohibe la reunión de los zemstvos.—Estos se reunen y deliberan.—Atrevido mensaje al Czar.—Un gobierno enfrente de otro gobierno.—El despotismo y la nación.—De potencia á potencia.—Cómo puede continuar la guerra.—Recursos del Japón y de Rusia.—Plan de campaña de los japoneses.—En pro de la paz.—Lo que dicen rusos y japoneses.

Habíase dicho días antes de librar las dos escuadras su descomunal combate, que el ejército japonés no avanzaba contra el ruso esperando el resultado de la batalla naval, pues según éste fuera, así sería distinto el plan de campaña del mariscal Oyama. En caso de salir vencedora la escuadra rusa, era casi inútil que el ejército japonés hiciera un esfuerzo para apoderarse de Vladivostok, pues teniendo los sitiados libres sus comunicaciones por mar, era punto menos que imposible tomar la plaza por los continuos refuerzos que ésta recibiría gracias á la flota del Báltico. Se suponía que el mariscal Oyama procuraría derrotar al ejército de

Linievitch de tal manera que quedase imposibilitado de tomar la ofensiva en mucho tiempo, ó sufriera tal descalabro, que ya no fuera posible pensar en la continuación de la campaña por parte de Rusia.

En caso contrario, era lo natural que los japoneses se limitaran á rechazar al ejército de Linievitch y á abrirse paso hacia Vladivostok para tomarla, á fin de tener una prenda que les asegurara buenas condiciones de paz. Apoderándose de Vladivostok se apoderaban al mismo tiempo de cuarenta ó cincuenta mil soldados rusos, de un arsenal bien provisto y de unos trescientos cañones que defienden la plaza.

En cuanto al ejército puesto bajo las órdenes del generalísimo Linievitch, y á pesar de lo que decían los diarios de Rusia, no estaba á fines de Mayo en disposición de hacer frente á las tropas japonesas, tanto por la desmoralización de los soldados, como por los escasos efectivos de que disponía. El ejército japonés, en cambio, no solamente había cubierto las bajas que tuvo en la batalla de Mukden, sino que había sido reforzado con dos divisiones de nueva creación y veinte baterías de diez centímetros.

La administración militar de ambos ejércitos continuaba siendo lo que había sido desde antes de la campaña. La de los rusos no daba muestras de

haber mejorado en lo más mínimo, y la de los japoneses era cuidadosa como de costumbre, y tenía bien aprovisionado y municionado su ejército.

Durante los tres meses que estuvieron los dos ejércitos frente á frente y teniendo en contacto sus avanzadas, pero sin combatir á fondo, los japoneses aprovecharon el tiempo para conocer al detalle el terreno que tenían que recorrer antes de chocar con los contrarios y la situación exacta de las unidades tácticas de éstos. Hubo unos combates de caballería en las avanzadas; varias aldeas fueron tomadas y perdidas distintas veces por los beligerantes; el general Mitchenko intentó uno de sus raids acostumbrados, pero esta vez con poca fortuna, puesto que tuvo que dejar muchos muertos y heridos en poder de los japoneses; se habló de marchas y contramarchas de rusos y japoneses en Mongólia, pero ninguno de esos rumores resultó cierto. Lo que lo era es que los japoneses habían aprovechado el tiempo para continuar y reparar la línea férrea de Mukden hasta sus posiciones extremas, y construído un ramal hacia el este que terminaba cerca del curso del Sungari.

Tal era la situación de ambos beligerantes en los primeros días de Junio de 1905.

El movimiento revolucionario de Rusia había cambiado durante los últimos meses de carácter sin

haber perdido nada de su gravedad. Las huelgas no revestían el carácter violento y general de tiempo antes, pero los revolucionarios continuaban su propaganda por la acción y muchos altos funcionarios habían pagado con la vida su celo por el régimen despótico tan abominado por el pueblo ruso.

El Czar, viendo que era imposible acabar con los nihilistas, y restablecer el orden en los distintos gobiernos de su imperio, creyó del caso extremar la represión, y para ello no se le ocurrió otra idea que nombrar al general Trepoff, tan odiado y tan odioso, ministro adjunto de la Gobernación. El rescripto imperial que establecía las atribuciones del nuevo adjunto al ministerio de la Gobernación, decía así:

«1.° Confiamos al ministro de Gobernación y director de la Policía todos los servicios que se refieren á la represión de delitos contra el orden público, y todos los asuntos que son de competencia del departamento de Policía.

»2.° El nuevo ministro adjunto decidirá personalmente acerca de las cuestiones concernientes á la competencia de su cargo; de estas cuestiones y de su resolución tendrá que dar cuenta únicamente al Emperador.

»3.° El ministro adjunto decidirá de las cuestiones que conciernen al servicio de vigilancia pública, y en caso necesario, dará instrucciones á los gobernadores y jefes de Policía; dispondrá de todos los créditos concedidos al ministerio de la Gobernación para el servicio de Policía; prohibirá las asambleas y reuniones cuando su actividad resulte dañosa para la seguridad y orden públicos; tendrá atribuciones para suspender durante un año la acción de sociedades, leyes, derechos y medidas, cuando crea que han de resultar atentatorias á la seguridad y al orden del Estado.

»4.° Al ministro adjunto incumbirá la suprema vigilancia acerca de la detención de personas acusadas de delitos contra el Estado.

»5.° En todas las cuestiones que dependan de la decisión del ministro adjunto de la Gobernación, el nuevo funcionario sólo tendrá que dar cuenta de sus medidas y decisiones al Emperador.»

La vacilación eterna entre medidas de distinto carácter y de resultados diametralmente opuestos, puede decirse que ha sido desde, que empezó la guerra, la norma de conducta del gobierno de Nicolás II. Nombróse para el mando supremo de los

ejércitos y de las escuadras, generales y almirantes ineptos, y á pesar de reconocer su ineptitud no se tuvo el valor suficiente para destituirles; se envió escuadras que no se hallaban en condiciones de combatir, y á pesar de saberlo se las llevó á un desastre seguro; se quiso aquietar al pueblo con la promesa de otorgarle ciertas libertades y de acabar con algunas costumbres tiránicas, y cuando llegó el caso de cumplirlas nadie se cuidó de ello, y antes bien, se extremó las medidas de represión; se quiso ordenar una movilización en masa y no se tuvo en cuenta que los hombres así movilizados no podían llegar en ocasión oportuna á Manchuria por la deficiencia de rendimientos del ferrocarril transiberiano.

Y cuando se hablaba de calmar la agitación popular con la promesa de otorgar garantías constitucionales, y cuando parecían ya terminados los estudios necesarios para su planteamiento, se decretó de improviso una dictadura.

El nombre del dictador era por sí bastante explícito y entrañaba todo un programa.

El pacificador de los motines de San Petersburgo no era hombre que vacilara como su dueño y señor; acostumbrado á mandar como déspota, no admitía que se discutieran sus órdenes, y apenas nombrado ministro adjunto, prohibió en absoluto y sin atenuación de ninguna especie toda clase de reuniones en todos los ámbitos del imperio.

Bastaba leer el articulado del rescripto que hemos copiado para comprender que los poderes otorgados al general Trepoff eran verdaderamente dictatoriales, y le daban atribuciones mucho más extensas que las concedidas al ministro verdadero de la Gobernación. Este nombramiento fué recibido de un modo pésimo por la opinión pública, ya que ésta adivinó desde el primer momento lo que tal nombramiento significaba.

Como hemos dicho, el señor Trepoff, apenas nombrado ministro adjunto, prohibió todas las reuniones públicas en el territorio ruso. Debían reunirse por aquellos días, y por iniciativa del príncipe Galitzín, presidente del de Moscou, los delegados de todos los zemstvos de la Rusia Europea, que querían deliberar acerca del estado de la nación. La orden del general Trepoff impidió que se reunieran legalmente; pero como los delegados estaban ya en camino, y la decisión de deliberar tomada, no quiso el príncipe Galitzín volverse atrás, y prescindiendo de lo mandado por el dictador, reunió en su domicilio á los delegados de los demás gobiernos, y acto continuo empezó la deliberación.

Los delegados eran en número de ciento siete. Los acuerdos que se tomaron fueron los siguientes:

1.° Consagrar toda su actividad y su inteligencia á procurar que cuanto antes se firmara la paz con el Japón.

2.° Pedir al Czar que reuniese acto continuo una asamblea nacional en la que estuviesen representadas todas las clases sociales rusas.

3.° Dirigir un mensaje al Emperador, detallando los males que ocasiona la guerra y el estado perpetuo de agitación que reina en Rusia, haciéndole responsable ante Dios y ante el país de las desdichas que en lo sucesivo ocasionara su mal gobierno.

La deliberación de los zemstvos era ilegal. No se atrevió, sin embargo, la policía á disolverla á sablazos. Comprendieron el gobernador y sus esbirros armados que no podía tratarse á los ciudadanos influyentes y ricos como se había tratado meses antes á los huelguistas de San Petersburgo y de Moscou; que no era posible ametrallarles sin provocar un formidable movimiento revolucionario en todos los ámbitos del imperio.

Nunca, sin embargo, se faltara tan abiertamente á la ley como en aquella ocasión; nunca, tampoco, desde Rurik á Nicolás II, habían dirigido los súbditos mensaje enérgico y claro como el redactado en la asamblea de Moscou.

La emoción fué inmensa en las esferas del gobierno, y produjo también estupor en Rusia entera. El movimiento revolucionario se acentuaba de un modo indecible. Ya no tomaban únicamente parte en él los terroristas, los obreros y los braceros del

campo, sino que las clases ilustradas y ricas de Rusia, por medio de un acto público y de inmensa resonancia, patentizaban su voluntad inquebrantable de acabar con el régimen despótico que tantos daños acarreara á su patria y que hacía de toda la nación rusa una inmensa grey de esclavos sin voluntad propia.

No había que equivocarse acerca del significado del acto que acababa de cumplirse en Moscou. La revolución empezaba. Los delegados de los zemstvos asumían el carácter de una asamblea constituyente. Eran algo así como un gobierno ante otro gobierno, como un Estado dentro de otro Estado.

La nación parecía haberse escindido en dos; una gobernada por el Czar, otra gobernándose á sí misma y desconociendo la autoridad imperial. Hubiera bastado una medida de brutal represión para que estallase la guerra civil, para que, si el Czar hacía un llamamiento á sus tropas, los delegados de los zemstvos hicieran otro á los ciudadanos que confiaban en ellos.

En las esferas del gobierno se vió desde entonces claramente que la nación en masa rechazaba los procedimientos de fuerza hasta entonces empleados y que, de seguir por tal camino, podían ocurrir graves sucesos que pusieran en peligro, no solamente la vida de las instituciones sino la de aquel

que las personifica. Tan grandes fueron el asombro y el espanto de Trepoff y del Emperador, tanta impresión produjo en la funesta camarilla de los grandes duques el acto de los zemstvos, que nadie se atrevió á dar la orden de una represión violenta, que nadie pensó en encarcelar y procesar al príncipe Galitzín y á los demás firmantes del mensaje.

Se convencieron los ministros de que era preciso hacer la paz cuanto antes si querían conservar la paz interior; pero para avenirse con los japoneses, cada vez más ensoberbecidos con sus victorias, era necesario resignarse á aceptar unas condiciones que repugnaban al orgullo del déspota, y que no querían conceder los grandes duques. No se sabía á punto fijo cuáles serían las exigencias del Japón, pero teniendo en cuenta lo que en ocasiones distintas habían dicho el conde Okuma y el barón Suyematsu, era casi seguro que los japoneses pedirían: Posesión de Port-Arthur y de la península del Kuan-Tung; administración de las líneas manchurianas después de evacuar los rusos por completo toda la Manchuria; cesión de la isla de Sakhalín; que se desmantelara los fuertes de Vladivostok; que pasaran á poder de los japoneses todos los buques de guerra que Rusia tenía en las aguas del extremo Oriente y que se pagara una crecida indemnización de guerra.

Estas dos últimas condiciones eran las que de

ninguna manera quería aceptar el orgullo moscovita, porque significaban el completo anonadamiento de los sueños de expansión hacia el Pacífico que acariciaran los descendientes de Pedro el Grande. Desmantelado Vladivostok, sin base naval por lo tanto en el Pacífico, entregados los pocos buques que escaparan á la destrucción en Port-Arthur y en el estrecho de Corea, dando á los japoneses algunos miles de millones para que construyeran una armada formidable, era ya imposible pensar en la posesión de las costas chinas, en el dominio soñado sobre el Pacífico inmenso.

¡Extraño destino el de Rusia! Disponiendo de una extensión inmensa de tierras, se encuentra rodeada por todos lados de naciones que le impiden el libre acceso hacia el mar tan suspirado. Cuando aspira á ser potencia mediterránea é invocan sus czares la herencia de los emperadores de Bizancio, y acomete á los turcos para plantar la doble cruz ortodoxa en las cúpulas de Santa Sofía, las potencias europeas se levantan amenazadoras ante ella y obligan á retroceder á sus ejércitos y encierran sus naves en las aguas del mar Negro, tan negro como el humor de Alejandro II al presentar á su firma el tratado de Berlín; cuando quiere avanzar hacia el golfo Pérsico, acordándose de que es nación asiática y de que fácilmente puede vencer la resistencia de Persia y del Afghanistán, Inglaterra apresta sus

naves y mueve sus huestes de la India para marchar contra los soldados moscovitas; piensa un día en llegar hacia el mar y hacia el sur por el camino de China; prevalida de su amistad con Alemania y Francia, frustra al Japón el fruto de sus victorias sobre el Celeste Imperio, y se apodera de Port-Arthur y sienta la planta de sus soldados en Manchuria, edifica Dalny, fortifica de un modo formidable Port-Arthur y Talienwan, se cree ya segura de la victoria definitiva; y de improviso llega una protesta del Japón y tras la protesta unas Notas conminatorias, y se declara la guerra, y queda destruído su poder naval en un instante, y huyen sus regimientos y sus sotnias hacia el norte, evacuando contra su voluntad la Manchuria inmensa y despidiéndose de las templadas orillas de los mares de China. El sueño de Rusia se disipa una vez más. Dueña de una extensión inmensa de tierra que ocupa la sexta parte de la superficie habitable del globo, no puede conquistar ese mar deseado. Hombres de otra raza, que se revelan de improviso como más fuertes y más inteligentes que los rusos, le atajan el paso, la derrotan, destrozan sus batallones, y la relegan á sus estepas desoladas, á sus dominios boreales, destruyendo por mucho tiempo los planes que la ambición desapoderada de sus monarcas formara para lo porvenir.

Después de la batalla de Tsushima parecía imposible que los rusos pensaran aún en continuar la guerra; pero el Czar temía demasiado la revolución para permitir que su ejército volviera de la Manchuria sin haber obtenido una victoria por lo menos.

La prensa rusa, que es lo mismo que decir la prensa de la autocracia, después de un par de días de silencio, y como de temor, volvió á sus escarceos belicosos y repitió la eterna cantinela de que era preciso luchar mientras quedaran un solo soldado y un solo kopek. De no presentarse mucho mejor los azares de la campaña y de la revolución, parecía probable que no habría en breve ni un hombre que quisiera empuñar el fusil ni un propietario que quisiera dar dinero para continuar una lucha que desde el principio podía considerarse como perdida.

Recogiendo los mismos periódicos rusos los buenos consejos que les daban los periódicos franceses al decir que hicieran la paz cuanto antes, mostrábanse indignados, y decían que los diarios de París daban únicamente tales consejos porque temían por los millones que había prestado Francia á Rusia;

que no hablaban á fuer de aliados, sino como órgano de los banqueros; pero que á pesar de todos los pesares, Rusia reaccionaría, demostrando muy pronto que era todavía una gran potencia terrestre y que sus soldados sabían vencer á los enemigos.

Continuaban los envíos de refuerzos á Manchuria, si bien en menor escala que durante los quince meses anteriores, se buscaba dinero en el interior y en el exterior, y todo indicaba la voluntad de prolongar la lucha y de obtener, por lo menos, una victoria que permitiese pedir sin desdoro la paz.

Porque todo parecía indicar que continuaría la guerra, causó cierta sorpresa un telegrama expedido en Washington el día 7, diciendo que el presidente Roosevelt había conferenciado con los ministros del Japón y de Rusia, brindándose á servir de intermediario para las negociaciones de paz. Se recibió con satisfacción tal noticia, porque todo el mundo comprendía la necesidad de acabar tan larga guerra y se señaló los nombres de los plenipotenciarios que, por parte de Rusia y del Japón debían intervenir en las negociaciones. Se dijo que el barón Rosen, antiguo ministro plenipotenciario de Rusia en el Japón, sería nombrado ministro en Washington, y que, los mariscales Oyama ó Yamagata se encargarían de representar al Japón y de discutir las condiciones de la paz con el barón Rosen.

Comentaron los periódicos estas noticias, pero la mayoría de ellos se mostraban poco optimistas creyendo que aunque empezaran las negociaciones, se romperían pronto porque el Japón estaba empeñado en obtener una crecida indemnización de guerra, por la que se había visto obligada á sostener contra su voluntad, y que Rusia se negaría en absoluto á acceder á tales pretensiones, pues no quería que con su propio dinero construyera el Japón una flota formidable que quitara á Rusia toda esperanza de desquite. Creían, pues, que al llegar á este punto de las condiciones, no se avendrían los delegados y volvería á continuar la guerra.

Como coincidiendo con estos comentarios de mal agüero, recibíase horas después la noticia de que los japoneses habían comenzado un nuevo ataque contra el grueso del ejército del general Linievitch lo cual parecía indicar intenciones no muy pacíficas por parte de los japoneses.

Era difícil saber en aquellos momentos si Rusia aceptaría oficialmente la mediación ofrecida por el presidente Roosevelt, y si el gobierno del Czar había comprendido por fin, viendo la actitud hostil de los zemstvos y de la masa de la opinión, que no le quedaba otro recurso que capitular y sacar el mejor partido de la angustiosa situación que crearan á Rusia los desaciertos de la autocracia, de la burocracia, de los generales y de los almirantes.

En uno de los periódicos japoneses de Tokío se publicó el 5 de Mayo un artículo diciendo que, si Rusia pensaba agotar los medios de resistencia del Japón, estaba equivocada de medio á medio. En caso de no hacerse la paz á raiz de la batalla de Tsushima, era probable, casi seguro, que el ejército del mariscal Oyama derrotaría de nuevo al ruso, mandado por Linievitch, infligiéndole tal descalabro que tardaría mucho tiempo en reponerse de él, y que entonces, los japoneses sitiarían y tomarían Vladivostok, Sakalín, Nicolaievsk y todo el litoral del Pacífico. Acantonándose entonces en fuertes posiciones estratégicas y renunciando por completo á la ofensiva, puesto que habrían conseguido ya hacer evacuar la Manchuria por sus enemigos, esperarían tranquilos los ataques de estos, derrotándoles cuantas veces fuere necesario. Los gastos serían relativamente escasos para el Japón, pues con el mismo dinero que mantenían el ejército en el interior de su imperio, podían mantenerle en Manchuria si así les placía, y en cambio los rusos, tendrían que gastar millones y millones en equipar y mantener nuevos ejércitos y en enviarlos al teatro de la guerra.

Añadía el articulista que tal estado de cosas no podría durar el tiempo que imaginaban los rusos puesto que una guerra tan formidable como la que se sostenía, era natural que entrañase complicaciones internacionales si duraba muchos años, y que,

por lo tanto, las mismas naciones europeas, así las aliadas á Rusia y al Japón como las que estaban desligadas de todo compromiso, procurarían que cesara la contienda, á fin de no verse envueltas á su vez en una guerra mucho más desastrosa.

Terminaba el artículo afirmando que el Japón había hecho grandes sacrificios en hombres y en dinero para oponerse á los ambiciosos planes de Rusia; que el Japón había sido el provocado, y que, por lo tanto, al hacer la paz, exigiría firmar garantías de que la guerra no podría renovarse durante muchos años y que, para esto, era menester que la situación territorial de Rusia, en la parte del litoral del Pacífico cuando menos, quedara modificada de tal modo, que asegurara el cumplimiento de los deseos del Japón.

Leyendo entre líneas se advertía lo que quiso decir el articulista: que las condiciones de paz serían duras, y que, en caso de no aceptarlas Rusia, sería el Japón el que continuara la guerra, hasta causar una herida mortal á su enemiga.

Este artículo, traducido y publicado por algunos periódicos de Europa, produjo honda impresión y disipó gran parte de las esperanzas que el ofrecimiento de mediación del presidente Roosevelt había despertado. La paz no parecía tan próxima como antes y había el temor de que continuasen las hostilidades.

Tal era la situación de las dos potencias beligerantes á primeros de Junio de 1905. Los hechos posteriores iban á decidir si tenían razón los partidarios de la paz ó los que imaginaban que iba á continuar la guerra.

APÉNDICE

Rusia y el Japón

A fin de que los lectores puedan formarse cabal concepto de las causas que originaron la guerra y de todos los incidentes diplomáticos que la precedieron, traducimos expresamente al español *La Russie et le Japón*, por el barón Sumyematsu, exministro japonés y actualmente encargado por el gobierno de Tokío de una misión diplomática en Europa.

Las páginas que siguen son una relación de los acontecimientos y negociaciones que precedieron á la guerra.

El Japón temía la política expansiva de Rusia desde el siglo XVIII, cuando empezaron las emigraciones de Rusia hacia las islas Kurile. Estas islas forman parte del territorio japonés y son la continuación de una cordillera de la isla de Yeso que llega hasta el cabo Lopatka. Además, durante el último siglo, hubo varias invasiones rusas en la isla de Yeso y en otras cercanas á ella. Rusia, en la época en que la apertura de los puertos japoneses al comercio extranjero producía revueltas intestinas en el mismo Japón, aprovechó la oportunidad para

apoderarse de la mitad norte de la isla Sakhalín, isla que siempre había sido considerada como territorio japonés. Pocos años después se anexionó también la parte sur de esa isla, tomando así posesión de toda ella. En 1861 los rusos intentaron la anexión de Tsushima, que es una avanzada del Japón en el estrecho de Corea. A tal objeto, desembarcaron secretamente parte de la tripulación del crucero *Posadnik* y les hicieron acampar en la orilla del mar. Abortó aquella tentativa gracias á la vigilancia del almirante inglés sir James Hope, quien, al saber la invasión de los rusos, poniéndose de acuerdo con el señor Oliphant, secretario de la legación de Inglaterra en el Japón, tomó tan enérgicas medidas que obligaron á los rusos á abandonar la playa conquistada.

Las dificultades que en aquella época surgieron entre China y Francia é Inglaterra, hicieron que Rusia aprovechase la ocasión para hacerse ceder por el gobierno de Pekín todo el litoral oriental de Manchuria hasta Corea, con sus bahías y puertos. En 1885 los rusos trataron de apoderarse de Port-Lazarev—Gensán. Impidiólo Inglaterra; pero esa tentativa demuestra que Rusia ha tenido siempre gran interés en adelantar hacia el sur. En 1891 empezó Rusia la empresa gigantesca del Transiberiano. Apenas terminada la guerra chino-japonesa, Rusia obtiene de China importantes concesiones, de las

cuales la más importante es el paso de la ferrovía por Manchuria, hasta Vladivostok, con derivación hasta Port-Arthur.

Poco á poco los intereses de Rusia adquieren gran preponderancia en China, los ferrocarriles de Manchuria parecen destinados á formar parte de la red de ferrocarriles rusos y están administrados por empleados que nombra el gobierno de San Petersburgo.

Corea, desde muchos siglos atrás, reconocía la soberanía del Japón y pagaba un tributo á los gobiernos de Tokio y Pekín. Viendo la preponderancia de Rusia, empezó á descuidar el cumplimiento de sus deberes. Desconfió de las reformas radicales introducidas en las leyes y costumbres del Japón. Dicho en otros términos: afectó olvidar las buenas relaciones que habían existido entre Seul y Tokio. Los embajadores que el Japón envió á Corea fueron tratados con arrogancia y en 1875 se hizo fuego contra el buque japonés *Unyokan*. El Japón pidió explicaciones y en 1876 se firmó un tratado entre Japón y Corea, declarando que ésta era una nación libre y soberana y abriendo algunos de sus puertos al comercio japonés.

A causa de nuevas intervenciones de parte de los chinos en los asuntos de Corea y de varios conflictos entre los coreanos y los soldados japoneses que custodiaban la legación del Japón, se dirigió algu

nas reclamaciones á China. Un tratado que se firmó en Tientsin en 1884 puso término á todas las dificultades. La violación de este tratado por parte de China produjo la guerra chino-japonesa de 1894-95.

En las negociaciones de paz que se iniciaron en la primavera de 1895 en Shimonoseki, China cedió al Japón la península de Liao-tung.

Pero hacía tiempo que Rusia deseaba apoderarse de la fortaleza de Port-Arthur. A fin de impedir que cayese en manos del Japón, creyó conveniente dirigir al Gobierno de Tokio, con el consentimiento de Alemania y Francia, la siguiente advertencia: «El Gobierno de S. M. el Emperador de todas las Rusias, después de examinar las condiciones de paz impuestas por el Japón á China, estima que la posesión de Liao-tung sería una amenaza perpetua para la capital de China y haría puramente ilusoria la independencia de Corea. Sería, además, un obstáculo perenne para la paz en el Extremo Oriente. En su consecuencia, el Gobierno de S. M. el Emperador, deseoso de dar una nueva prueba de sincera amistad al Gobierno de S. M. el Emperador del Japón, le aconseja que renuncie definitivamente á la posesión de la península del Liao-tung.»

El Japón se vió obligado á conformarse á la voluntad de las tres potencias occidentales. En 1897 Alemania obtuvo de China el arriendo del puerto de Kiao-Chau en la provincia de Shantung.

Rusia aprovechó la oportunidad para pedir al Gobierno de China la cesión absoluta de Port-Arthur y de Tallieu-Wan. Así desvirtuaba sus propias observaciones de 1895. Pocos meses después, Rusia hizo una tentativa para obtener el arriendo del puerto de Mashampo (Corea), que está enfrente de Tsushima, avanzada del Japón hacia occidente. La oposición de Inglaterra y del Japón desbarató tal proyecto y Corea concedió tan sólo á Rusia permiso para establecer un depósito de carbón.

La rebelión de los boxers en China, hizo que el Japón se decidiera á enviar un ejército en socorro de las legaciones extranjeras. La expedición se organizó con rapidez. Las tropas japonesas, más numerosas que las de todas las demás naciones, combatieron al lado de las europeas y norteamericanas.

Rusia envió 4.000 hombres á Chihli para cooperar á la expedición contra Pekín; pero mandó muchos más soldados á Manchuria á pretexto de proteger la vía del Transiberiano. Los rusos adujeron la necesidad de acabar con los bandidos que infestaban el país para no retirar las fuerzas que habían ocupado las ciudades y puntos estratégicos de Manchuria. Al propio tiempo pidieron y obtuvieron la parte de indemnización que les correspondía por haber intervenido en China. Tal indemnización no estaba en proporción con el número de soldados que enviara en socorro de Pekín, sino de los

que enviara á Manchuria, porque así le plugo. De todos modos, se exageró mucho el contingente ruso, pues se dió por buena la cifra de 170.000 hombres, cuando en realidad los que se envió no pasaron de 50.000.

Hay que recordar aquí la convención firmada en 1900 entre Inglaterra y Alemania. Se establecía en ella de un modo preciso, que en el caso de que una potencia cualquiera tratase de aprovechar las dificultades del imperio de China para atentar á la integridad de un territorio, ambos países contratantes se reservaban el derecho de concertarse para proteger sus propios intereses en China. Todas las potencias admitieron tal arreglo. Había, pues, motivo para intervenir apenas se atentara contra la integridad territorial de China.

Resulta, sin embargo, extraño que cuando la cuestión manchuriana llegó á su período agudo, Alemania mostrara repugnancia á que se cumpliese lo acordado en dicha convención.

Como veremos, el Japón é Inglaterra hallaron algo más tarde en esa convención la base de una declaración formal de alianza sobre los asuntos de China y Corea.

El 28 de diciembre de 1900, el corresponsal del *Times* en Pekín envió á la redacción un telegrama memorable que llamó la atención del mundo entero acerca de las intenciones de Rusia. Su modo de

obrar era diametralmente opuesto á sus declaraciones de querer estar de acuerdo con los demás países que tenían intereses en el Extremo Oriente. Aquel telegrama reproducía el texto de un tratado secreto firmado por Rusia y China. A consecuencia de él, Rusia no consentía en el restablecimiento de la autoridad civil en Mukden y en la provincia de Feng-tien, más que bajo estas condiciones:

1.° Que el general tártaro Tseng se encargase de pacificar y proteger la provincia y de facilitar la construcción del ferrocarril ruso.

2.° Que trataría con bondad á los rusos que ocupaban entonces la Manchuria y que debían continuar viviendo en ella.

3.° Que desarmaría y licenciaría las tropas chinas, entregando á los rusos sus armas y municiones.

4.° Que todos los fuertes y fortines que no necesitaban los rusos serían desmantelados.

5.° Que Niuchang y otras posiciones ocupadas por los rusos no serían devueltas á los chinos hasta que la pacificación fuese completa.

6.° Que la policía local de China haría respetar la ley y aseguraría el orden bajo la dirección del general tártaro.

7.° Que en Mukden quedaría un representante político que sería el consultor del general tártaro.

8.° Que si alguna vez la policía china se consideraba impotente para mantener el orden, debía impetrarse el auxilio de Rusia.

Los poderes del representante ruso eran muy amplios, recordando los que tienen los representantes ingleses en la India. Se acordó asimismo que esta convención se aplicaría también á las dos provincias de Kirín y de He-lung-chang. Atendiendo á que Rusia tenía ya adquirido el derecho de tener tropas en Manchuria para la protección del ferrocarril de la China oriental, el nuevo tratado establecía en las provincias citadas un verdadero protectorado ruso.

Entonces fué cuando Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos y el Japón trataron de convencer á China de que no hiciese la enorme locura de entablar negociaciones con una potencia aislada. Se comprobó que lo telegrafiado por el corresponsal del *Times* era cierto, y las potencias cambiaron varias comunicaciones acerca de los manejos de Rusia. Esta, sin embargo, con la astucia que la caracteriza, procuró por todos los medios llegar á sus fines; pero á pesar de todo, tuvo que ceder momentáneamente. El 5 de Abril de 1901, el gàbinete de San Petersburgo declaraba en el *Mensajero Oficial* que aun cuando los acontecimientos del Pechihli y los actos de hostilidad de los insurrectos chinos habían hecho necesaria la ocupación de Niuchang

el envío de tropas rusas á Manchuria, debían considerarse, sin embargo, como provisionales estas medidas. Declaraba que tan pronto como se hubiese restablecido el orden y adoptado todas las medidas para proteger el ferrocarril, Rusia retiraría sus tropas del territorio chino, mientras las demás potencias y la misma China no hiciesen nada para contrariar sus proyectos. Esta cláusula condicional indicaba que Rusia contaba no cumplir sus compromisos.

Dicha cláusula debía permitir la ocupación permanente de Manchuria, ya que los mismos agentes rusos podían fomentar los desórdenes y motines. Añadía el gobierno que el tratado secreto firmado por China demostraba que Rusia quería evacuar la Manchuria. Esta provincia había sido ocupada tan sólo á consecuencia de los alarmantes acontecimientos del año anterior.

En Abril de 1901, ocho días después de aparecer en el *Mensajero Oficial* dicho documento, el conde de Lamsdorff aseguró verbalmente á sir C. Scott, embajador de Inglaterra, que los diplomáticos se equivocaban de medio á medio al pensar que Rusia quería ocupar indefinidamente la Manchuria.

«El emperador, dijo el conde de Lamsdorff, mantiene su resolución, leal y francamente expuesta en diferentes ocasiones, de llamar á las tropas de ocupación y restituir la provincia á su antigua

administración china tan pronto como se haya restablecido el orden y haya en Pekín un gobierno legítimo é independiente, capaz de asegurar la paz interior del Imperio.»

Iguales seguridades dió el ministro ruso á los embajadores de Alemania y Estados Unidos.

Cuatro meses después el ministro de Inglaterra en Pekín se vió en la necesidad de acusar de falta de buena fe al gobierno ruso, á consecuencia de haber sabido, de un modo que no permitía la menor duda, que Rusia había reanudado sus negociaciones secretas con China para firmar un nuevo tratado referente á la Manchuria. Los rusos negaron el hecho. Sin embargo, poco tiempo después se comprobó que lo sabido por sir C. Scott era cierto. En efecto, siete meses después de la firma del protocolo de Pekín (7 Septiembre), se firmó otro tratado entre Rusia y China. Este tratado lo publicó el *Mensajero Oficial* cuatro días después (12 Abril de 1902). En una comunicación del gobierno que encabezaba el texto del documento, se declaraba que Rusia estaba animada de las mejores intenciones acerca de China, ya que su independencia servía de base á la política rusa en el Extremo Oriente. Reconociendo, además, que la pacificación de China había hecho señalados progresos, y repitiendo que las tropas rusas tan sólo habían entrado en el Celeste Imperio para restablecer el gobierno

legítimo con el cual mantenía Rusia relaciones amistosas desde fecha muy lejana, se anunciaba que la evacuación de Manchuria estaba cercana. A primera vista podía suponerse que Rusia sentía sincera amistad por China; pero en realidad sólo había obtenido su ascendiente en Pekín por la corrupción y por la fuerza. Los empleados públicos tenían de continuo la actitud agresiva de los agentes y representantes de Rusia. Tan exacto es esto que los chinos, obligados á acatar la voluntad de Rusia, se quejaban á menudo á las demás potencias de los rigores á que se les sometía. Hacían llamamientos desesperados á fin de que se les pusiese en condiciones de resistir á las imposiciones moscovitas, y algo de ello lograron en distintas ocasiones.

Por el tratado de que hemos hecho mención, Rusia se comprometía á retirar sus tropas en el término de seis meses á partir de la firma del convenio (8 Abril 1902), de la parte suroeste de la provincia de Mukden, hasta el río Liao-che y entregar á China el ferrocarril de Shangai-Kwan y de Niuchang. Prometía que medio año después evacuarían sus tropas las provincias de Mukden y de Kirín. Y afirmaba, además, que al cabo de otros seis meses sus tropas se retirarían de la provincia de He-Lung-Chiang.

En cambio, el Gobierno chino se comprometía á proteger los ferrocarriles de Manchuria de una ma-

nera eficáz y de asegurar la libertad y la vida de todos los súbditos rusos que había en Manchuria. La obligación de cuidar de la seguridad de la vía férrea de Shangai-Kwan y de Niuchang incumbía exclusivamente á China, pero á condición de no invitar á otras naciones á la construcción, explotación ó protección de dicha línea. Tampoco debía pensar en la prolongación de tal ferrocarril, á menos de ponerse de acuerdo con Rusia, á pesar de que pasaba exclusivamente por territorio suyo. No podía aumentar ni disminuir el contingente de sus tropas en Manchuria sin avisar previamente á Rusia, y, por último, se obligaba á no permitir que ninguna potencia ocupase el territorio evacuado por los moscovitas.

Lord Lansdowne, en una conversación que tuvo con el señor Staal, embajador de Rusia en Inglaterra, hizo alusión á esa convención y declaró que en su país había producido mal efecto la cláusula referente á no permitir que China dispusiese de sus tropas como bien le pareciera y no pudiese extender su red de ferrocarriles; pero añadió que, como esperaba que la evacuación de Manchuria se verificaría en el plazo y forma convenidos, y que el tratado se cumpliría fielmente, no sería exigente en cuestión de detalles.

En la comunicación del Gobierno de Rusia, que sirvió de prefacio al anuncio de este tratado del 8

de Abril de 1902, se declaraba de un modo explícito que el envío de tropas á China había tenido por objeto restablecer el orden y la autoridad del Gobierno legítimo. Como Rusia tenía la promesa escrita de China de que el orden quedaría restablecido, y como además había sido reembolsada de los gastos considerables que acarreó la expedición de sus tropas, el Gobierno de San Petersburgo no tenía ya ningún pretexto para no evacuar Manchuria.

Hasta entonces, pues, Rusia parecía obrar de buena fe en el asunto de la evacuación. En efecto, en Octubre de 1902, el príncipe Ching informó al Gobierno inglés de que Rusia había restituído á China los ferrocarriles desde la Gran Muralla al río Liao y que las tropas rusas habían evacuado la parte suroeste de la provincia de Mukden hasta el repetido río. Sin embargo, Rusia conservaba todavía la administración del puerto de Niuchang y el cónsul ruso, además de sus atribuciones ordinarias acumulaba las de un administrador civil. Y los derechos de aduanas percibidos en el puerto iban á parar á las cajas del banco ruso-chino.

Era tal la similitud de intereses entre Inglaterra y Japón en todo lo que concernía al Extremo Oriente, que se reconoció claramente las ventajas que resultarían de unir ambas naciones por medio de un tratado formal, y en Enero de 1902 se firmó en Londres el tratado anglo-japonés. En 8 de Abril

de 1903 Niuchang estaba aún en poder de los rusos. El almirante Alexeieff alegaba como excusa que los cañoneros alemanes é ingleses estaban en el puerto ó á la vista de él, y que se deseaba obtener de China la promesa formal de que no permitiría que ninguna nación ocupara la plaza. Como en Londres inspiraban cierta inquietud las intenciones reales de Rusia, lord Lansdowne recibió el 22 de Abril la seguridad de que si Niuchang no había sido evacuado aún se debía á una razón especial y plausible. Tal seguridad se la dió el conde de Benckendorff.

De repente el Gobierno ruso dirigió al de Pekín siete peticiones, es decir, siete condiciones, de las cuales dependía la evacuación de Manchuria. Estas condiciones prohibían:

(a) La apertura de ningún puerto libre ó el establecimiento de cualquier consulado en la región evacuada.

(b) Conceder empleos á los extranjeros en la región del Norte.

(c) Cambiar en lo más mínimo la administración civil de Niuchang, debiendo quedar todo en el mismo ser y estado que durante la ocupación.

(d) Que cobrara los derechos de aduana otra entidad que no fuera el Banco ruso-chino.

(e) Que se quitara la inspección de los trabajos de saneamiento de Niuchang á los rusos.

(f) Que se desconociera el derecho de emplear los postes telegráficos chinos á los rusos.

(g) Que ninguna de las tres provincias manchurianas pudiese ser cedida á otra potencia.

El Gobierno de Londres, lo propio que el del Japón y los de las demás potencias, declararon inadmisibles tales condiciones. El ministro de Inglaterra en Pekín notificó al Gobierno chino que la Gran Bretaña se consideraría ofendida de aceptarse tales condiciones. En efecto, éstas quebrantaban el artículo 54 del tratado de Tientsín (1858), que estipulaba que se concedía al Gobierno y á los súbditos ingleses todas las inmunidades, privilegios y ventajas que China concediera ó hubiese concedido á cualquier gobierno ó súbditos de cualquier potencia. El Japón lo mismo que Inglaterra aseguraron al Gobierno chino que le apoyarían cuando se negara á consentir en lo que Rusia exigía, como le habían apoyado en la época de las negociaciones acerca de Manchuria. Los Estados Unidos telegrafiaron á su ministro de Pekín la necesidad de insistir cerca del Gobierno chino para que rehusara acceder á las demandas de Rusia. Y telegrafiaron á

su embajador en San Petersburgo que exigiese explicaciones al gobierno ruso.

Lord Lansdowne telegrafió el 28 de Abril á sir Claudio Macdonal, su ministro en Tokío, que asegurara al gobierno japonés que Inglaterra se adhería á las observaciones hechas por los Estados Unidos al gobierno ruso, y que el gabinete de Londres deseaba obrar de acuerdo con el del Japón durante el curso de aquellas negociaciones.

Aquel mismo día el conde de Lamsdorff aseguró dél modo más formal al embajador de los Estados Unidos en San Petersburgo que ninguna demanda de tal género había hecho Rusia á China. Además, el conde de Lamsdorff se mostraba muy sorprendido de que en las esferas diplomáticas pudiese dudarse de la intención de Rusia de evacuar la Manchuria, desde el momento que el Czar así lo había prometido. El embajador de los Estados Unidos dió por buenas tales palabras, y telegrafió en tal sentido á su gobierno, añadiendo, de paso, que Rusia no quería tampoco recabar ningún privilegio especial en Manchuria, y que no quería rehusar ó hacer rehusar á los extranjeros las ventajas de que disfrutaban sus naturales. Jamás ninguna nación siguió una política tan maquiavélica como ésta.

En aquella época se trataba de conceder franquicias comerciales en Antung, Tatunkau y Mukden, cuestión que se dilucidó poco después por los tra-

tados comerciales firmados entre los Estados Unidos y China y entre el Japón y China. Las prohibiciones de Rusia que quedan detalladas tendían á anular las concesiones que la comisión del tratado estaba á punto de recabar en beneficio de todos.

Al propio tiempo se notó un gran movimiento de tropas rusas hacia Feng-huan-cheng y el Yalú. Esto hizo que el príncipe Ching preguntara la causa de aquel movimiento al embajador de Rusia. Este declaró que no tenía otro objeto que evitar una intentona de los japoneses. El 17 de Junio lord Lansdowne supo que Rusia compelía al gobierno chino para que aceptara las condiciones impuestas para la evacuación de Manchuria. Rusia deseaba particularmente que consintiera en las dos primeras condiciones, referentes á los cónsules extranjeros y al establecimiento de puertos libres en las regiones que se debía evacuar. El príncipe Ching confesó que la legación de Rusia en Pekín había presentado una nota que contenía condiciones inaceptables, pero añadió que China no quiso discutirlas siquiera. Las negativas del conde de Lamsdorff al embajador de los Estados Unidos, produjeron verdadero asombro en Tokío. El conde persistía en negar que Rusia hubiese presentado ninguna nota á China. Expresaba, además, cierta sorpresa al ver que se dudaba de la buena fe de Rusia. A pesar de ello, el mismo día llegó á Tokío

la noticia de que reinaba gran actividad militar en la región del Yalú. Se supo que las autoridades militares habían fletado gran número de buques para transportar carbón y municiones. Además de las muchas medidas agresivas que Rusia había tomado en Corea, gran número de rusos, soldados en su mayoría, se habían establecido en Yongampo, á pretexto de realizar una corta de bosques, concesión que habían arrancado á la fuerza al gobierno de Seul. Entonces fué cuando los Estados Unidos y el Japón formularon una proposición á la que se adhirió Inglaterra, consistente en pedir que Yongampo fuese abierto al comercio de todas las naciones.

Rusia ejerció gran presión sobre Corea para que no concediese lo que se le pedía. Esto da una idea exacta de la política que Rusia seguía en Corea.

En Septiembre, Rusia hizo á China nuevas demandas que ponían de manifiesto su profundo egoísmo. Encerraban proyectos como el de la construcción de muelles junto al Sungari, con protección militar, y el del establecimiento de derechos distintos en Manchuria, lo cual redundaba en perjuicio de Inglaterra. Quería también el establecimiento de estaciones postales en Tsitsikar y Blagovestchensk. Por otra parte, rehusaba en absoluto permitir el establecimiento de extranjeros en las ciudades de Manchuria que debían ser abiertas

en virtud de los tratados que estaban á punto de firmarse entre los Estados Unidos y China y el Japón y China. El Japón, los Estados Unidos é Inglaterra quejáronse del proceder de China, y por fin el gobierno de Pekín rechazó las peticiones rusas.

En Octubre se firmó los tratados americano y japonés. Casi al mismo tiempo los rusos volvieron á ocupar los puntos que ya habían ocupado, y demostraron una actividad militar cada vez mayor bajo los más inadmisibles pretextos.

A fines de Noviembre lord Lansdowne discutió más á fondo los asuntos de Manchuria con el embajador ruso. Le hizo observar que era esencial que los derechos adquiridos por tratados se conservaran incólumes en toda China, y que precisaba que el comercio inglés fuera protegido. Hizo notar asimismo el efecto deplorable que producía el hecho de no cumplir Rusia ninguna de sus promesas. Y expresó, por fin, la esperanza de que los rusos fijarían una fecha para la evacuación de Manchuria, ó que, cuando menos, explicarían las causas de tan anormal retardo.

El 8 de Enero del 1904, el conde de Beckendorff fué á visitar á lord Lansdowne y le declaró que Rusia no pensaba impedir que las potencias extranjeras continuasen gozando de los derechos adquiridos por tratados vigentes. Lord Lansdowne de-

ploró que Rusia no hubiese mostrado ni aun la intención de hacer honor á la palabra dada, y confesó que en Inglaterra se desea ver alguna prueba palpable de las buenas intenciones de Rusia.

Es necesario ahora volver al 28 de Julio de 1903 para examinar brevemente las medidas adoptadas por el Japón.

En tal fecha el barón Komura telegrafió al señor Kurino, embajador del Japón en San Petersburgo, invitándole á que presentase al gobierno ruso el proyecto de un convenio relativo á los asuntos del Extremo Oriente, donde sus intereses estaban á punto de chocar. Si el gobierno ruso se avenía á una solución tan ventajosa para ambas potencias, el Japón presentaría á Rusia el plan detallado de aquel convenio. El señor Kurino debía declarar que las intenciones del Japón eran amistosas; pero que daba gran importancia á la firma de dicho convenio. Como prueba de sus intenciones pacíficas, el gobierno del Japón telegrafió seis días después al señor Kurino el texto de los artículos que se deseaba proponer como base del convenio entre el Japón y Rusia. Como puede decirse que la aceptación ó la no aceptación de esos artículos eran el eje de todas las negociaciones ulteriores, no creemos ocioso detallarlas:

1.° Compromiso mutuo de respetar la independencia territorial de los imperios chino y coreano, y de mantener la igualdad de tratamiento para la industria y el comercio de todas las naciones en dichos países.

2.° Reconocimiento recíproco de los intereses preponderantes del Japón en Corea y Rusia en los ferrocarriles de Manchuria, y del derecho del Japón de tomar en Corea y Rusia en Manchuria las medidas que estimaren necesarias para la protección de sus intereses respectivos, definidos como sigue, pero sometidos, sin embargo, á las estipulaciones del artículo 1.° de este acuerdo.

3.° Compromiso recíproco, por parte de Rusia y Japón, de no impedir respectivamente las empresas comerciales del Japón en Corea y de Rusia en Manchuria, siempre que no resulten incompatibles con el artículo 1.° de este acuerdo. Compromiso adicional por parte de Rusia, de no impedir la extensión eventual del ferrocarril de Corea á Manchuria, cuando sea posible unirlo á las líneas de la China oriental y de Shanhai-Kuan-Niuchang.

4.° Compromiso recíproco de que, en caso de ser necesario que el Japón envíe tropas á Corea ó Rusia á Manchuria, para mantener el orden

amenazado, esas tropas no serán más numerosas de lo necesario y sean retiradas tan pronto como hayan cumplido su cometido.

5.° Reconocimiento, por parte de Rusia, del derecho exclusivo del Japón á dar consejos y asistencia al gobierno de Corea, comprendiendo en esta asistencia el auxilio militar en caso necesario.

6.° El presente acuerdo anulará todos los anteriores entre Rusia y Japón acerca de Corea.

El señor Kurino quedó encargado de manifestar, al presentar este proyecto, que si se ofrecía al gobierno ruso era con la firme creencia de que podría servir de base para un acuerdo satisfactorio entre ambos gobiernos. Debía también asegurar al conde de Lamsdorff que cualquier enmienda que creyese útil proponer sería objeto de un inmediato y amigable examen del gobierno japonés.

Estas instrucciones se enviaron al señor Kurino previendo una adhesión á la nota verbal formulada por él seis días antes. El 5 de Agosto el señor Kurino avisó al barón Komura que el conde de Lamsdorff había sido autorizado por el Czar para empezar negociaciones.

El gobierno japonés aprovechó la ocasión para expresar el contento que le producía la cordial acogida de Rusia á su proyecto de acuerdo. Transcu-

rrió una semana á pretexto de que el conde de Lamsdorff estaba muy ocupado y no podía recibir al señor Kurino. Sin embargo, el 12 de Agosto, el proyecto, redactado en inglés, se entregó al ministro del Exterior de Rusia, rogándole que se sirviera examinarlo lo antes posible. Pasaron doce días en vano y entonces el señor Kurino visitó de nuevo al conde de Lamsdorff. La causa del aplazamiento se achacó esta vez á la ausencia del Emperador, que estaba en las maniobras militares. El gobierno ruso había enviado una copia del proyecto al almirante Alexeieff, que acababa de ser nombrado virrey de la Siberia oriental, y se procuró que las negociaciones se prosiguieran en Tokío. El gobierno japonés se opuso á ello, alegando que las proposiciones eran de principio y no de detalles y que el señor Kurino tenía amplísimas atribuciones. Rusia insistió largamente en este detalle. Por fin, el Japón, con objeto de no perder tiempo, consintió, el 9 de Septiembre, en que las negociaciones se prosiguieran en Tokío, esperando que el ministro plenipotenciario de Tokío podría presentar en breve las contraproposiciones de Rusia y adelantar así la solución del asunto.

Después de una visita del barón de Rosen á Port-Arthur para conferenciar con el virrey Alexeieff, entregó al barón Komura las contraproposiciones rusas, que se ceñían á aceptar lo que el Japón de-

seaba respecto de Corea y no decían una palabra de los intereses del Japón en Manchuria. El artículo 7.° y siguientes estaban redactados en esta forma:

7.° Reconocimiento por el Japón de que la Manchuria y su litoral, son, por todos conceptos, ajenos á su esfera de interés.

Las contraproposiciones rusas eran un pacto en el cual todas las ventajas eran para una sola parte; pacto por el cual Rusia podía hacer y deshacer á su antojo, pudiendo, en cambio, poner restricciones á la acción del Japón en Corea. En las negociaciones que mediaron en Tokio, el gobierno japonés se opuso al artículo 7.°, y propuso substituirlo por estos otros tres:

7.° Compromiso por parte de Rusia de respetar la soberanía y la integridad territorial de China en Manchuria y de no contrariar la libertad comercial del Japón en Manchuria.

8.° Reconocimiento por el Japón de los intereses especiales de Rusia en Manchuria y del derecho de Rusia á tomar las medidas que juzgue necesarias para proteger estos intereses, mientras tales medidas no infrinjan el artículo anterior.

9.° Compromiso mutuo de no impedir la unión de

los ferrocarriles de Corea y de la China Oriental, cuando hayan sido prolongados hasta el Yalú.

El 22 de Octubre, el barón Komura declaró que ningún acuerdo era posible tocante al artículo 7.º, mientras Rusia se empeñara en que la cuestión de la Manchuria le atañía exclusivamente y no admitiera la intervención de una tercera potencia entre China y ella. El Japón se afirmaba en que poseía en Manchuria derechos reconocidos por tratados é intereses comerciales, y que le era necesario obtener de Rusia la garantía de la seguridad de estos derechos é intereses, así como la de la independencia de Corea, la cual estaría de continuo amenazada con la ocupación permanente de Manchuria por Rusia. Conviene hacer constar que en las conversaciones sostenidas por los señores Komura y Rosen se habló alguna vez de una zona neutral. Como entonces no parecía presentar ninguna dificultad tal proyecto, el Japón se conformó en que hubiese una porción de territorio de una anchura de cincuenta kilómetros á ambas orillas del Yalú, indicado como zona neutral. El barón de Rosen aceptó *ad referendum*. Cuando se supo este acuerdo en Rusia, el gobierno del Neva insistió en que la zona neutral radicara toda en Corea, al sur del Yalú, y comprendiera todo el terreno situado más allá del paralelo treinta

y nueve. Esto significaba que más de un tercio del imperio de Corea, comprendidos Gensán y Port-Lazareff en la costa oriental, el gran centro comercial de Ping-Yang y los distritos mineros, en una palabra, los puntos más importantes estratégica y comercialmente, debían ser declarados neutros porque así le placía á Rusia. Tal proposición despertó entre los japoneses una verdadera indignación.

El último de Octubre el barón de Rosen telegrafió al gabinete de San Petersburgo diciendo las enmiendas que había propuesto el Japón y que no entraban en el límite de las atribuciones que como ministro plenipotenciario se le había conferido. En consecuencia el señor Kurino fué á ver al conde Lamsdorff y le notificó que el gabinete de Tokío estaba dispuesto á admitir que la cuestión manchuriana atañía sólo á Rusia, siempre que su solución no lesionara los intereses del Japón, que eran múltiples y muy importantes. Si el Japón tenía que reconocer que la Manchuria estaba fuera de la esfera de sus intereses especiales, tenía por lo menos el derecho de pedir á Rusia un compromiso equivalente de no atentar jamás contra sus derechos é intereses comerciales y de residencia, ni contra las inmunidades obtenidas en virtud de su tratado con China.

La ausencia del conde Lamsdorff de San Petersburgo hizo perder quince días más, y supo luego el señor Kurino que la cuestión de Manchuria era

lo que no permitía llegar á un pronto arreglo. Rusia continuaba queriendo considerarla como una cuestión puramente ruso-china; y el Japón, por su parte, sin pretender desconocer los intereses especiales de Rusia, estaba decidido á que la independencia é integridad territoriales de China fuesen reconocidas. Y exigía asimismo promesa formal de que sus derechos é intereses en tal región fuesen garantizados. El conde Lamsdorff aseguró entonces al señor Kurino que la objeción de Rusia dimanaba más de la forma que del fondo de las proposiciones del gabinete de Tokío. El señor Kurino expresó entonces el sentimiento de que no se pudiese llegar á un acuerdo por falta de una fórmula conveniente, y rogó al conde Lamsdorff que empleara su influencia en conseguir una solución favorable partiendo de los principios ya admitidos por Rusia.

El 21 de Noviembre el barón Rosen declaró carecer de instrucciones y el señor Kurino quedó encargado de manifestar al conde Lamsdorff la conveniencia de obtener una contestación. Transcurrió una semana y se creyó que el conde Lamsdorff había obtenido una audiencia del Czar; pero se supo que la audiencia había sido aplazada á causa de la enfermedad de la Emperatriz.

Durante todo este tiempo el conde Lamsdorff estaba en correspondencia continua con el almirante Alexeieff. Se dió diferentes excusas para explicar el

tiempo que transcurrió sin que el barón de Rosen recibiera instrucciones definitivas, á pesar de las instancias repetidas del señor Kurino. Por fin, el 9 de Diciembre, se supo que se había dado órdenes para continuar las negociaciones en Tokío, con enmiendas del almirante Alexeieff. Su significación y alcance se supieron cuando el barón Rosen visitó al barón Kamura en el ministerio de Estado de Tokío. Tampoco se hablaba de Manchuria y sí, solamente, de Corea. El 21 de Diciembre el gabinete de Tokío pidió al de San Petersburgo que tuviese en cuenta el estado de las negociaciones y le rogó que diese pronta respuesta.

Rusia aplazó la contestación hasta el 6 de Enero de 1904. En ella se invitaba al Japón á que reconociera que Manchuria estaba fuera de la esfera de sus intereses. El Japón consintió, por fin, el 13 de Enero en hacer esa suprema concesión, con tal que Rusia se comprometiese á reconocer la integridad territorial de China en Manchuria y á no molestar al Japón ni á las demás potencias en los derechos y privilegios adquiridos en virtud de tratados vigentes con China. El Japón consentía también en reconocer que Rusia tenía intereses especiales en Manchuria y que tenía derecho á tomar las medidas que pidiera la salvaguardia de esos intereses. Al propio tiempo el Japón anunciaba á Rusia que las condiciones ofrecidas eran «resultado de un examen de-

tenido y profundo y que se proponían por espíritu de conciliación.» El Japón esperaba que serían aceptadas «de igual modo» por el gobierno de San Petersburgo. Pasaron diez días, y el señor Kurino recibió orden de sondear al conde Lamsdorff acerca del contenido probable de la respuesta de Rusia y de la fecha de esta respuesta. El conde contestó que la nota contenía algunos puntos que no podía aceptar; pero que esperaba dar una contestación en breve. El barón Komura indico al señor Kurino que hiciese notar que la situación era tal que no admitía dilaciones. El conde de Lamsdorff, después de decir que no podía señalar plazo para la respuesta, se quejó de que el Japón hubiese enviado tropas á Corea, lo cual era falso. Cuando supo esto el barón Komura encargó al señor Kurino que desmintiera en redondo tal especie, y que preguntara si era exacto que se concentraban tropas rusas en la frontera coreana. El conde Lamsdorff aceptó las seguridades del gobierno japonés y negó que se concentraran tropas á orillas del Yalú. El conde, después de nuevas instancias, declaró por fin el 28 de Enero que, aun cuando no podía fijar la fecha exacta, esperaba que la respuesta sería enviada el 2 de Febrero. El señor Kurino hizo notar de nuevo al conde lo urgente de la situación, añadiendo textualmente que la prolongación del estado actual de las relaciones entre ambos países no sólo «no era buena,

sino que era bastante peligrosa.» «Entretanto—añadió—todo se vuelve comentarios.» Y terminó, por último, expresando el deseo de que el conde enviara la respuesta antes del 2 de Febrero. El conde Lamsdorff repitió que procuraría que la respuesta llegara en la fecha indicada. Conforme á las instrucciones del barón Komura, el señor Kurino fué á visitar de nuevo al conde Lamsdorff y le rogó que enviase la respuesta lo antes posible. El conde contestó que no era posible y que la fecha de la respuesta no podía fijarse. Cuando al día siguiente se supo esto en Tokío, el Gobierno consideró muy grave la situación.

El día 4, á las ocho de la noche, el señor Kurino vió al conde Lamsdorff, quien le dijo que lo substancial de la respuesta de Rusia acababa de ser enviado al almirante Alexeieff para que lo transmitiera al barón Rosen. Por lo que el conde dijo al señor Kurino se veía que no había cambio alguno en la actitud de Rusia, aun suponiendo que la respuesta llegase á tiempo al Japón. No llegó jamás. La relación de esta entrevista llegó á Tokío el 5 de Febrero á las cinco y quince de la tarde.

En Tokío se esperaba con impaciencia la contestación de Rusia. Al ver que transcurría el día 2 y lo mismo el 3 y el 4, siempre en vano, el Gobierno encargó al señor Kurino que presentase al conde Lamsdorff, el 5 por la tarde, una Nota firmada, concebida en los siguientes términos:

El abajo firmado, enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Su Majestad el Emperador del Japón, tiene el honor de dirigir á Su Excelencia el Ministro de Estado de Su Majestad el Emperador de todas las Rusias, la comunicación siguiente, conforme lo ordena su Gobierno: El Gobierno de Su Majestad el Emperador del Japón juzga la independencia é integridad territoriales del Imperio de Corea como esenciales para su propia seguridad, y en su consecuencia no puede permitir ninguna acción que tienda á menoscabar la situación de Corea.

»Las repetidas negativas de Rusia, por medio de enmiendas inadmisibles, á aceptar las proposiciones del Japón respecto de Corea, proposiciones cuya adopción consideraba el gobierno imperial como indispensables para asegurar la independencia é integridad territoriales del Imperio de Corea y para garantir los intereses preponderantes del Japón en la Península, así como las negativas del gobierno ruso á contraer el compromiso de respetar la integridad territorial de China en Manchuria, que está amenazada por la ocupación militar rusa, han hecho necesario que el gobierno imperial escogitara seriamente qué medidas de legítima defensa ha de tomar.

»En vista de los aplazamientos que resultan inexplicables y de la actividad militar y naval que difícilmente se concilian con intenciones pacíficas,

el gobierno imperial ha dado pruebas, durante las negociaciones en curso, de una paciencia que, á juicio suyo, patentiza su leal deseo de apartar todo obstáculo ó mala inteligencia en sus relaciones con el gobierno ruso. Pero no viendo medio alguno de obtener una adhesión á las proposiciones moderadas y destinteresadas del Japón, ni á las demás proposiciones capaces de restablecer en el Extremo Oriente una paz firme y duradera, el gobierno imperial se ve obligado á terminar las fútiles negociaciones presentes.

»Adoptando esta medida, el gobierno imperial se reserva el derecho de recurrir á la acción que juzgue más eficáz para consolidar y defender su situación amenazada, así como para afirmar sus derechos adquiridos y sus intereses legítimos.»

Quedaron, pues, rotas las relaciones diplomáticas. Habiendo dirigido otra nota al conde en tal sentido, el señor Kurino, siguiendo las instrucciones del barón Komura, abandonó San Petersburgo. El mismo día 5 la flota japonesa recibió orden de abandonar el puerto de Sasebo, y durante la noche del 8 de Febrero, la guerra de tal modo impuesta al Japón, empezó en Port-Arthur. Como explicación final puede decirse que el gabinete de Tokío, en su sincero deseo de evitar las hostilidades, fué tan lejos en las concesiones ofrecidas á Rusia, que corrió e riesgo de hacerse impopular y de desmerecer á los ojos de las demás naciones. Sin embargo, durante

todo aquel tiempo, Rusia, fingiendo proseguir unas negociaciones que debían producir una paz durable, enviaba á Oriente todos los buques de guerra de que disponía y gran número de tropas, á pesar de las promesas hechas á todas las naciones del mundo. La política de Rusia apareció desde los primeros momentos falsa y cínica. Para prueba de ello basta fijarse en que, mientras debiera efectuar la evacuación de Manchuria, conforme á lo prometido al Japón y á otras naciones, nombraba virrey del Extremo Oriente al almirante Alexeieff. La manera como Rusia trató asuntos tan graves durante el curso de las negociaciones, se señaló por un desprecio completo de las reglas más elementales de cortesía internacional y de las costumbres diplomáticas. Por ejemplo, el gabinete de Tokío se esforzó, desde el principio hasta el fin, por proseguir las negociaciones, como es costumbre, con el gabinete de San Petersburgo. En cuanto á Rusia, su política consistió, en todas las ocasiones posibles, en introducir un intermediario, personificado por ese «virrey de Extremo Oriente.» El Japón, en su deseo de conservar la paz, fingió no advertir tal conducta, aun cuando le ofendiera tal descortesía.

La falta de sinceridad de Rusia se patentiza cuando la época de la sublevación de los boxers. Cuando el Japón estaba á punto de enviar tropas en socorro de las legaciones de Pekín, Rusia, de común acuerdo con las demás potencias, expresó su satisfacción

por la conducta del gobierno de Tokío. Luego, en una Nota enviada á sus representantes en el extranjero y que debía ser comunicada á los distintos gobiernos, Rusia puntualizaba la necesidad de establecer de un modo claro que tal hecho no debía dar al Japón derecho á tratar particularmente con el gobierno de China, ni ningún otro privilegio, exceptuando quizá el de recibir más crecida indemnización, si las potencias decidían pedirla. La Nota detallaba los principios fundamentales que Rusia consideraba entonces como ya aceptados por la mayoría de las potencias; principios que formaban la base de su política en China. Comprendían el mantenimiento del buen acuerdo entre las potencias; la protección del gobierno que entonces imperaba en China; la exclusión de cuanto pudiera acarrear la división del Imperio, y el restablecimiento, mediante un esfuerzo común, de un poder central legítimo que pudiera asegurar el orden y la seguridad del país. Rusia añadía que el establecimiento sólido y el respeto rígido de tales principios erán, según ella, indispensables para realizar el objeto más deseable: la paz duradera en el Extremo Oriente. A despecho de tan solemnes promesas, Rusia estuvo dispuesta á quebrantarlas apenas formuladas.

FIN

Indice

	Páginas
Prólogo.	5
Cap. I. — Ambiciones encontradas.—Antecedentes del conflicto.—Preparativos de ambas potencias. —Fuerzas de mar y tierra de Rusia y Japón.— Corea y Manchuria.—Cambio de Notas.—Alianzas.—Ruptura de relaciones.	13
Cap. II. — Desembarcos en Corea. — Sorpresa de Port-Arthur.—Combate de Chemulpo.—Los japoneses en Seul.—Corea dominada.—Avance de los japoneses.—A orillas del Yalú.—Muerte de Makharoff.—Batalla del Yalú: derrota de los rusos: impresión que produce en Europa.	27
Cap. III.—Desembarco del 2.º ejército japonés en Pitsevo.—Batalla de Nanshan.—Port-Arthur aislado: defensas y defensores de la plaza: operaciones preliminares.—Desembarco del tercer ejército.—Desembarco del 4.º ejército.—Kuroki, Oku, Nogi y Nodzu.	43
Cap. IV.—El ejército ruso.—Capacidad del Transiberiano.—Kuropatkín y sus tenientes.—Avance de Stackelberg.—Batalla de Vufangku.—Batalla de Kaiping.—Batalla de Tachikiao.—Ocupación de Niuchang.—El sitio de Port-Arthur.—Las catástrofes marítimas.	57
Cap. V.—Refuerzos de los rusos.—Batalla de Haicheng.—Combate de Anping.—Avance de los japoneses.—El campo atrincherado y la ciudad de Liao-Yang. — La prensa europea. — Batalla de Liao-Yang.—Derrota y retirada de los rusos.— Efecto que produce la derrota de Kuropatkín.	73
Cap. VI.—El sitio de Port-Arthur: se formaliza el asedio: primeros combates: asalto rechazado.— Derrota de la escuadra rusa: muerte del almirante Witheft.—La escuadra de Vladivostok.—Refuerzos que reciben ambos ejércitos.—La agitación revolucionaria en Rusia.—El gobierno de San Petersburgo quiere una victoria..	85

Páginas

Cap. VII. — Preparativos de Kuropatkín. — Una proclama famosa.—Ofensiva rusa.— Esperanzas desvanecidas.—Contraofensiva irresistible.—Los rusos retroceden.—Batalla perdida.—Bajas enormes. — Pésima impresión. — El sitio de Port-Arthur.—La escuadra del Báltico.—El incidente de Hull. 107

Cap. VIII.—Los rusos organizan tres ejércitos.—Sus jefes.—Refuerzos que Rusia envía á Manchuria.—En Port-Arthur.—Los nuevos morteros.—Toma de la «Colina de los 203 metros.»—Bajas rusas y japonesas.—Situación desesperada de la plaza.—La escuadra.—Bombardeo formidable. . 119

Cap. IX. —Ultimos combates.—Toma de dos fuertes.—Rendición de Port-Arthur.—¡Stop the War!—Botín de los japoneses.—Los prisioneros —Consecuencias de la rendición.—Diez meses de guerra.—Efectos económicos. 131

Cap. X.—Movimiento revolucionario en Rusia.—El 22 de Enero.—Matanza en las calles de Petersburgo. — Se generalizan las huelgas. — La agitación en provincias.—Atentados y asesinatos.—El Comité Socialista Revolucionario.—En Polonia.—En el Cáucaso.—Agitación agraria.—Ni reformas ni represión. 141

Cap. XI.—En el Sha-ho.—Kuropatkín y Grippenberg.—Nueva ofensiva rusa.—Batalla de Sandepú. — Derrota de los rusos.—Diez mil bajas.—Grippenberg abandona el mando. — Bilderling toma el mando del primer ejército.—Llegada de Nogi junto al Hun-Ho.—Los morteros de 28 ante el cerro de Putilov.—Apreciaciones de los críticos. 153

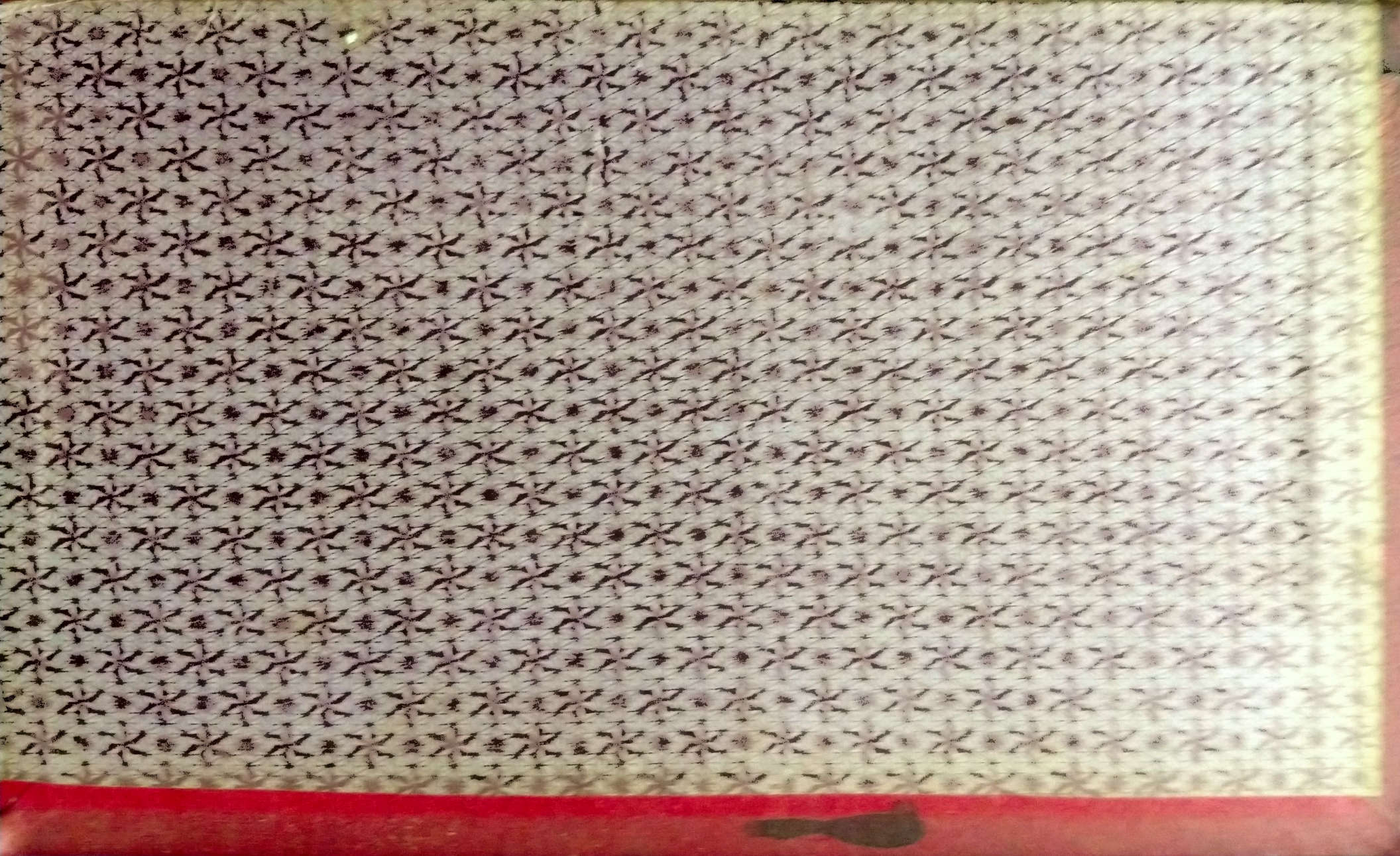
Cap. XII.—Ultimos preparativos para la batalla.—Se rompe el fuego en el ala derecha japonesa.—Avance de Kuroki hacia el desfiladero de Taling.—Resistencia del tercer ejército ruso.—Ataque del centro.—Los morteros contra la colina de Putilov.—Ataque del ala izquierda japonesa.—Cargas irresistibles. — Movimiento envolvente de Nogi.—Sesenta kilómetros hacia el norte.—Conversión á la derecha. —Marcha sobre Mukden.—Desbandada de los rusos —Contraataques desesperados.—Pérdida de la batalla.—Huida hacia Tieling. —Cuarenta y cinco mil prisioneros.—Noventa mil bajas. 163

Páginas

Cap. XIII.—Resultados de la batalla de Mukden.—Retirada desastrosa.—Ocupación de Tieling.—Hacia el Norte.—Destitución de Kuropatkín.—Linievitch generalísimo.—Por qué se le nombró.—Retirada hacia Kirín.—Cesa la persecución.—Los japoneses descansan y se preparan.—Continúa la guerra. 173

Cap. XIV.—Esperanzas de los rusos.—La escuadra de Rodjestvenski.—La escuadra de Nebogatoff.—Los refuerzos á Linievitch.—Quietud de los japoneses.—Inacción extraña.—La escuadra de Togo.—La agitación revolucionaria en Rusia.—Represión sangrienta en Varsovia.—¿El desquite? . . 183

Cap. XV.—Rodjestvenski en el mar de la China.—Sus escalas en las bahías de Camrah y de Honkhoe.—Reclamaciones del Japón.—La prensa inglesa.—Francia da satisfacción al Japón.—Marcha de la escuadra rusa hacia Vladivostok.—Fuerzas exactas de las dos flotas.—Dónde estaban los japoneses.—Los tres estrechos.—Elección fatal.—El 27 de Mayo.—Batalla naval.—Derrota completa de los rusos.—Pérdida de todos sus acorazados y sus cruceros acorazados.—Rodjestvenski, herido y prisionero: Nebogatoff, prisionero.—Entusiasmo en el Japón.—Estupor y tristeza en Rusia.—Los franceses aconsejan la paz.—Resultados de la batalla de Tsushima. 197

Cap. XVI.—Situación general de los beligerantes después de la batalla de Tsushima.—La revolución en Rusia.—Nombramiento de Trepoff como ministro adjunto.—Prohibe la reunión de los zemstvos.—Éstos se reunen y deliberan.—Atrevido mensaje al Czar.—Un gobierno enfrente de otro gobierno.—El despotismo y la nación.—De potencia á potencia.—Cómo puede continuar la guerra. Recursos del Japón y de Rusia.—Plan de campaña de los japoneses.—En pro de la paz. 215
—Lo que dicen rusos y japoneses. 235

Apéndice.—Rusia y el Japón. . . . .